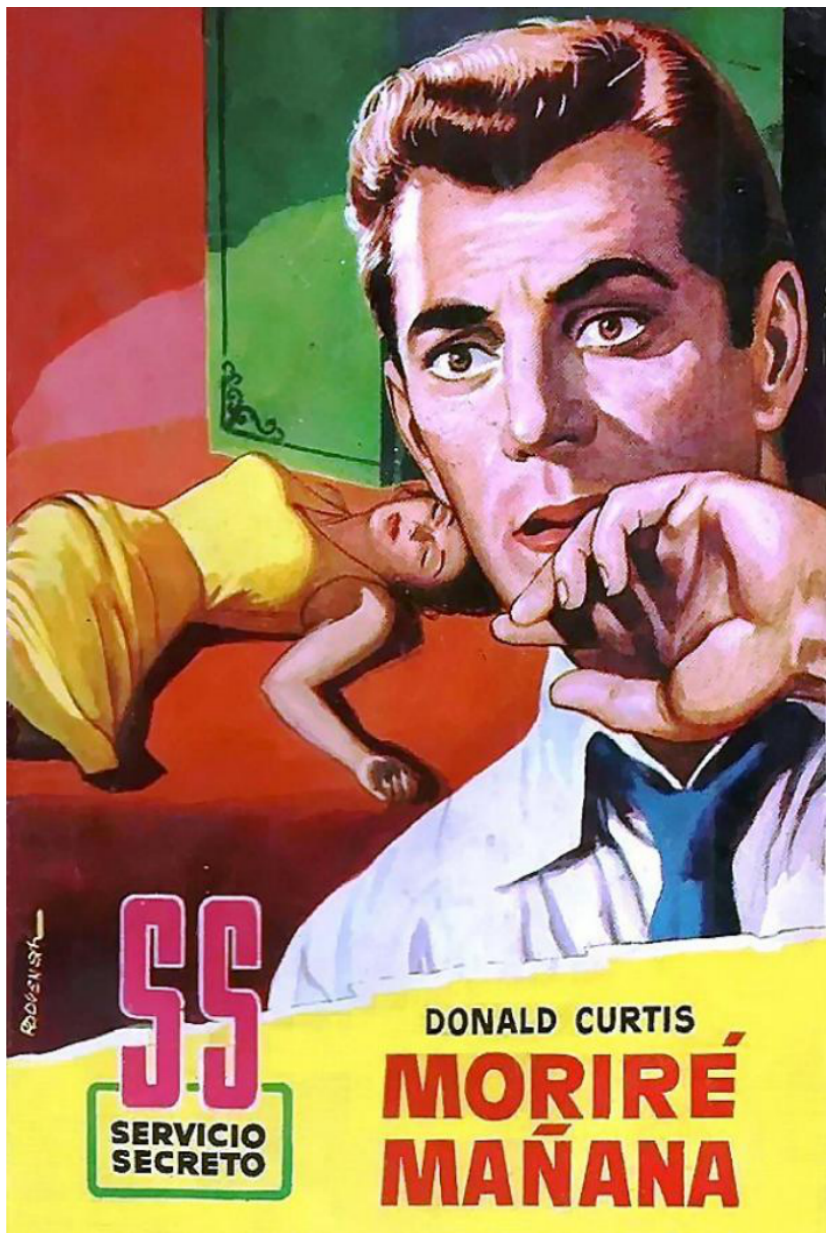




DONALD CURTIS

Moriré mañana

1.ª EDICIÓN
AGOSTO - 1958



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



PARA PERSONAS FORMADAS

DEPOSITO LEGAL B 11796 - 1958

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© DONALD CURTIS - 1958

Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona

**Moriré
MAÑANA**

por
DONALD CURTIS



PRÓLOGO

SI

NG-SING,

AGOSTO DE 1953

Hoy es jueves. Sé lo que me espera cuando otro día como el de hoy amanezca. Para que las primeras luces del viernes aparezcan tras de esa ventana, faltan sólo veinticuatro horas. Muchas para mi espera. Pocas, para marcar lo que resta de vida a un hombre como yo.

Tengo veintinueve años. Es penoso morir a esa edad. Sobre todo, morir en esa horrible silla, con unos electrodos en mis tobillos, otros en mis muñecas y unos cuantos más en mi cráneo.

Entonces, alguien pulsará un interruptor. Simplemente eso. Y yo, Bryan Lee, habré dejado de existir.

No sé por qué he empezado a escribir todo esto. Ni siquiera sé si podré terminar mi historia. Ciertamente que dispongo de veinticuatro horas. Veinticuatro largas horas. Y nada que hacer. Nada, sino esperar... He pedido, como único deseo en este momento, papel y pluma. No me lo han negado. ¿Por qué iban a hacerlo? A ellos no les importa lo que yo escriba.

Y voy a escribir. No será la historia de mi vida, ni siquiera de una parte de mi vida. Apenas abarcaré unas cuantas fechas, unos hechos, unos personajes, unos retazos brutales y violentos de mi existencia. Todo lo que me ha traído aquí... A la celda número 676 de

Sing-Sing.

Nueva York.

No soy un escritor, ni siquiera un buen narrador de sucesos.

Posiblemente mi relato, cuando sea leído, parezca deshilvanado, incoherente y sin desbastar. Pero habré escrito con sinceridad, con mi conciencia y mis sentidos puestos en la pluma que ahora corre sobre el papel.

Es difícil encontrar el principio de todo, el verdadero momento en que se inició la historia: La historia de un hombre que morirá mañana: Bryan Lee, oscuro empleado en unos grandes almacenes provinciales, excombatiente en Corea, herido en Fhusan, en cierta famosa cabeza de puente que si llenó de gloria a sus defensores no ha servido de gran cosa, después de todo. Así he sido yo hasta hoy. Y además de todo eso, un inveterado fracasado en todo cuanto emprendí en esta vida.

Me casé con June dos años antes de que las cosas sucedieran como sucedieron. No fuimos felices, porque ella esperaba más de mí... y yo más de ella y de mí también. Por eso fracasamos. Pero la quería, a pesar de todo. Después de pensar en el divorcio como solución de todos nuestros problemas íntimos, June visitó al doctor Morton. Y me vino con su noticia: íbamos a tener descendencia.

La noticia me aturdió tanto como a ella. Y como ni June ni yo éramos intransigentes, hicimos las paces Cuando nuestros vecinos, amigos y conocidos esperaban la noticia de la fecha fijada para la separación legal, resultó que se enteraron de todo lo contrario. Había reconciliación. Creo que no les hizo felices, porque la gente rara vez es feliz con las buenas noticias; son los desastres y calamidades las que gustan a la Humanidad.

Y soy el primero en lamentarlo, porque yo también pertenezco a esa Humanidad.

Ése soy yo. Ésa era, entonces, June Lee, mi esposa.

Y mi historia es ésta. Creo que debo empezar con lo que ocurrió aquel día frío de diciembre, la víspera de las Navidades, mientras en los grandes almacenes y tiendas, los altavoces difundían una inefable y bella canción: «Noche Silenciosa, Noche Santa». Otros, «Blanca Navidad», que tampoco es fea. Y en todos los corazones anidaba el amor, la paz, la solidaridad humana y la esperanza en un mundo mejor, esperanza que, desgraciadamente, jamás pasa de ser eso: pura esperanza.

Yo no podía prever que el crimen, el odio y la sangre anidaban ya en un corazón humano. No podía saber que cuando salí de casa

para el trabajo diario, antes de recibir la paga navideña y de decir a los compañeros de oficina: «Hasta dentro de tres días, y felices Pascuas», iba hacía mi desastre.

June me despidió con su beso habitual, después de haberme preparado el café caliente, las tostadas con mantequilla y los huevos con jamón de todas las mañanas.

Hacía mucho frío en la ciudad. Nevaba tímidamente aún, pero era seguro que nevaría más. En algunos puntos de la calle, en los tejados, en los arriates y sembrados de las calles y jardines sumidos en neblina grisácea, ya cuajaba el blanco elemento.

Era Navidad, y el amor estaba en los hombres de buena voluntad. Pero sólo en ellos. Entonces...

FIN DEL PRÓLOGO

NOTA DEL AUTOR

El relato escrito por Bryan Lee, en su celda de condenados de Sing-Sing, ha llegado a mí con toda su directa y vibrante intensidad. Pero sus reflexiones, puntos de vista y acotaciones marginales, que amplían hasta extremos demasiado amplios el relato de su aventura, tal vez pesarían sobre el lector, haciéndole su lectura farragosa y poco amena. Por ello me he permitido transcribir dicho relato en forma distinta, directa y sin literatura innecesaria. También he recurrido a describirlo en tercera persona, para que comprendamos mejor su alucinante historia viéndola «desde fuera» y no a través de sus ojos, con lo que es probable que nos sintiéramos sugestionados por su propio criterio y reacciones más íntimas.

Ahora, no importa ya que toda esta historia se haga pública. Creo que a nadie le importará. Y, muchísimo menos, a Bryan Lee...

Pasemos, pues, al relato propiamente dicho. Dejemos atrás todo circunloquio, y sigamos los pasos de Bryan Lee, nuestro héroe, desde el preciso momento a que él se refiere en su prefacio: cuando salió de su casa, en la mañana de aquel veinticuatro de diciembre de no importa qué año...

D. C.

PRIMERA PARTE

NAVIDAD

CAPÍTULO PRIMERO

Era el día de ventas más importante de todo el invierno, en Siracusa como en todas las ciudades, más o menos populosas, de la nación entera. Aquella noche, tránsito de unas horas para la fecha de Navidad, las gentes se harían regalos unas a otras, y la sombra de un generoso Santa Claus se proyectaría en la hora feliz de todos los cristianos.

Bryan Lee entró sonriente y dando los buenos días a todos sus compañeros de trabajo, en los «Grandes Almacenes Stacey», de Main Street. El descomunal árbol navideño formaba como un palio verde y cuajado de agujas, de las que pendían esferas multicolores, paquetes con cintas brillantes y seductoras y todo cuanto un establecimiento de la categoría de «Stacey» puede imaginar para atraer la golosa atención de la clientela.

Una enorme figura de Papá Noel, rojo uniforme, que cuando llegara la noche se cuajaría de luces irisadas, en un derroche de publicidad comercial propia de la época.

Apenas se habían abierto las grandes puertas encristaladas al público, cuando Bryan entró en el local, abriéndose paso entre empleadas curvilíneas y bien maquilladas, de alegre uniforme azul brillante, con cuello, bordados y ribetes blancos, y ya había gente presurosa, madrugando por adquirir los obsequios de la Navidad. Un conjunto de altavoces, perfectamente dosificado y armonizado en las amplias naves del local, difundían motivos navideños de alegre tradicionalismo.

—Buenos días, Bryan —le saludó el jefe de ventas, Dave Marlin, con una sonrisa afable, que en su gordinflona cara de bebé era poco menos que imposible no encontrar en todo momento—. ¿Se presentan bien las Navidades, muchachos?

—Bastante mejor que las anteriores —sonrió Lee, devolviéndole el saludo—. Gracias, Marlin. Parece que tendremos un día de

bastante ajeteo, ¿no te parece?

—Seguro —rió el jefe de ventas—. Más dinero para las arcas del viejo...

Rieron ambos, y también las empleadas que había en torno suyo. A pesar de aquel apelativo familiar y ligeramente burlón, lo cierto es que en el fondo todos respetaban y querían al «viejo». A Frank Stacey, en una palabra, dueño y director general de los mejores almacenes de Siracusa, con sucursales en Utica, Rochester, Búfalo y Johnson City, formando una amplia y poderosa cadena comercial unida a socios capitalistas o industriales tan importantes como él mismo.

Frank Stacey no era sólo respetado y querido por ser el patrón, sino porque siempre tenía para con sus empleados un gesto amable en los errores y un elogio en los aciertos, lo cual convertía en grata labor el trabajo arduo de los almacenes similares al suyo. A fin de cuentas, Bryan Lee no culpaba al viejo Stacey de su estancamiento como dependiente de la sección de tocadiscos, radios y neveras eléctricas, sino a su propio fracaso en la vida, a su gris personalidad de hombre emprendedor, bien distinta de la brillante que él mismo se imaginara cuando empezó a luchar por la vida.

La lucha había seguido adelante, la vida también... y allí estaba él. Como el primer día. Convenciendo a un cliente para vender un disco, a un comprador vacilante de una nevera o un aparato de radio de último modelo. Y regresando, concluida la jornada, a casa, junto a June. Ahora comprendía que ella tuvo razón al decepcionarse con él. Bryan había creído que podía llegar a ser un genio. Poseía planta arrogante, un rostro atractivo, joven, firme y capaz de enloquecer a las mujeres. La prueba era que su clientela contaba con aplastante mayoría femenina. Pero en la vida, sabía que era un fracasado total. Nada de cuánto soñó, de cuánto ambicionó, había llegado a ser real.

Respiró hondo, dejando de pensar en todo eso, cuando alguien le pidió la última grabación en microsurco de lo Staford, y sirvió el pedido con su amable sonrisa profesional. El cliente era una dama, y adquirió el disco con ojos entornados de placer.

Bryan Lee la vio alejarse con un fruncimiento de cejas, hasta que alguien rió cerca de él. Era una risa cristalina y agradable, llena de juvenil arrogancia. Se volvió hacia Lucy. Era una chica de la

Sección de Ventas a crédito, menuda y de rubio cabello oxigenado, cuyas curvas traían loco al noventa y siete por ciento del personal masculino Stacey's. En el tres por ciento restante se encontraba Bryan Lee, por lo que las mejores sonrisas y atenciones de la rubia beldad eran siempre para él.

—Eres algo grande con las chicas, ¿eh, Bryan? —comentó ella, mirándole con sus rasgados ojos verdes de un modo que hubiera provocado el inmediato divorcio por parte de June, de haber presenciado la escena.

—Creo que no soy grande en nada ni con nadie —respondió, con un suspiro, el joven empleado—. Ya he dejado de creer incluso en mí mismo. Que es lo peor que puede ocurrirle a un hombre, mi querida Lucy.

Y volviéndose tranquilamente de espaldas a la linda dependienta, atendiendo a otra dama que solicitaba un aparato electrodoméstico. Lucy suspiró, clavando su mirada en las amplias espaldas de Lee, sin que éste volviera a hacerle el menor caso en lo que restaba de mañana.

Sin embargo, a la salida de mediodía, una vez cerradas las puertas de los almacenes durante la breve hora de descanso que les permitiría almorzar rápidamente en el vecino restaurante, la casualidad volvió a unir de nuevo a Bryan y a la joven.

Lee tomó de encima del mostrador su bandeja con los alimentos y la botella de cerveza, buscando mesa donde situarse, pero ya el local estaba rebosante de personal de los almacenes, engullendo apresuradamente sus alimentos. Sin embargo, desde una mesa lejana, Marlin le hizo señas vivamente.

Bryan se acercó con la bandeja y el jefe de ventas le señaló la mesa.

—Siéntate aquí, Lee. Yo he terminado ya, y me marchó.

Lee aceptó, con una tímida sonrisa de gratitud. Al depositar la bandeja sobre la mesita de dos plazas, advirtió que la otra estaba ya ocupada. Encontróse su mirada con el rostro ovalado y dulce de Lucy, sonriéndole cordialmente.

—Hola, Lee —saludó alegremente la muchacha uniformada de azul—. El azar nos junta de nuevo, ¿eh?

—Sí, eso parece —asintió Bryan, distraído, mientras Marlin se alejaba, pudiendo apenas pasar por entre las apretujadas mesas su

redonda humanidad de tonel—. Es horrible esto de tener que reunirnos todos de nuevo, a la misma hora, para comer.

—¿Horrible? —Las finas cejas de la joven se arquearon—. Bonito cumplido a una chica, Bryan. No sabía que fuera tan horrible comer en mi misma mesa...

—Bueno, no quise decir eso, Lucy —protestó Lee, algo cortado—. En realidad...

—No, si ya no tiene remedio —rió de buena gana, inclinándose hacia él—. No te preocupes, estaba bromeando... Sé a lo que te refieres, y opino como tú. Una piensa si se encuentra en una cárcel o un cuartel. La vida moderna es terriblemente monótona, Bryan.

—Sí, es cierto. Carece de emociones. Jamás ocurre nada. La casa, el trabajo, la casa de nuevo... y cuando algo ocurre, es siempre desagradable.

Lucy asintió con un movimiento de su rubia cabecita. Estaba enterada del peligroso naufragio que estuvo a punto de sufrir el matrimonio de los Lee. Ahora parecía ser que él y June habíanse reconciliado de un modo definitivo. La joven se alegraba por él, pero admitía en su interior que June Lee no era la esposa apropiada para Bryan. Él hubiera precisado una mujer inquieta, dinámica y con ambiciones, que le espolease a él, en vez de lastrarlo en su mediocridad insalvable. Bryan Lee poseía personalidad antes de casarse. Ahora había perdido gran parte de ella. Se resignaba a su sueldo, su vida igual, rutinaria y sencilla, sin grandes presupuestos ni lujos excesivos.

—Hoy es un día distinto a los demás, sin embargo —comentó Lucy, tratando de alejar esos pensamientos de su mente—. Y hay la emoción del aguinaldo, que siempre es confortable, ¿no crees?

—El aguinaldo nunca es suficiente para atender a nuestras obligaciones, Lucy. Cuando llega, ya hemos destinado algo a su cuantía, y al final nos encontramos con que ni siquiera llega a cubrir nuestros planes.

—Tal vez el viejo sea generoso con nosotros este año. Los negocios van bien.

—¿Generoso? Ningún mercader lo es, Lucy —dijo amargamente Bryan—. Y Stacey, bajo su capa amistosa y afable, es uno más. Cuanto más gane, menor será su desprendimiento. Te aseguro que muchas veces, cuando veo entrar esos ríos de dólares en los

almacenes, y pienso en lo que cuesta uno solo de esos billetes con el propio esfuerzo, siento tentaciones terribles...

—¡Bryan! —Lucy le miró con sorpresa, francamente preocupada—. No es posible que hables en serio... Tú no tienes alma de ambicioso ni afán de poseer lo que no sepas ganarte... No puedo creer que ansíes tanto el dinero del viejo Stacey...

—¿Quién habla del dinero del viejo? —exclamó una voz jovial a sus espaldas. Ambos alzaron la cabeza con disgusto, sabiendo de antemano quién era el aguafiestas; no podía ser otro que Jock Kleebe, primo de June y de Bryan, agente de fincas urbanas y asiduo de aquel restaurante cuando estaba de visita por la ciudad—. ¿Será posible que haya asistido a un pacto secreto para quedarse con la fortuna de Frank Stacey y escapar juntos los ocultos amantes a un lejano país donde mi pobre primita June no pueda dar con el pérfido esposo?

Rió soez y groseramente su propio chiste, mientras Bryan achicaba los ojos.

—No tiene ninguna gracia la broma, Jock —replicó con sequedad—. Además de ser siempre un gran inoportuno, eres también un torpe y un necio...

—Bueno, bueno, no lo tomes tan seriamente, chico —rió Jock cogiendo al vuelo una silla y acomodándose entre ambos despreocupadamente—. Era sólo una broma que tampoco pretendía ser graciosa. Seguro que Lucy se lo ha tomado con más calma.

—Tal vez, porque en el fondo, desearía que parte de eso fuera cierto —sonrió ella, desafiadora—. No me importaría fugarme con Bryan, si él me lo pidiese...

Enrojeció el joven mientras Jock reía a mandíbula batiente:

—¡Qué informalidad más deliciosamente sincera! —exclamó entre risa y risa—. Si June lo supiera, haría que Bryan se despidiese del almacén del viejo Stacey. Menos mal que yo no cuento las bromas ni las cosas serias a nadie. Y menos a mi prima. Creo que los problemas conyugales son cosa a resolver entre ellos, sin interferencias ajenas.

—En eso llevas razón —dijo Lee, más calmado—. Donde le ves Lucy, Jock es un buen chico. Creo que influyó mucho en June, cuando estuvimos a punto de separarnos.

Pero evidentemente, hablar en serio molestaba a Kleebe, porque

en el acto reanudó sus andanadas humorísticas, y no cesó de reír hasta que Lucy y Bryan se pusieron en pie al ver la hora en el reloj y comprobar que apenas tenían cinco minutos para regresar al establecimiento.

—Te veré luego Bryan —dijo su primo, estrechándole la mano—. Voy a ir a casa, y te esperaré allí charlando con June. Es posible que ahora permanezca sin volver a Siracusa, y tenemos muchas cosas que decirnos. Por cierto, no temas indiscreciones mías. Sé que June es celosa y no nombraré a esa chica, Lucy. Pero ten cuidado con ella, Bryan.

—¿Por qué? —El joven miró con sorpresa al primo de su mujer.

—Es un buen consejo. O yo no entiendo nada de nada, o Lucy está loca por ti...

Y con un alegre ademán, separóse de Bryan, desapareciendo en el interior de su anticuado «Lincoln» gris. Pensativo, tras seguirle largamente con la mirada Lee entró en los Almacenes Stacey.

CAPÍTULO II

—No se vaya todavía, Lee. El patrón quiere verle en su despacho particular cuando se cierren las puertas.

Sorprendido, Bryan asintió ante la indicación de Malvin, que iba entregando a todos los empleados, por riguroso orden, los sobrecitos azules con el contenido del aguinaldo. A Bryan no le entregó nada en absoluto, salvo aquel extraño recado. Un soplo de inquietud heló la espina dorsal del joven, afanado en recoger discos, aparatos y muestrarios, puesto que ya los últimos clientes, con sus paquetes envueltos en alegres papeles estampados y multicolores cintas abandonaban el vacío mundo de artículos, prendas y objetos que convertían en realidad el sueño de todos los compradores.

¿Irían acaso a reprenderle por algo? ¿Había hecho algo que justificara una llamada personal de Frank Stacey? Incluso se podía pensar en un despido tajante e inmediato, aunque no se le alcanzaban los motivos que podían tener para una cosa así.

—¿Te quedas, Bryan? —preguntó Lucy, que, despojada de su uniforme azul ganaba todavía en encantos, por la picardía de su ceñido jersey amarillo y su ajustada falda de mezclilla, que le realzaba todas sus espléndidas curvas hasta límites inquietantes.

—Sí, Lucy. El patrón quiere verme —respondió Lee, viéndola echarse su abrigo gris sobre los hombros—. Felices Pascuas, Lucy...

—Igual te digo, Bryan: Felices Pascuas... —E impulsivamente, la joven avanzó unos pasos se irguió sobre las puntas de sus pies y estampó un beso en los labios de Lee, que se quedó erguido, atónito, sintiendo aún en la boca la calidez de la de Lucy mientras la linda rubita se alejaba con presuroso paso hacia la salida.

Bryan miró en derredor con cierto recelo. Se estremeció al ver fija en él la mirada del gordo Malvin, por encima de una sonrisa sardónica. El jefe de ventas había presenciado el impulso de Lucy y acaso sacaría conclusiones equívocas de ello. A Lee, pese a la

afabilidad y discreción de Malvin, no le gustó su expresión.

Cuando se apagaron parte de las luces del interior, Malvin regresó de la planta inferior, y le señaló la puerta del ascensor que en aquel momento se deslizaba a un lado.

—Puedes subir ya a ver al patrón, Lee. Buena suerte... y felices Pascuas... Saluda a June de mi parte.

¿Era imaginación suya, o había malicia en aquella última frase, dicha como al azar? Bryan hubiera jurado que sí, pero desechó la idea, procuró no pensar más en Malvin, ni siquiera en la imprudente locuela que era Lucy Darnell. Ahora sus temores e inquietudes se centraban, en el amo de la empresa Frank Stacey. ¿Para qué quería verle a él?

El ascensor le condujo a la planta número diez, última de los almacenes, cruzó la Sección de Muebles y Decoración, casi en total oscuridad ya, como un extraño bosque solitario, y ascendió el tramo de escalones que conducía al pasillo del fondo, donde se hallaban las oficinas de la Dirección.

Se detuvo ante una rotulada: FRANK STACEY. PRIVADO. Golpeó con los nudillos y una voz lejana le dijo: «¡Adelante!». Penetró en una antesala, con dos desiertas mesas y dos máquinas de escribir enfundadas Otra puerta, al fondo, ostentaba igual rótulo, y la voz le llegó de allí. La voz pastosa y de baja tonalidad, de Frank Stacey en persona.

—¿Es usted, Bryan? Entre, por favor... Le estamos aguardando.

Lee entró. Allí estaba Frank Stacey, retrepado en su roja butaca, tras la sólida mesa despacho. Pero no estaba solo, como ya diera a entender su voz. Dos hombres le acompañaban. Alto, delgado y nervudo el uno contrastaba con la reducida estatura y complexión robusta del otro. Tampoco en el color del cabello o de los ojos estaban acordes, puesto que el primero poseía ambas cosas de un intenso negro, y el segundo era pelirrojo, de acuosa mirada azul fija como la de un lobo. Ambos vestían pulcramente, y parecían ser personas muy allegadas a Stacey por la desenvoltura con que estaban acomodados.

—Buenas noches, señor Stacey —saludó Bryan gravemente—. Buenas noches, señores.

—Hola, Lee —sonrió «el viejo», tendiéndole una mano cordial que estrechó la suya con calor—. Perdona la molestia que le he

causado, pero espero que pueda compensarle de ella debidamente... Aquí le presento a mis socios de Buffalo y Rochester, los señores Steve Drake y Walter Callaban. Señores, mi empleado Bryan Lee, de quien ya les hablé.

Ambos hombres, por riguroso turno de mención, se inclinaron en cortés saludo. Lee, todavía desconcertado por todo aquello, correspondió al saludo y volvió en redondo sus ojos a Stacey. La pregunta partió a quemarropa de sus labios:

—Bien, señor Stacey, ¿de qué se trata? ¿Por qué deseaba verme?

Frank Stacey sonrió, inclinando la cabeza, y habló con simpatía:

—Me agrada su modo de ser, Lee. Es usted directo y no se anda con rodeos. Creo que no me he equivocado con usted. Además, goza de mi completa confianza, y en esta situación creo que es mejor recurrir a usted que a ningún otro.

—Sigo sin comprender...

—¡Déjeme acabar, por Dios! Le he dicho que necesito un empleado de completa confianza, y va usted a saber por qué. ¿Sería capaz de llevar consigo una gran suma de dinero, pongamos un cuarto de millón de dólares, hasta la ciudad de Utica, de modo que antes de las once de la noche de hoy, ese dinero esté en poder de nuestro socio en esa ciudad, Ralph Sherman?

—¿Ha dicho usted... un cuarto de millón? —tartamudeó Bryan, clavando unos ojos llenos de estupor en el industrial—. ¡Pero eso es fabuloso!

—Para usted sí, Bryan. Y para cualquier otro como usted. Por eso ha de ser de plena confianza, un hombre honrado y decidido, que asuma la custodia de ese dinero como algo suyo, algo que defender a toda costa hasta el momento de depositarlo en manos de Sherman, en Utica. Urge ir allá inmediatamente, porque acabamos de recibir una conferencia telefónica de la ciudad solicitando urgentemente esos fondos, indispensables antes de las doce de la noche de hoy. Ni mis socios ni yo podemos ir personalmente allá. A ellos les reclaman importantes tareas en sus localidades respectivas, y yo he de reunirme con mi familia en nuestra finca de Solvay. Podría renunciar a la velada navideña, pero antes de adoptar esa resolución he querido hablar con usted, por si hay un medio de que usted haga ese viaje inmediatamente, con el dinero que precisa Sherman.

—Pero pudo hacer una transferencia bancaria, señor Stacey... — objetó Bryan, indeciso.

—Antes, sí. Lo malo es que la petición ha sido ahora, y de ese dinero depende la posibilidad de que instalemos en Utica dos nuevas y grandes sucursales de enorme importancia. Si Sherman no dispone de esa cantidad en metálico antes de medianoche, su opción a ciertos terrenos y edificios anexos, será anulada en favor de otro postor que pague al contado. Esperaba haber resuelto esto de manera más sencilla y menos urgente, pero ésa es ahora la situación apenas con el tiempo preciso para obrar. Si usted no quiere o no puede ir por razones particulares, nada habrá ocurrido, y usted es libre de hacer lo que guste. Comprendo que es penoso renunciar a la velada de una noche así, Bryan, pero pienso recompensarle en una justa medida... dándole ahora, pongamos quinientos dólares, y otro tanto al término de su misión, una vez entregado el dinero a Sherman, antes de esa hora. ¿Le conviene, Bryan?

Lee se había quedado sin respiración. ¡Mil dólares! La cantidad que precisaban para salir de apuros, para renovar su pequeña casita, para dotarla de ciertas comodidades que siempre fueron un sueño inalcanzable, meros proyectos en la mente de los dos. Mil dólares... La felicidad con tres ceros. No vaciló. Apretó los dientes y respondió:

—Aceptado, señor Stacey. Entregaré ese dinero a su socio de Utica. ¿Qué he de hacer?

—¡Estupendo, amigo mío! —exclamó el propietario, levantándose con expresión risueña—. ¿Ven ustedes cómo tuve yo razón? Por otro lado, la honradez y lealtad de mi empleado están por encima de toda duda...

Se encamino hacia el muro del fondo de su despacho, accionó una caja fuerte, y extrajo un maletín de piel color marrón claro, con dos cierres y una cadenita para asegurar a la muñeca de quien lo portase con una especie de esposa o pulsera de acero.

Bryan miró fijamente a su jefe, mientras éste depositaba el maletín sobre la mesa, empezaba a extraer los fajos de billetes de mil dólares y de quinientos, de su caja fuerte, y los iba apilando en el interior del maletín, mientras contaba en voz alta el valor de cada uno de aquellos fajos. Cuando la suma amontonada dentro del

maletín alcanzó los doscientos cincuenta mil dólares, Frank Stacey se detuvo. Bryan admiraba la frialdad con que aquella fortuna fabulosa pasaba por sus manos, yendo a parar al fondo de la valija. Envidió con toda su alma a los hombres como él, que disponían de todo aquello, capaz de ahuyentar toda clase de preocupaciones.

La mano de Stacey cerró con firmeza el maletín marrón, accionó sus cerraduras, y luego, tendió al joven un pequeño llavero de cuero, conteniendo cuatro llaves. Tres doradas y una niquelada.

—Son las llaves de las cerraduras y la de la esposa que lo unirá a su propia muñeca. No las pierda ni se descuide, Bryan. Por otro lado... lo convenido.

Le tendió ahora cinco crujientes y tersos billetes de cien dólares, que Bryan Lee se embolsó, con mano ligeramente temblorosa de emoción. Era el mejor aguinaldo que podía soñar. June le perdonaría el sacrificio de perderse parte de aquella noche. Pero de madrugada, estaría de regreso... y con una pequeña fortuna de mil dólares para ellos solos.

—Señor Stacey, le agradezco mucho que haya pensado en mí, por la fe que ello supone y por su afán de ayudar a un hombre cuyo presente no es demasiado brillante... —dijo, emocionado, el joven—. No tema por este dinero. Su destinatario lo recibirá. ¿Qué he de hacer?

—Verá; tome el tren para Utica. Salen varios aún. No pierda tiempo en absoluto. Límitese a telefonar a su esposa, si ello es posible, porque no quiero que una demora en el viaje o cualquier imprevisto echara a rodar las cosas. Voy a telefonar a Sherman. Mi socio estará esperándole en su residencia, Avenida de Washington, 945. Vaya allí directamente y una vez comprobada su identidad sin lugar a dudas, entréguele el dinero. Él le firmará un recibo, y usted podrá emprender el regreso. Telefonéeme entonces a mi residencia, informándome de todo ello, y yo le haré mañana el envío de los otros quinientos dólares a su propia casa. ¿De acuerdo en todo?

—De acuerdo.

Volvióse para despedirse de los dos socios de Stacey. El moreno y enjuto Drake, y el pelirrojo mochuelo de Callaban, le estrecharon las manos con, calor, deseándole suerte en la misión, y Bryan Lee salió del almacén aquella noche, portando en su mano derecha un maletín sólidamente aferrado a su propio cuerpo. Un maletín con

doscientos cincuenta mil dólares en moneda de curso legal.

Llamó un taxi y, tras una vacilación, durante la cual no supo si darle la dirección de la estación directamente, optó por último por indicarle la de su casa. Vería un momento a June, antes de partir hacia Utica en uno de los trenes nocturnos. Había tiempo sobrado de llegar a la ciudad de destino antes de las once de la noche, pues en caso contrario hubiera alquilado un coche al efecto, o al propio Stacey le hubiera ya previsto así.

Cuando se retrepó en el asiento, con el maletín de claro color gamuza sobre sus rodillas, sentía el frío sudor que empapaba sus manos y frente, resbalando hasta gotear en el alfombrado del taxímetro.

CAPÍTULO III

June le escuchó en silencio, entrelazando los dedos nerviosamente sobre el regazo. Ni siquiera la aparición del prodigioso abanico formado por cinco billetes verdes, alargados y tersos, logró arrancar de sus finas cejas color castaño el fruncimiento de inquietad. Jock Kleebe, entretanto, se limitaba a saborear el *whisky* con muy poca soda, estudiando atentamente a Bryan y a su preciado maletín, aún sujeto a la muñeca.

—Has aceptado muy a la ligera, Bryan —dijo lentamente June, tras una pausa—. Ese dinero implica una responsabilidad, para un simple dependiente. No me gusta...

—Sí, June tiene razón —intervino Jock, señalando al joven con su vaso casi vacío—. ¿Por qué el viejo Stacey no eligió a Dave Marlin, por ejemplo? Es su jefe de ventas. Hubiera estado más justificado que fuera él el encargado de misión tan delicada...

—No sé, no puedo andar preguntando a la gente por qué hace una cosa, cuando estoy bajo sus órdenes y soy requerido para algo realmente importante.

—Demasiado importante —objetó June—. Y no te reprocho nada a ti, Bryan. Sé por qué lo haces. Mil dólares nos resolverán muchas cosas. ¿Pero merece la pena arriesgar tanto a cambio de eso?

—Yo creía que sí —replicó secamente Lee, poniéndose en pie. Le pesaba el maletín ahora. Y no sólo por el papel moneda que contenía—. Stacey estaba preocupado, quería resolver esto. No veo tan serio el asunto, al no saber nadie lo que llevo aquí. Dentro de un par de horas, Ralph Sherman tendrá este dinero en su poder, y mi labor habrá concluido, June. Pero si te molesta que no pasemos juntos la Nochebuena, yo...

—No, Bryan, no es eso —se apresuró a responder June espontáneamente—. No hagas nada ya. Aceptaste la misión y debes

cumplirla. Sólo te pido una cosa: ten cuidado. Ve con cien ojos y no te fíes de nadie. Aunque nadie sepa lo de ese dinero, como tú dices, a veces ocurren cosas incomprensibles... Créeme, Bryan, no quisiera ser una viuda con mil dólares de recompensa... Ni la esposa de un hombre sospechoso de robo, en complicidad con alguien.

—¡Pero, June...! —se asombró Lee, mirándola sin comprender—. Yo creo merecerte...

—No es falta de confianza en ti. Pero si pierdes ese dinero... ¿creerían los demás la verdad que tú contaras? Has de pensar también en eso... aunque mejor hubiere sido pensarlo antes de aceptar el encargo de Stacey.

—Creo que eso no merece la pena de discutirse —intervino con alegre tono Jock Kleebe—. ¿Quieres que te lleve en mi coche a la estación? Cogerás el tren de las ocho, y puedes estar en Utica antes de las diez...

—Gracias, Jock —sonrió Bryan—. Acepto, porque tal vez ahora, me fuera ya difícil encontrar taxi. Stacey quería que fuera directamente a la estación, pero yo prefería ver antes a June... ¿Me quieres dar un trago de algo, Jock?

—Yo misma te lo daré —intervino rápidamente June, poniéndose en pie y encaminándose al pequeño mueble-bar de un rincón de la estancia. Volvió poco después con un *whisky*, mezclado con bastante soda—. Toma. Y procura volver pronto. Creo que no me acostaré hasta que tú regreses, querido. Va a ser una triste noche de Navidad.

—No te importe, June —Bryan se bebió de un trago el licor y besó suavemente los labios de su mujer—. Mañana celebraremos debidamente la fecha, y nuestra pequeña fortuna. ¡Será el mejor aguinaldo de toda nuestra vida; ya lo verás! Andando, Jock.

—Vuelvo enseguida, June —dijo Jock—. Dejaré a Bryan en la estación y estaré contigo un rato, antes de marcharme a reunirme con mi familia. Vamos, muchacho.

Salieron al exterior. Volvía a caer algo de nieve, y el frío habíase reducido con ello considerablemente. Pero era de prever que aumentaría a medida que avanzara la noche, si la nevada no se hacía más intensa. Bryan Lee se volvió, ya en la acera que blanqueaba rápidamente, para hacer un ademán de despedida a la sombra de June, siluetada tras los vidrios empañados de la ventana.

Ella respondió al saludo.

Jock abrió su coche y Bryan entró, acomodándose junto a él. El primo de June puso el coche en marcha, camino de la estación, a través de la nevada, cada vez más copiosa. Jock condujo a buena marcha, para llegar antes de las ocho a la estación. Ya en la recta avenida que conducía a la estación, Jock llevó una mano a la bolsa de la portezuela y sacó una botella plana de licor ambarino. Se la tendió a Bryan.

—¿Quieres un trago? Con él frío que hace, va a hacerte falta tener algo caliente en el estómago.

Agradeciéndole la oferta Lee tomó un buen trago del excelente *whisky* de aquella botella y se lo devolvió a Jock, que tampoco se quedó corto en bajar el nivel del recipiente. Riendo, lo taponó y devolvió a su escondite.

—Esto es media vida —dijo, y lo reafirmó acelerando alegremente la marcha del coche.

Unos minutos más tarde se detenía frente a la estación ferroviaria, y despedía a Lee que corrió hacia la taquilla de expendeduría de billetes, pidiendo uno en primera clase para Utica. Le dijeron que cinco minutos más tarde salía el tren para esa localidad, y Lee apresuróse a tomar asiento en un compartimento vacío, aguardando pacientemente la salida del convoy eléctrico. Poca gente viajaba aquella noche navideña.

Puntualmente a las ocho, el ferrocarril salió de Siracusa.

A las diez menos siete minutos, se detenía en el andén de Utica.

Se abrió la puerta del número 945 de Washington Avenue, en Utica. Un hombre alto, fornido, de rostro cuadrado, que encajaba mal con su impecable librea de mayordomo de casa grande, como si a un vaquero se le hubiese ataviado con el hábito de un franciscano, miró fríamente al visitante detenido en la puerta, con el maletín colgando de su mano derecha.

—¿Qué desea, por favor? —preguntó con cierta sequedad.

—Soy el enviado de Frank Stacey. El señor Sherman me está esperando.

—Oh, sí —el mayordomo se hizo a un lado—. Pase. Anunciaré su llegada.

Bryan agradeció el calorcillo del vestíbulo, lujoso y bien alfombrado, sumido en una suave penumbra rojiza, cuya luz

procedía de una sola lámpara con pantalla color grana. El mayordomo, erguido e imponente, se perdió en el fondo de la casa, junto a la amplia curva de la escalinata, y Bryan le oyó golpear con los nudillos en una puerta. Una voz respondió, el criado dijo algo, y regresó poco después, tras haber recibido su respuesta correspondiente.

—Pase, señor —invitó—. El señor Sherman le espera.

Guiado por el mayordomo, Lee llegó a un reducido despacho, iluminado brillantemente, con soberbios muebles de estilo inglés y decorado con buen gusto y alegre tono. Un hombre alto, de enérgicas facciones, ojos astutos y grises que sonreían a la vez que sus finos labios, estaba en pie al otro lado de la mesa, tendiéndole la mano.

—Buenas noches —le saludó afablemente—. Siéntese, por favor. No creí que Frank lograra tan rápidamente enviarme lo que le pedí. Este molesto asunto me ha estropeado virtualmente la noche, pero creo que después de entrevistarme con los vendedores podré reunirme con mi familia para celebrar la entrada en la Navidad. De modo, señor, que habré de ser forzosamente breve con usted...

—No tiene importancia, señor Sherman —sonrió Lee—. Yo también tengo prisa, en realidad. Soy Bryan Lee, empleado de los Almacenes Stacey, y he sido delegado para traerle a usted... el contenido de este maletín. Usted ya sabe lo que es...

—Sí, señor Lee, lo sé —sonrió el hombre de negocios con una vaga sonrisa—. ¿Son doscientos cincuenta mil, verdad?

—Exactamente. Aquí los tiene. Puede contarlos en mi presencia, extenderme el recibo, y habremos concluido la operación —Lee extrajo las llaves, soltó el maletín de su muñeca y, mientras hacía igual operación con las cerraduras, sonrió, al recordar—. Ah... Me encargaron que comprobase su identidad, señor Sherman. Es ridículo, pero...

—Nada de eso —rió el otro, divertido al parecer—. No sería la primera vez en que un secretario o un empleado de confianza ocupa el puesto de su patrón, recibe lo que éste había de recoger, y escapa bien lejos con ello. Supongo que Stacey no deja nada al azar cuando está en juego un cuarto de millón. Aquí tiene, señor Lee. ¿Satisfecho?

Bryan, algo violento, tomó la documentación que le tendía el

otro, y asintió, devolviéndole todo. Mientras tanto, Sherman había extraído una botella y dos copas, sirviendo en ambas una buena dosis de licor. Tendió una a Lee, que aceptó con una sonrisa.

—Me limito a cumplir sus instrucciones —abrió el maletín y las pilas de billetes se ofrecieron a su vista, verdes, nuevos, tentadores. Sin embargo, no había emoción alguna en las manos delgadas y pálidas que tomaron los billetes, examinándolos mientras los contaba fríamente. Eran las manos de un hombre habituado a tener dinero en ellas—. ¿Todo correcto?

—Todo, señor Lee —sonrió Sherman, cuando terminó la cuenta. Volvió el dinero al maletín, y le extendió con mano ágil un documento, que firmó luego. Bryan lo tomó, examinándolo satisfecho. Era, en efecto un recibo que confirmaba la recepción del dinero en perfectas condiciones. Bryan guardó el papel y estrechó la mano que Sherman le tendía—. Le estamos muy agradecidos Stacey y yo. Buenas noches, señor Lee, y felices Navidades...

Bryan correspondió a la atención y un momento después, salía del despacho, escoltado por el mayordomo, que le abrió la puerta en silencio. Bryan se volvió, para echar una última mirada a la suntuosa casa... y entonces vio a la mujer.

Estaba erguida en lo alto del tramo curvo de escalera, como una vaga sombra teñida por el rojo resplandor de la lámpara del piso inferior, que daba un raro tono naranja a sus cabellos, indudablemente rubios o muy claros. Parecía llevar abrigo oscuro y algo sobre el cabello, acaso un sombrero, una boina o un casquete. Pero su rostro estaba sumido en la sombra, a la vez que un gran alfiler plateado brillaba en el cuello del abrigo. Tenía manos enguantadas de color claro, apoyadas sobre la barandilla metálica.

Bryan enarcó las cejas, con cierta curiosidad, y el mayordomo miró también arriba. Luego, rápidamente, el criado comenzó a cerrar la puerta.

—Buenas noches, señor —dijo con premura, un momento antes de que la recia hoja de madera encajase en su marco, sonando el seco pestillo, y dejando a Bryan Lee en pie en el porche del edificio, todavía intrigado por la dama que parecía vigilar su salida desde lo alto de la escalera, sin afán de dejarse ver demasiado.

Claro que podía ser familiar de Sherman, pero el hombre de negocios había dicho algo sobre reunirse con su familia. Lo cual

implicaba una idea de que no estaban allí, bajo el mismo techo. Sonrió maliciosamente el joven empleado, mientras descendía acera abajo, sintiendo en sus hombros y cabellos el frío contacto de la nieve. Quizá Ralph Sherman aprovechaba sus obligaciones de negocios para enlazarlas con ocultas aventuras amorosas. Porque la dama parecía ser de primera clase, a juzgar por lo entrevisto. La luz del vestíbulo había permitido, al menos, apreciar la bella línea de un par de esbeltas piernas. Lo demás debía estar a tono con ellas.

No era cuenta suya la vida privada de Sherman. Él había cumplido su labor, se había ganado mil dólares limpiamente, a costa de una mala noche solitaria, en fecha tan señalada. Pero a eso se reducían las molestias sufridas. Valían la pena, por mil dólares.

Tenía ahora tiempo hasta regresar a casa. El último tren de la noche, con destino a Siracusa, tenía su salida a las once y media. Disponía de casi una hora hasta entonces. Tenía apetito y se sentía incapaz de esperar más tiempo a tomar un bocado en casa.

Caminó seis o siete manzanas, halló el cruce con una calle bien iluminada y bastante concurrida para la hora que era y el frío intenso de la noche, con todos sus escaparates y luminosos a pleno rendimiento. Unos altavoces entonaban canciones que no tenían nada de navideñas, como tampoco lo resultaban las muestras de varios locales, con chicas excesivamente ligeras de ropa. La nieve humedecía esos cartelones y hacía resbaladizas las aceras.

Bryan se detuvo frente a un local, en cuya puerta se leía: «*Lunch* y bebidas». El nombre del local, en parpadeante neón azul y rojo, rezaba: «The New-Yorker».

Bryan entró, comprobando la escasa clientela del local, y tomó asiento ante una vidriera empañada. En el largo mostrador se sentaba una pelirroja. Tenía linda figura y le sonrió descaradamente a Bryan cuando el joven la miró.

Un camarero de aire cansado se acercó a él, y Lee le encargó un pastel de pescado, huevos con jamón, cerveza y café solo bien caliente. Mientras se lo preparaban, la pelirroja se acercó a Lee, preguntando suavemente, con sus grandes ojos pintados fijos en el joven:

—¿Puedo sentarme aquí?

—¿Y por qué aquí? —interrogó Lee, mirándola con fijeza.

—No lo sé —ella se encogió de hombros—. Acaso porque me

agradas...

Lee torció el gesto. Miró la hilera de mesas vacías y la pareja sentada al final de ella, dándole la espalda a él. Ella, sin esperar más, se sentó frente a él, dejando su bolso negro, con dos grandes iniciales en metal plateado: una E y una M. Ella rió al ver la dirección de su mirada y explicó con frívolo acento:

—Mi nombre es Elsie Madden. ¿Y el tuyo?

—Bryan —explicó él de mala gana—. El apellido no tiene importancia, ¿no crees?

—Seguro —ella miró en derredor—. Si buscas diversión por aquí, has elegido el peor sitio. Aquí no hay nunca nadie. Pero la calle está llena de locales alegres y...

—No busco ningún sitio alegre —manifestó secamente Lee—. He entrado a tomar un bocado antes... antes de tomar el tren. Eso es todo.

—Oh, entiendo —ella entornó los ojos. Los tenía bonitos, de un limpio color azul. Pero demasiado cubiertos de rímel, igual que su rostro joven parecía maquillado exageradamente—. Creo que me he equivocado.

—Creo que sí —fue la respuesta, agria y punzante.

La muchacha miró a Bryan con hostilidad. Luego, sin decir palabra, tomó de nuevo su bolso y se puso en pie. Lee, alzando los ojos, se creyó obligado a decir:

—Pero si quiere usted un café, puede pedirlo.

—No, gracias —respondió la pelirroja con rencor—. Le subiría mucho la cuenta, amigo.

Lee se quedó solo en la mesa. Le sirvieron lo pedido y lo ingirió con premura, sabiendo que los ojos de la muchacha se volvían a él de vez en cuando, pensativos y poco amistosos. El *pudding* de pescado no sabía muy bien, y lo dejó a un lado, continuando con el otro plato. Cuando terminaba, le sirvieron el café humeante. La chica lo aspiró con deleite desde el mostrador y dijo al mozo que servía:

—Anda, Billy, no seas malo y hazme uno a mí. Ese olor me atonta...

—No, ricura —replicó, adusto, el mozo—. No puedes pagar los que debes ya. ¿A qué pides más? Lo mejor será que cuanto antes te largues por ahí, y no molestes...

—Vamos, Billy, sé buen chico... —pidió ella, tomándole por un brazo—. Tengo frío... y ganas de café.

—¡Pues que te lo pague algún primo! —Manifestó rudamente el camarero, soltándose de ella de un empujón tan brusco y violento que la derribó del alto taburete, haciéndola caer por tierra.

La muchacha gimió al caer de espaldas contra el cromado mostrador donde golpeó su cabeza. La pareja del fondo se volvió un momento, pero volvió en el acto a sus asuntos.

—¡Largo de mi casa, estúpida, y déjate de pedir fiado! —rugió el camarero—. ¡Estoy harto de ti y de tus triquiñuelas, Elsie!

De repente, algo le asió por detrás, volviéndole en redondo. Giró, porque no tuvo otro remedio, y un formidable puño se estampó en su mandíbula, arrojándole contra una mesa cercana, que estuvo a punto de derribar con su peso. Colérico, sacudió la cabeza, mirando a quién así le maltrataba. Se encontró con el cliente erguido frente a él, afirmado sobre sus piernas abiertas, dura la expresión. Aún enarbolaba sus puños.



Un formidable puñetazo en la mandíbula...

2—MORIRE

—¿Por qué no trata de tumbarme a mí en vez de a esa chica, cobarde? —le espetó Bryan Lee, con aspereza—. No me gusta que maltraten a las mujeres. Sírvele ahora mismo un café. Y si tiene apetito, algo más, lo que ella pida, ¿entendido?

—Sí... Sí, señor —el mozo tragó saliva, bajando la cabeza—. No

quise dañarla...

—Ni yo a ti —sonrió con expresión hostil Bryan Lee—. Vamos, sirve pronto a la señorita. Pero no se te ocurra ponerle ese asqueroso *pudding*. El pescado estaba podrido como tú...

La chica le miraba, asombrada. No parecía el mismo hombre que se sentaba apaciblemente en aquella mesa, y el propio Bryan se preguntaba por qué tenían que ocurrir cosas así. Cada vez que veía una injusticia, su natural apacible y tranquilo se iba al diablo, y acudía a él aquel mismo espíritu belicoso del soldado que combatió en Corea, del hombre que un día fue combativo y lleno de esperanzas e ilusiones.

Ayudó a Elsie Madden a recuperarse de su caída, la sentó con él en la mesa. La chica empezó en silencio todavía su café y el par de *sándwiches* que le sirvió el corrido camarero. Por fin, miró lealmente a Lee.

—Le doy las gracias por su comportamiento —dijo—. Usted es un buen chico, Bryan.

—Vamos, no lo nombre siquiera. ¿Se siente mejor ahora?

—Mucho mejor, gracias. Es malo pasarse una Navidad sola... y sin dinero.

—Lo creo —Bryan buscó en sus bolsillos. Tenía dinero suelto, no mucho. Separó tres billetes de diez dólares y los enrolló, tendiéndoselos a la muchacha—. Tome. Con esto, puede pasar un buen día de Navidad.

—¡Cielos! —La chica los tomó, aturdida—. Pero éste es mucho dinero.

—Eso mismo pensaba yo, hace unas horas —sonrió Lee—. Ahora, he cambiado de idea.

—¿Por qué? —rió alegremente—. ¿Has robado algún banco?

—No, no es eso —respondió Lee—. Pude hacer algo mejor, pero me conformé con poco. Lo que podía gastarme honradamente...

—Es bueno ser honrado. Se gana poco, pero bien. Y ganar algo bien merece la pena —había cierto tono amargo en la voz de la pelirroja—. ¿Se va ahora? ¿A Nueva York?

—No. Vivo en Siracusa —de pronto se llevó las manos al estómago, torciendo el rostro en gesto de dolor.

—¿Le ocurre algo? —se alarmó ella, inclinándose hacia Lee.

—No, no, gracias —respondió suavemente Lee—. Creo que ese

pudding me ha sentado como un tiro...

—Si se siente mal, puedo llevarle a casa. No vivo en un palacio precisamente, pero le atendería y...

—No, no —sonrió Lee—. ¡Qué absurdo! Sólo ha sido una ligera punzada de dolor... No puedo en modo alguno perder ese tren, y menos por una tontería. Ya me ha pasado.

Siguieron charlando durante unos minutos todavía, pero Bryan empezaba a notar que su mente no coordinaba bien, y que le persistía de nuevo el dolor de estómago, cada vez más intenso. Su rostro debió reflejar ese estado, porque la pelirroja mostró preocupación al apoyar una mano manicurada sobre un brazo del joven.

—¿Qué le pasa ahora? Se ha puesto muy pálido...

—No será nada. Un ligero malestar —dijo Lee, que empezaba a sentir sudores fríos en su cuerpo.

Rebuscó en el bolsillo, extrayendo un billete de cinco dólares, que arrojó sobre la mesa y se puso en pie sin esperar el cambio. Tomó su gabardina, sintiéndose más débil y agotado que nunca. Elsie se puso en pie y trató de ayudarle, sirviéndole de apoyo. El camarero recogió el dinero y les miró curiosamente. Pero no comentó nada.

—¿Cree que puede andar bien? —interrogó la muchacha a Bryan.

—Sí, gracias —dio unos pasos, apoyado todo su peso en ella, y notó que sus piernas no respondían a sus esfuerzos. Lograron salir a la acera, y allí, Bryan se hubo de apoyar en la pared, cerrando los ojos—. No... No puedo más, Elsie, váyase usted... Ya iré yo sólo a la... estación... No sé qué me pasa, pero ese maldito *pudding* no estaba bien.

—Está loco, si cree que voy a dejarle de este modo, camino de la estación —la pelirroja hizo señas a un taxi, que paró frente a ellos—. Vamos, Bryan, entre ahí.

—Gracias... Gracias, Elsie —balbuceó pastosamente Lee, entrando en el coche—. Es usted... una buena chica... Dele la dirección de la estación, por favor... Yo... tengo sueño, y me duele mucho el estómago. No sé... qué me pasa... precisamente ahora... al volver a casa...

Ella se inclinó hacia el taxista, le dijo algo, y el hombre asintió,

tras una ojeada al viajero. El coche emprendió la carrera a través de la nieve y la luminosidad de las calles, en la noche de Navidad.

Bryan Lee apenas si veía el rápido desfile de luces a ambos lados. Sentía angustias, pesadez de cabeza y un espeso sopor que le invadía por momentos. Pero cuando el coche se detuvo y Elsie abonó la carrera con el dinero que él le diera, advirtió vagamente que estaban en una calle mal alumbrada y silenciosa, donde la nieve había cuajado más rápidamente. Pero no había ni rastro de la estación.

—Eh, no, Elsie, aquí no es... la estación... —balbuceó, al salir difícilmente del coche, conducido entre ella y el taxista—. ¿A dónde... me ha llevado?

—Está usted enfermo, Bryan —respondió ella, llevándole a una puerta a la que se ascendía por un trame de escalones de piedra, flanqueados de verja de hierro. Un número bailoteaba ante los ojos de Lee, pendiente de la pared de la casa. Era un globo luminoso con dos cifras, quizá un 6 y un 8, no podía apreciarlo bien. Todo era borroso ante sus ojos. La voz de Elsie Madden parecía lejana y débil —. Llamaré a un médico si no logro mejorarle yo misma. En mi casa estará mejor que deambulando por esas calles o tomando el tren. Podría ocurrirle cualquier cosa. Vamos, Bryan, sea buen chico y déjese manejar. Le prometo que volverá a su casa cuando esté bien del todo...

Quiso protestar, oponerse. Porque en su mente, de un modo borroso, aparecía la silueta de una mujer diciéndole adiós tras unos cristales, una sombra querida que le esperaba levantada, con la cena extraordinaria de Navidad enfriándose estérilmente...

Aun quiso resistirse a entrar en aquella casa. Pero no podía; ni sus nervios ni sus músculos lograban responder a las órdenes torpes de su cerebro. Se sintió empujado dentro de un corredor en penumbras, con intenso olor a cerveza agria, y a descuido. Luego una puerta se abrió, tal vez a su izquierda, y Elsie comentó:

—Menos mal que no hay escaleras. A veces ocupar un bajo tiene sus ventajas...

Pretendió formular una última protesta y sólo escapó de sus labios un ronco sonido inarticulado. Luego trastabilló todavía un par de pasos o tres, vio una superficie azul, blanda y rectangular, delimitada por dos vallas de barrotes niquelados. A sus espaldas se

cerró una puerta. Elsie Madden dijo algo así como:

—Ya hemos llegado, Bryan...

Y ya no percibió más, ni ruido, ni formas ni visión alguna de nada. Sólo oscuridad, dolor de cabeza, punzadas en sus sienes... hasta que todo eso se fundió en simple negrura. En inconsciencia total...

SEGUNDA PARTE

SANGRE

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba muerta.

Su cabello parecía haberse desprendido en roja cascada sobre el entarimado manchado de grasa y la raída alfombra y sin color. Pero no eran rojos cabellos los que llenaban el piso, sino algo tan rojo como ellos, y sin embargo mucho más siniestro e inesperado: sangre. ¡Sangre!

Bryan Lee se irguió, aún aturdido. Su alta figura hubo de buscar el apoyo de la cabecera del lecho para mirar aquel cuerpo femenino, ligero de ropas, con la bata completamente abierta, que yacía en trágica pirueta petrificada, con el lindo rostro maquillado hacia arriba y la vidriosa mirada azul horriblemente fija en el techo. El maquillaje no bastaba ya a disimular la lividez de la muerte.

Tenía hundida la parte superior del cráneo; eso podía advertirse a simple vista. Lee, horrorizado, se movió por la habitación como un sonámbulo. Al pasar ante una vieja cómoda con un espejo agrietado se contempló. Retrocedió, asustado de su propia imagen. ¿Era posible que aquél fuera él? El rostro macilento, pálido, hundido bajo los pómulos, con sombras oscuras en torno a los ojos, y una barba crecida, que sombreaba sus mejillas. Pero si él apenas tenía barba en su rostro cuando aquella noche llegó a Utica...

Fue recordando las cosas ocurridas últimamente. La visita rápida a Sherman, el restaurante, el *pudding* de pescado en malas condiciones, la pelirroja del mostrador, el violento camarero, el dolor repentino, el taxi, la llegada borrosa a aquella misma casa, a aquella habitación... con la chica que ahora yacía junto al lecho sin vida.

Sus ojos se dirigieron en derechura al objeto caído cerca de la pelirroja muerta. Era una pesada barra de metal niquelada, arrancada, de la cabecera del lecho. ¡Y estaba materialmente enrojecida por la sangre que la cubría! Sin embargo, no tocaba para

nada el amplio charco formado bajo el cuerpo de la infeliz.

Lee se tapó los ojos, tratando de pensar. Luego miró hacia las cortinillas corridas ante una ventana cerrada herméticamente. Al otro lado de la estancia había dos puertas. Abierta una, mostrando una cocinilla de gas. La otra cerrada. Sin duda un lavabo. Ésa era la vivienda de Elsie Madden, de la pobre Elsie Madden, muerta a golpes.

Pero ¿cómo? ¿Por qué? ¿Por quién?

Bryan se movió hacia la ventana, tiró bruscamente de las cortinillas y probó a abrir una de las contraventanas. En el acto un soplo de frío entró en la estancia acompañando a la luz mortecina de un atardecer. Estaba nevando intensamente en la calle desconocida de la ciudad.

¡Atardecer! Bryan Lee lo comprobó asustado. Era de noche cuando él llegó allí. Antes de las once y media. Y ahora estaba cayendo la luz de un día. ¿De qué día?

Angustiado, se precipitó junto al cuerpo de la muchacha, apoyando los dedos sobre la piel de su cuello. Retiró la mano con vivo horror. Estaba helada, rígida. Llevaba mucho tiempo muerta, horas tal vez. Sintió irrefrenables deseos de huir, de abrir la puerta y precipitarse lejos de allí, de dejar tras sí el cadáver y desentenderse de aquel desastre.

Pero no podía hacerlo. No podía huir así. Le verían.

Era un desconocido en aquel lugar. Referirían sus señas a la Policía. ¡La policía, la Prensa, la publicidad! Un hombre hallado en el piso de una chica de dudosa conducta, con el cadáver de la muchacha junto a él... muerta a golpes con el objeto ensangrentado que yacía cerca de ella.

Automáticamente miró su reloj. Estaba parado en las once y media. Evidentemente, aquella mañana habíase detenido su marcha. Si es que llevaba sólo un día acostado, junto a la Muerte. ¿Habría alguna persona que, al sorprender dentro del piso de Elsie la presencia de un hombre dormido, peleó con ella, matándola, y huyó luego?

Esto parecía lo más factible. Y aquel sangriento suceso le abocaba a él, Bryan Lee, a una auténtica tragedia. Ya imaginaba los titulares de diarios: «BRYAN LEE, EMPLEADO DE COMERCIO, HALLADO EN EL PISO DE UNA PELIRROJA ASESINADA». Y evocó a June con una escalofrío.

Su evocación se extendió, sin saber por qué, al rostro apacible y bello de Lucy Darnell, al de Stacey, al de todas las personas con quienes convivía en Siracusa. ¿Qué versión podían ellos creer? Desde luego, no la que él daría sobre el caso. Porque biten se daba cuenta él de lo falso que sonaría todo, referido tal y como sucedió.

Miró con pesar a Elsie Madden. La desdichada mujer había sido muerta, evidentemente, con aquellos temibles golpes que hacían suponer la presencia de la ensangrentada barra niquelada. Lee, sentado en el borde del lecho, movió su cabeza de un lado a otro y luego se llevó una mano temblorosa a las sienes. Estaba como borracho, confuso, aturdido... Le dolía aún el estómago, con unas punzadas originadas a no dudar por la ausencia de alimentos durante muchas horas. Entonces advirtió que tenía suelta la manga de su camisa, bajo la americana. Extrañado, comprobó que el gemelo se había desprendido.

Tiró hacia arriba, pero no advirtió nada en su brazo. Nada salvo un leve puntito rojizo, como si algún insecto le hubiera, pinchado. Pero de repente, algo más terrible y siniestro saltó a la vista, estremeciéndole de terror. Había sangre en la bocamanga de su chaqueta, sangre oscura, que no mostró humedad alguna al rozarla sus dedos trémulos.

Tenía que huir. A toda costa. No podía seguir allí, dejarse ver... No con un cadáver cuya presencia no podría explicar. No con ausencia de todo testimonio en qué basar la razón de su estancia en aquel piso, el piso de una perfecta desconocida. Apresuróse a cruzar la habitación, tras echar una última mirada a la muchacha muerta, y se dispuso a mover el picaporte de gastado metal dorado, en forma esférica. Súbitamente lo pensó mejor, rebuscó en su gabardina y dio con los guantes. Se los puso, y de ese modo hizo girar el pomo... para quedarse rígido y como de piedra, al encontrarse ante una mujer de mediana edad, y despeinados cabellos blancos, parada ante la puerta y en disposición de llamar a la misma. Ambos se miraron largamente, sorprendidos el uno y el otro por la presencia ajena. La señora fue la primera en abrir la boca, mientras la mano de Bryan se crispaba sobre el pomo, y una palidez mortal cubría las facciones tensas del joven.

—Perdone, señor... ¿No es éste el apartamento de Elsie Madden? —inquirió blandamente.

—Er... Sí. Sí, señora. ¿Deseaba algo?

—Verá, señor. Elsie me dijo que viniera hoy a cobrar lo que me adeudaba de las prendas que adquirió a crédito el mes pasado. He estado ya dos veces esta mañana y esta tarde a primera hora, pero nadie respondió, y un vecino me ha dicho que no debía estar en casa, puesto que tenía cerradas las ventanas...

—Es cierto, no ha estado en casa —mintió serenamente Bryan, procurando que su voz sonara natural, lamentando decir todo aquello y sin saber adónde le conduciría el engaño, pero consciente de que no tenía otra escapatoria—. Ahora está ahí, pero ha venido bastante enferma y se acostó. Ha conciliado el sueño hace un momento. Claro que si lo prefiere, la llamaré, pero...

—No, no se moleste, volveré más tarde. Sólo quería cobrar, porque yo también necesito ese dinero y...

—¿Cuánto le debe Elsie? —interrogó bruscamente, Bryan.

—Son veinticinco dólares, señor.

—Bien, yo se los daré, y así todos contentos —Bryan respiró con alivio al ver la expresión gozosa de la mujer, y hundió la mano en su bolsillo, sacando los billetes que le quedaban sueltos.

Un frío de hielo se apoderó de sus dedos, mano y brazo, extendiéndose hasta el cuerpo y atravesándole el corazón como agujas glaciales. Miró, hipnotizado, el rollo de billetes verdes, nuevos y crujientes, a los que la mujer del pasillo miraba también con la fascinación de la codicia y la envidia. Billetes con muchos ceros. ¡Billetes de quinientos y de mil dólares...!

Si alguna vez un hombre se ha sentido aplastado bajo el peso de lo incomprensible, de lo absurdo y de lo que escapa a la realidad más inconcebible, Bryan Lee fue el más afectado de todos ellos. Tragó saliva, sintiendo vacilar el suelo bajo sus pies. Luego, velozmente, reaccionó, sin saber siquiera cómo podía hacerlo, al advertir la mirada de recelo y admiración de la mujer hacia un hombre tan repleto de dinero. Lee le tendió nerviosamente un billete de cien dólares, de entre la pila que asomaba por sus dedos.

—No tengo cambio de tanto, señor... —protestó la mujer.

—Bien, es igual. Quédeselo y ya se lo devolverá otro día a Elsie —habló a borbotones el joven, empezando a pisar terreno quebradizo. Rápido, volvió el torrente de dólares al bolsillo, con la impresión del que sueña algo espantoso y sabe, positivamente, que

es únicamente un sueño del que el despertar arrancará todo viso de realidad.

—Bien, señor, si usted lo desea de ese modo... Pero la verdad es que no estaré tranquila sí...

—No se preocupe por eso. Dígale a ella que se lo di yo y todo arreglado. Buenas tardes, señora —y cerró con firmeza cuando la mujer apenas se había despedido aún.

Corrió a la ventana y entreabrió la hoja de madera, espionando la calle, envuelta ya en una luz azulada y tenue, que borraba los rótulos de los establecimientos, al otro lado, tras la fina cortina de nieve. Vio alejarse a la mujer, cruzar la calle y caminar hacia abajo, no sin que antes se volviera en dos o tres ocasiones, hacia la casa, mirándola desconcertadamente.

Bryan cerró el postigo con un fuerte suspiro cuando la mujer desapareció en una esquina, y se precipitó a abrir nuevamente la puerta. Esta vez no había nadie en el pasillo. Salió, cerrando la puerta de golpe, y entonces oyó pasos que ascendían la escalera con premura. Avanzó hacia la salida, serenamente, resuelto a todo.

Una niña de diez o doce años apareció con una caja de cuatro botellas de leche, y le miró con curiosidad a través de sus enormes ojos azules e ingenuos. Lee pasó junto a ella, sin despegar los labios, y la niña preguntó.

—Señor, ¿buscaba a alguien?

—No, pequeña, gracias. Veo que me he equivocado de número. Adiós —y salió al exterior, recibiendo en el rostro un helado remolino blanco de copos algodonosos. Tuvo la impresión desagradable de que los grandes ojos infantiles le seguían obsesivamente, y que no sería fácil borrar de su memoria la imagen del hombre con quien se cruzó.

Lee caminó calle arriba, con largas zancadas, llegando a una calle más amplia. Cruzaba un taxi libre, pero no se arriesgó a tomarlo, y siguió adelante. Vio pasar un autobús, y lo tomó, sin saber a dónde le conduciría. Tenía la mente tan borrosa y revuelta de ideas, que necesitaba ganar tiempo, pensar, ver alguna solución a todo aquello.

Abandonó el coche en una parada y caminó sin rumbo, hasta detenerse ante un cinematógrafo. Proyectaban una película de gran éxito, y su mirada se clavó en la cartelera, allí donde marcaban los

horarios de exhibición de la cinta: «Hoy, sesiones especiales de Navidad. Se pasará la película base a las...». La hora no le importó en absoluto. Sabía ya lo que quería saber. Era Navidad. Habían pasado casi veinticuatro horas de su entrada en aquel piso. Veinticuatro horas dormido. No podía haber sido tan terrible su desvanecimiento. Nadie se desvanece tanto tiempo, por mala que sea la comida que ingiera. Allí había algo raro, muy raro...

Entonces sí tomó un taxi, que quedó libre al dejar a un par de muchachas ante el cine, y Bryan lo tomó, indicándole que le llevara a la estación. Era lo único que podía hacer. Lo mejor de todo. Poner distancia por medio, antes de que fuera hallado el cuerpo, antes de que asociaran a un hombre de sus señas con la muchacha pelirroja muerta. Él no tenía responsabilidad alguna en aquella muerte, pero la policía podía pensar de otro modo. ¿Y June? ¿Qué diría June, si supiera que estuvo con una chica pelirroja en su habitación, durante un día entero? No iba a creer, naturalmente, su versión de los hechos; ninguna mujer podía creerlos. Luego, un nuevo temor le asaltó, mientras el taxi doblaba una calle, la familiar calle bien iluminada, donde estaba «The New-Yorker», el local donde tomó aquel maldito *pudding*. ¿Cómo explicarle su demora a June? Podía decir que había perdido el último tren de la noche, que se había dormido por la mañana, pegándosele las sábanas. Pero ¿y los restantes trenes del día? ¿Qué preguntas haría June, qué dudas y qué celos se albergarían en ella, con toda la razón del mundo?

Recordó el dinero hallado en su bolsillo y, presa de súbita agitación, rebuscó en el pantalón, sacando el rollo de billetes. Contó por encima, con tal nerviosismo, que le cayeron varios billetes al suelo del vehículo y los recogió, torpemente. Cuando terminó, retrepóse en el asiento, incapaz de pensar, de entender, de ver nada claro...

—¡Quince mil dólares! —susurró angustiado—. Quince mil...

Era una fortuna. Jamás había tenido un dineral así en su poder, sin otro dueño aparente que él mismo. Pero el dinero no crece por generación espontánea, el dinero no llega como un regalo del cielo. ¿Quién puso ese dinero en su bolsillo? ¿Por qué y para qué...? ¿Y cuándo? ¿Durante su desvanecimiento acaso? ¿Tenía conexión con el crimen de Elsie?

Asociando ideas, volvió a examinar la mancha de sangre seca de

su chaqueta. Tampoco aquello tenía sentido. Él no se había podido acercar a Elsie durante las veinte horas o poco menos de su sueño ininterrumpido, a no ser que fuera sonámbulo o tuviese una doble personalidad, siendo capaz de caminar y obrar en sueños...

Se estremeció, aterrado por la idea que le asaltaba ahora. ¡Sonámbulo! Él lo había sido, incluso en su época de soldado en Corea. Fue asistido clínicamente, y se dijo que estaba curado aunque los médicos militares no rechazaron la posibilidad de una recaída más o menos lejana. De niño también sufrió accesos de sonambulismo, hablaba y se movía en sueños... ¡Pero no, esto resultaba demasiado terrible! ¡Lleno de posibilidades siniestras! Porque él... ¡Él no podía haber asesinado a Elsie Madden, en un desdoblamiento de personalidad!

O tal vez... ¡tal vez sí!

Y ese horror, esa congoja, esa latente angustia en forma de colosal y roja interrogación, se abrió de pronto ante él... sin solución posible de momento. Sin respuesta.

—La estación, señor —dijo, como si viniera de muy lejos, la voz del taxista—. Ya hemos llegado... Señor, ¿se siente enfermo?

—No... no... —Bryan se pasó una mano por el rostro, retirándola empapada de sudor—. Estoy bien... gracias.

—Pues nadie lo diría —comentó el taxista contemplando el rostro lívido de Bryan—. Parece que haya visto usted un muerto...

Lee le tiró el billete de dos dólares que encontró en un rincón de su bolsillo y se precipitó hacia la estación, sin querer mirar siquiera al conductor del taxi. Una convulsión epiléptica le hizo crisar los labios, mordiéndolos con furia, mientras caminaba bajo los árboles cuajados de nieve, hacia la entrada a los andenes.

CAPÍTULO II

Bryan tiró a un lado el periódico. No traía noticia alguna de Utica. Nada sobre una pelirroja muerta en su piso. Nada de nada. Se incorporó en el lecho, encendió un cigarrillo y pronto lo aplastó en el cenicero, pasando a hacer compañía a los otros que ya antes estrujara, casi enteros.

Se acercó a la ventana. Nevaba aún. Copiosa, implacablemente. Todo en el exterior era blando, esponjoso. La gente transitaba escasamente, como aterida por el frío de la mañana invernal.

Apartóse de la ventana para no ver más nieve. Estaba seguro que, de allí en adelante, la nieve sería para él un recuerdo punzante, cruel. Asociaría su blancura con la roja viscosidad de la sangre, con unos grandes ojos pintados, abiertos en la última expresión de esta vida.

Y sin embargo, ¡parecía tan distante aquella calle familiar, aquel trecho cotidianamente visto desde aquella misma ventana, en Siracusa, de la calle desconocida, siniestra, donde la Muerte le acompañó durante horas, en Utica!

Las cosas no habían sido tan malas como esperaba que fueran. June había cedido con peligrosa suavidad. Era obvio que no creyó una sola palabra de la historia pergeñada por Lee durante el viaje de regreso. La historia en cuestión estaba llena de agujeros, y el propio Bryan comprendía su debilidad ante cualquier análisis. Sin embargo, June, serena, sin expresión de reproche o de celos en sus ojos, sin inquietud en el tono, le había escuchado en silencio, sin interrumpirle, para decir finalmente, con toda calma:

—Celebro que eso fuera todo, Bryan. Estuve muy inquieta por ti. Debiste telefonarme al menos.

Bryan se había excusado por no caer en algo tan simple. Su historia del último tren perdido por una indisposición a causa de un *pudding* en mal estado, forzándole a tomar alojamiento en un hotel,

donde su propia malestar le hizo dormir hasta muy tarde, en una especie de sopor molesto, del que al despertar tuvo que desprenderse acudiendo a un médico, que le recetó un sencillo medicamento y le tuvo sometido a examen, no pudiendo partir hasta el tren de la noche, seguía sonando a falsa por todas partes. Pero Lee no tenía otra más plausible, y la mantuvo heroicamente.

June llevó su atención a prepararle un caldo y un vaso de leche caliente con aspirinas. Bryan lo tomó, pero no aceptó acostarse aún, limitándose a tenderse en la cama. Esperó la salida de los diarios de la noche, y adquirió uno, sin encontrar nada en él. De todos modos, ¿qué iba a llevar a tales horas?

Durmió mal, inquieto, apenas una hora o menos. En la cama gemela a la suya June parecía dormir, tan profundamente que no advertía su desazón. Pero Bryan estaba seguro de que ella no dormía tampoco.

Le despertó el timbre del despertador, como siempre. Como siempre también, June se levantó y le dispuso el desayuno en el comedor. Bryan pidió el periódico matinal, y June se lo entregó, mirándole fija y silenciosamente.

Ahora acababa de leerlo. Todavía faltaban unos minutos para las ocho, y June le gritó desde abajo:

—¡Bryan, vas a llegar tarde! ¡Falta poco para las ocho!

Se puso la americana. Miró el borde ensangrentado, estremeciéndose. Rápido, fue al armario, buscó su otra americana de *sport* y se la puso, cuidando de colgar la que tenía la mancha. Bajó apresuradamente, fingiendo tener los nervios normalmente. June le esperaba, con la gabardina entre las manos, para ayudarle a ponérsela.

Bryan aceptó, en silencio, la ayuda, y una vez ataviado así, tomó su sombrero y extrajo los guantes. June observó, mirándolos con atención:

—Están manchados, Bryan...

Lee sintió frío. Sí, su guante derecho estaba manchado; no lo había notado antes. Dos dedos y parte de la palma de la mano ofrecían oscuras manchas negruzcas. Para él no admitía dudas su naturaleza. Debió palidecer, pero June no le estaba mirando. Miraba fijamente el guante, y comentó ahora, sin que Lee hablase aún:

—Parece sangre...

—¿Sangre? —Lee rió agriamente—. ¡Qué tontería!

—Eso es. Una tontería... Pero lo parece —y ahora sí que sus ojos inteligentes miraban a Lee con fijeza. En ellos leyó Bryan algo raro, peligroso sutil—. ¿Te has herido?

—¿Yo? Claro que no... ¿Por qué había de herirme? —Y dando un beso rápido a June en la mejilla, salió de la casa, caminando apresuradamente hacia la parada del autobús que le conduciría a los almacenes Stacey.

Todo parecía igual que siempre en los almacenes. Preguntó por el patrón y le dijeron que no había llegado aún, como tampoco Malvin, el jefe de ventas, lo cual resultaba más extraño. Lucy le saludó con una sonrisa cordial desde su mostrador, y Lee correspondió distraídamente, apenas sin prestarle atención.

Hasta mediodía no apareció Marlin por allí. Llegó frente al mostrador de Bryan, dirigiéndole una extraña mirada, que tuvo la virtud de estremecer al joven, y le espetó:

—Bryan, el patrón está arriba y quiere hablar con usted. Suba enseguida, porque es urgente. Lucy, ocúpese usted de la sección del señor Lee.

Asintió la muchacha. Bryan, ceñudo, cambió una mirada hermética con Dave Marlin y se encaminó hacia, la escalera del personal, subiendo al último piso en el ascensor privado de los empleados de la casa. Llamó en el despacho de Stacey, al que le dio paso una joven empleada, que protegía sus ojos grises con gafas de montura de concha y llevaba el ceniciento cabello sujeto con un moño a su nuca.

—¿Es usted Bryan Lee? —dijo, mirándole. Al afirmar, le mostró el despacho—. Entre El señor Stacey le está aguardando. Y vaya preparándose bien, amigo mío...

La frase era enigmática e inquietante. Lee la miró de soslayo y se acercó a la puerta, golpeando con los nudillos, antes de abrirla y entrar. Se encontró con el rostro de Frank Stacey, convertido, bajo sus metálicos cabellos grises, en una dura máscara de hostilidad. No se movió al verle entrar, no hizo el menor ademán de tenderle la mano o de sonreír. Sus labios, pálidos y apretados, se cerraron más aún, y sólo los entreabrió para espetar al asombrado joven:

—¿Qué es lo que hizo usted anteanoche en Utica, Lee?

Una pausa angustiosa. Bryan evocó a una mujer muerta, una pelirroja. Y se preguntó cómo era posible que Stacey supiera... Pero él no podía admitirlo en absoluto. Replicó secamente:

—Lamento decirle, señor Stacey, que ignoro a dónde va a parar.

—¿Y el dinero? —Fue la incisiva réplica a Stacey.

—¿El... dinero? ¿Su dinero?

—¡Sí! ¡Doscientos cincuenta mil dólares en metálico, Bryan!
¿Qué hizo con ellos?

—¿Qué iba a hacer? Entregarlos a Ralph Sherman, conforme a lo convenido...

—¡No me haga reír! —estalló Stacey, achicando sus ojos endurecidos—. ¿Es que cree posible convencerme de tal cosa? Vamos, déjese de historias extrañas.

—Señor Stacey, no sé si todo esto obedece a una broma, pero permítame decirle con todo respeto que es una broma de mal gusto, en ese caso —el tono de Lee era tajante, combativo—. Si se ha arrepentido de ofrecer mil dólares por ese sencillo trabajo, puede quedarse con su dinero. E incluso con su empleo.

—¡Magnífico! —rió con sarcasmo Stacey—. Es todo lo que podía esperar, para tomar este teléfono y avisar a la policía. Le van a coger con mucha alegría, Lee...

—¿La policía? —Un hondo terror instintivo se aferró Lee con fuerza. Pero reaccionó, ante la insinuación injusta y humillante, y su voz se tornó dura, autoritaria, como desde hacía muchos años no sonaba en sus oídos—. ¡Espere! ¿Qué monstruosidad, qué estúpida mentira está usted insinuando, señor Stacey?

—¡Lee, le prohíbo ese modo de expresarse en mi despacho! —rugió Stacey, irguiéndose rojo de ira—. Estoy acusándole de haber aprovechado las circunstancias para quedarse con el dinero y tratar de convencernos a todos de que lo entregó a Sherman.

—¿Cómo? —Bryan retrocedió asombrado.

—Aún está a tiempo, Lee. No cometa errores absurdos. Rectifique su conducta y le prometo olvidar. Es... Es un fallo comprensible en un hombre sin medios. No se quedará sin sus mil dólares, muchacho. No quiero escándalos.

—Señor Stacey, o habla usted con total falta de sentido... o su socio, Ralph Sherman, ha mentido —habló fríamente, silbando las palabras, el joven Lee.

—Lea eso. Bryan, aunque creo que lo conocerá bien —atajó secamente Stacey, sacando de su bolsillo un sobre amarillo que arrojó sobre la mesa—. Y dígame si mintió Sherman.

Lee, asombrado aún por el giro de los acontecimientos, tomó el telegrama, extrajo la hoja amarilla y leyó el texto:

«Ralph Sherman, industrial socio suyo en esta localidad, hallado muerto. Asesinado con pistola automática calibre 32, entre once y doce de la noche del 24 al 25 según informe forense, Ruégole inmediata ayuda en caso, a ser posible. Inspector Benson, policía de Utica».

Bryan Lee, mortalmente pálido, dejó caer de su mano el telegrama, que revoloteó como un raro pájaro amarillo, hasta posarse en la mesa. No podía expresar palabra.

—¿Cree que los muertos mienten, Lee? —insistió duramente Stacey—. ¿Qué ha ocurrido con ese dinero? ¿Dónde está ahora? He telefonado al inspector, antes de ir allá. Ahora mismo regreso de Utica. He visto el cadáver de Sherman, muerto de dos balazos en la nuca. El arma no apareció. Y tampoco el maletín con el dinero.

—Yo entregué ese maletín —Lee, con serenidad, extrajo su cartera, buscó en ella y extrajo el papel firmado. Lo tendió a Stacey, que examinó el recibo con ceño fruncido. Luego, su mirada glacial se clavó en Stacey, mientras doblaba cuidadosamente la nota.

—¡Esta letra no es ni ha sido nunca de Ralph Sherman! —declaró inesperadamente.

Bryan Lee se quedó de hielo, Avanzó dos pasos, enfrentándose a Stacey. Casi gritó:

—¡Tiene que serlo! ¡Él mismo me la firmó, él extendió ante mis ojos esa nota! ¡Puedo jurarlo, es la verdad! ¡No puede usted venir ahora con esa historia, Stacey!

—Escuche, Lee, no le servirá de nada chillar y protestar —atajó Stacey, mirándole calculador—. Acaso sea como dice. Pero parece muy improbable. ¿Fue usted a su casa?

—Sí.

—¿Quién le abrió, él mismo?

—No, su mayordomo.

—¿Su mayordomo? —Stacey enarcó las cejas—. No puede ser.

Estaba con la señora Sherman y sus dos hijos, en su otra residencia de Canal Road, celebrando la Navidad. El señor Sherman fue solo a la casa, para esperarle a usted, sin nadie acompañándole.

Lee no podía entender todo aquello. Parecía otro mal sueño, otra diabólica conspiración ideada para envolverle en una red inextricable, en una tela de araña pegajosa y siniestra. Primero Elsie, la pelirroja desconocida... Luego Ralph Sherman, el hombre de Utica, quien dejara él con vida, dueño del cuarto de millón, con un mayordomo que parecía haber surgido de la nada, a juzgar por lo que Stacey decía... y con una mujer oculta en lo alto de la escalera.

—Señor Stacey, un momento, por favor —Bryan se dejó caer en una silla, incapaz de mantenerse en pie un segundo más. Alzó unos ojos acongojados hacia su patrón, inflexiblemente erguido ante él—. Usted... Usted no puede pensar tal cosa.

—¿Qué espere que piense, Lee? —dijo con más suavidad el millonario—. Ya he reflexionado mucho antes de venir a Siracusa de nuevo y llamarle a usted.

—Acaso alguien sabía que yo iba a entregarle ese dinero... y vigiló la casa, entrando en ella y matándole. Tal vez, el propio mayordomo... o la mujer.

—¿La mujer? —Vivamente, Stacey, rodeó la mesa, para acercarse a él—. ¿Qué mujer?

—No sé quién era. La vi en la escalera del vestíbulo, arriba. Parecía ocultarse, no dejar ver su rostro. Pero era rubia o de pelo claro, bonita figura, joven al parecer...

—La esposa de Sherman es morena —dijo Stacey—. Y su hija mayor también. Además, ambas estaban en la fiesta. El mayordomo, Hopkins, servía en esa fiesta. Cincuenta personas, al menos, confirman esa coartada. No podían ser ellos... Y la letra de ese recibo no es de Sherman. ¿Cómo explica usted eso? También hay algo más, que me hizo comprender que usted no había ido aun con el dinero, o si fue, aprovechó la circunstancia de su muerte a su favor, Lee.

—¿Cuál es esa circunstancia, señor Stacey? —interrogó roncamente Bryan.

—Hay dos testigos, dos vecinos de la residencia de Sherman, que han declarado ver entrar y salir de la casa a un hombre cuyas señas

coinciden con usted notablemente, incluso en el detalle de su gabardina y sombrero, pero ¡sin maletín alguno encima!, en ninguna de ambas ocasiones. Y están completamente seguros de que eran entonces las doce menos diez minutos porque consultaron el reloj al ver salir a ese hombre de la casa. Dicen que se alejó furtivamente calle abajo, bajándose el ala de su sombrero, después de mirar a ambos lados de la calle. Y tuvieron miedo de que le hubiera ocurrido algo al señor Sherman, pero pronto desecharon ese temor, hasta que esta mañana, al enterarse del hallazgo del cadáver en el despacho por parte de los familiares de Sherman, que regresaron muy preocupados a la casa, decidieron personarse a la policía y declarar lo que vieron. Ahora toda la policía de Utica busca a un hombre alto, de unos veinticinco a treinta años, de gabardina color marrón claro, sombrero gris de fieltro y algunos otros detalles que le van a usted como un guante, como presunto culpable de asesinato.

—¿Y usted... usted ha referido los detalles de mi viaje de Nochebuena?

—No he tenido otro remedio, Lee. Pero me he guardado mucho de dar sus señas personales o de resaltar su parecido con el supuesto visitante de medianoche de Sherman. Antes, Lee, quería hablar con usted, oír su historia. Y le confieso que no esperaba lo que me ha contado, ni la presentación de un recibo que jamás fue firmado por Sherman. Aquí hay algo muy raro. Le ruego que me cuente su versión de los hechos, por favor.

Bryan sabía que estaba pisando terreno resbaladizo. No podía probar coartada alguna sobre su estancia en Utica. Mencionar el restaurante era caer de lleno en la cuestión de una pelirroja de quien en el acto se acordaría el camarero del bar a quién él golpeó. De una cosa en otra, irían a parar con otro cadáver. Y entonces todo se iría al diablo.

Refirió cuidadosamente todo lo acontecido hasta que abandonó la casa de Sherman. Luego, se perdió refiriendo un largo paseo, su frugal cena en un tugurio cuyo nombre y emplazamiento no podía recordar, y el posterior regreso a Siracusa, sin mencionar hora o fecha del mismo.

Stacey le escuchó en silencio. Luego enarcó las cejas.

—¿Cree que es una buena coartada la suya, Lee? —preguntó

luego dudosamente.

—No podía saber que Sherman iba a aparecer muerto. No podía imaginar nada de esto. Le aseguro, señor Stacey, que, de sospechar tal cosa, lo natural hubiera sido preparar una coartada a propósito para verme libre de sospechas.

—De modo que, según usted, entregó ese dinero a Sherman. Y, en cambio, el hombre que entró a medianoche, casi dos horas después de hacerlo usted, no llevaba consigo bulto alguno, ni tampoco al abandonar la casa.

—Pudo llevarse el dinero en los bolsillos, dejando tras sí el maletín vacío —argumentó débilmente Bryan.

—Da la casualidad de que el maletín no está tampoco en la casa. Eso aleja esta posibilidad, Bryan... y vuelve a centrar las sospechas en usted. El inspector Benson es un hombre rudo, pero comprensivo e inteligente. Vaya a Utica y hable con él, refiérale su versión de lo ocurrido. Si es usted inocente de todo delito, Lee, no tiene nada que temer.

—¡No iré a Utica! —replicó Lee, demasiado impulsivamente. Stacey le miró con sorpresa, y recelo, y Lee se apresuró a agregar, vacilante—: En fin... no me gustaría... No va a ser cosa nada agradable.

—No, no lo será. ¿Acaso cree que lo ha sido para mí, Bryan? Si no aparece ese dinero habré perdido un cuarto de millón. Y, aparezca o no, he perdido a mi socio, Ralph Sherman. Identificarlo en el depósito no fue cosa agradable tampoco. Le dije a Benson que hablaría con usted antes de iniciar acción policial alguna para llamarle como testigo oficial. ¿Puedo telefonearle diciendo que irá usted hoy... o prefiere que sean ellos mismos quienes vengán a buscarle? Elija usted, Bryan.

—Está bien —suspiró el joven, inclinando la cabeza—. Iré yo, señor Stacey.

CAPÍTULO III

El inspector Howard Benson, de la Policía Metropolitana de Utica, era un hombre macizo y sólido, de cuadrada mandíbula, agresivos ojos oscuros y nariz de halcón. Miró a Bryan Lee largamente, bajo el ala de su sombrero gris, cuando el joven terminó su relato.

—¿Y ahí concluye su historia, señor Lee? —preguntó suavemente.

—En efecto —asintió Bryan—. No he vuelto a ver jamás a Ralph Sherman.

—¿Dónde estuvo después de entregar ese maletín a Ralph Sherman, señor Lee?

Bryan respiró hondo. Había esperado esa pregunta. Había preparado la respuesta antes de ir a Utica. Para ello le fue preciso encararse con June en casa, y decirle con tono firme, conciso y vibrante:

—Escucha, June. No me preguntes nada, no quieras saber nada, pero ocurre algo terrible, algo que escapa a mi comprensión y me está envolviendo paulatina y siniestramente. Si quieres que todavía me salve de algo que puede ser espantoso, si quieres evitarme un auténtico desastre, sírvenme de cómplice en una mentira. Prométeme que incluso ante la policía o ante un jurado te mantendrás firme en tu historia. Yo he regresado aquí la misma noche de Navidad, después de las doce. No sabes la hora exactamente, pero recuerdas que era antes de la una. Di eso a todo el mundo, mantente firme en el relato y no sucederá posiblemente nada. Deja de apoyarme, di la verdad, y me habré hundido. No quiero preguntas, no puedo darte aún explicación alguna, pero bástete una cosa: no he hecho nada malo, no soy culpable de nada vergonzoso. Si tienes aún un poco de confianza en mí, jura eso ante quien sea preciso. Por favor, June. Espero eso de ti...

La respuesta de June había sido breve, demasiado breve y oscura, para la larga pausa que había empleado antes de soltarla:

—Está bien, Bryan. Confía en mí.

Nada más. Ni una palabra, ni una pregunta, ni una duda. A él tampoco le gustó esto. Porque los ojos de June no eran ya los de antes. Volvían a ser los de la mujer de quien estuvo a punto de divorciarse una vez. La mujer que no confía, que no cree, pero que comprende cuál es su deber de esposa y lo cumple aun con repugnancia.

Pero bastaba de momento. Bryan había ido relativamente tranquilo a Utica. Refirió ahora, tras la pregunta apacible de Benson, que había tomado el tren de la noche y regresado a Siracusa. No, no conservaba el billete. Acaso en la estación recordaran, aseguró, con el vago temor de que recordaran, efectivamente, demasiado bien para su gusto.

Benson aceptó con dudosa rapidez su historia y no insistió, como Bryan temía. Luego, anotó algunas cosas en un librito de notas, que guardó en su bolsillo, y señaló la salida a Bryan, diciendo entre dientes:

—¿Quiere usted acompañarme, señor Lee? Llevará poco tiempo, y es preciso que eche una ojeada al cadáver, para ver si lo identifica. Tenga en cuenta que, probablemente, fue usted la última persona que vio vivo a Ralph Sherman. Necesito su testimonio.

Lee sabía que éste era un paso inevitable, desde el momento que había tenido contacto con Sherman. Aun identificado sin lugar a dudas por Frank Stacey, también querían su propia identificación.

El inspector Benson le condujo, en el coche de la policía, a través de Utica, hasta el edificio de Medicina Legal y Forense de la ciudad. Dieron un rodeo al edificio de porche colonial, deteniéndose ante una puertecilla posterior sobre la que campeaba el desagradable rótulo: «Depósito de cadáveres».

Bajaron una lóbrega escalera. La iluminación azul, indirecta, no contribuía a dar al amplio salón alargado, de blancos muros y suelo de mosaico gris, el menor tono alegre. Se respiraba algo frío, maloliente y sombrío. La mansión de la Muerte conservaba su peculiar atmósfera de cripta funeraria.

Había cajones en hilera, en los muebles claros de ambos lados de la sala. Nada de mármoles, cuerpos con sábanas ni cosas

espeluznantes. Pero el efecto era igual de enervante. Bryan sabía que cada cajón de aquéllos, rotulado con una tarjeta, guardaba dentro un cadáver antisépticamente mantenido, que esperaba allí el entierro o la incineración, tras la autopsia.

El inspector habló a un funcionario de expresión caballuna y gesto displicente, que se acercó a un mueble de aquéllos y tiró bruscamente de un cajón situado en la segunda hilera. Bryan Lee, con un esfuerzo de voluntad, estiró la cabeza, miró por encima de los bordes del largo cajón. Vio el rostro lívido, crispado y terso del muerto. Se estremeció, al retroceder.

—¿No se ha equivocado de cajón? —preguntó, mirando a Benson.

El inspector denegó. El funcionario del depósito, mirando ceñudo al testigo, señaló por toda respuesta el rótulo del cajón: «Ralph Sherman». Benson inquirió con curioso tono:

—¿Qué le ocurre a ese cadáver? ¿No le gusta acaso que sea Sherman?

—Es que no es Sherman —dijo roncamente Lee—. Al menos no es el hombre a quién yo conocí como Ralph Sherman y me firmó ese documento, quedándose con el dinero de Frank Stacey...

—Eso explica el carácter de letra de ese recibo, que Stacey niega sea de Sherman —concluyó Benson, de regreso en la oficina policial de Utica. Miraba a Bryan Lee, pálido y erguido ante él—. Pero no explica otras cosas. Si no era Sherman el hombre que recibió el cuarto de millón, ¿cómo entró allí y ocupó su puesto, mostrándole documentos acreditativos de su personalidad que lograron engañarle a usted? ¿Quién era el supuesto Sherman, quién el mayordomo falso y quién la mujer que usted creyó ver arriba, en lo alto de la escalera?

—No creí verla. La vi, inspector —rectificó secamente Lee.

—Bueno, la vio —admitió Benson, pensativo, sin quitar sus ojos de Bryan—. Admitido eso, todo sigue confuso e inexplicable. El mayordomo, la mujer, el hombre sin identidad real...

—¿Duda acaso de mi palabra, inspector? —Se irritó Bryan, saliendo de su estupor.

—No, no es eso —el inspector sonrió vagamente—. Sólo me pregunto qué significa todo esto, por qué tuvieron que matar a Sherman si querían robar ese dinero... y quién pudo saber que

había un cuarto de millón en camino. Quienquiera que fuese, obró muy aprisa y sin perder tiempo... Además, el maletín ha desaparecido también de la casa. Y yo me pregunto: ¿Dónde estará? Si diéramos con ese maletín, acaso estaríamos más cerca del verdadero culpable... cuya descripción, por cierto, se parece demasiado a la suya. Excepto en el hecho de que usted lleva abrigo y él gabardina, si es en realidad el culpable, como parecen indicar todos los datos que tenemos.

Bryan miró con rubor su abrigo de mezclilla, que tomara en casa antes de salir hacia Utica. Dijo, mirando con aire de desafío a Benson:

—Yo también tengo gabardina, inspector. Y la llevaba anoche.

—¿De veras? —El policía sonrió en forma inexpresiva—. No es un crimen usar gabardina, si se tiene. Le agradezco su sinceridad.

—De todos modos lo hubiera averiguado. No dejarán pasar detalle alguno.

—Vuelve a ser usted terriblemente sincero. Me sorprende usted, señor Lee. ¿No tiene miedo a que le acusen ciertas circunstancias de este sangriento suceso?

—En absoluto —Bryan manifestaba una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Pensaba en otro cadáver, en el de una pelirroja asesinada el mismo día que Sherman. Y en que cuando dieran con él, el dogal se cerraría más y más. Pero no podía hablar. Tenía que seguir mostrándose seguro, dueño de sí—. Soy inocente de todo hecho delictivo, inspector. Mi conciencia está limpia, y eso da mucha seguridad a uno.

—De sobra lo sé. Pero también un culpable tiene seguridad en sí mismo... mientras no resbala y cae sin remedio —sonrió enigmáticamente Benson, dando por concluida la charla.

—No creo que necesite recordar tal axioma —replicó con una sonrisa similar Lee—. ¿No va a necesitar me más, inspector?

—De momento... no.

Aquel «de momento», era tan sugerente como vago, y no bastó a tranquilizar a Lee. El joven empleado de Stacey salió de la comisaría de Utica con la impresión de que no todo había terminado, acerca de la «encuesta Sherman», ni mucho menos. Para él no terminaría nunca. Nunca, mientras no encontrara el nexo que, forzosamente, había de unir a Elsie Manden con Ralph Sherman. Y

el nexo entre ambos asesinatos a la vez...

Mientras caminaba por la calle en que estaba situada la Jefatura, camino del aparcamiento más cercano de taxis, iba pensando en la extraña circunstancia de que el muerto no fuera la misma persona a quién entregó el maletín. ¿Por qué ese cambio de personalidad? ¿Quién era, realmente, el hombre que le firmó el recibo por valor de un cuarto de millón y representó tan estupendamente el papel de Sherman?

Bryan Lee no quería volver a pensar en la terrible posibilidad que se le ofreciera horas antes, al enfrentarse con el cuerpo de la pelirroja. No quería pensar que él mismo, durante aquellas horas en blanco, más de doce, hubiera asesinado a Elsie, y luego hubiese regresado a la finca de Sherman, matándole y apropiándose del maletín. Pero eso estaría de acuerdo con lo que podía deducirse del hallazgo de dinero en su bolsillo y justificaría la presencia de tantos miles en billetes nuevos, iguales a los del maletín. Pero entonces, ¿y el resto del dinero y el maletín? ¿Y el falso Sherman, la contrafigura utilizada para suplir al verdadero financiero?

Bryan se sentía al borde del desequilibrio total. No quería pensar más. Subió a un taxi y le indicó la dirección de la estación ferroviaria, por segunda vez en poco tiempo.

Llevaban recorridas cinco o seis manzanas cuando el taxista miró por el espejo retrovisor y advirtió a su cliente por encima del hombro:

—Tenemos «cola», amigo.

—¿Eh? —estalló Lee, desconcertado de momento.

—Que nos siguen, compadre. Hay un tipo con un sedán negro muy empeñado en no perdernos de vista, o el hijo de mi madre no entiende nada de esas cosas, aunque lleve veinte años de taxista.

Lee iba a volverse, cuando un elemental deber de prudencia le aconsejó no hacer tal cosa. Por el contrario, mantuvo rígido el cuello e inclinóse hacia el retrovisor, captando la proa de un sedán oscuro, de anticuado modelo, nada lejano del taxi. Aquello olía a cosa del inspector Benson, pensó apuradamente.

Un sudor frío le perló el rostro, al retrepase en el asiento. Tomó aire y musitó:

—¿Cree que puede tomar el pelo a ese inoportuno?

—Claro, amigo. Estaba deseando que usted dijera eso. No me

gusta dar rodeos sin aprobación del cliente —rió con malicia—. Luego todo es protestar de la tarifa del taxímetro.

—De eso no se preocupe. Hay diez dólares si les convence de que no voy a la estación.

—Por diez dólares le hago creer que emprendemos viaje al Polo Norte —graznó el taxista, empezando una verdadera danza por las calles, plazas y avenidas de Utica, con absoluto desprecio de direcciones prohibidas, señales luminosas y todo lo demás. Pero cosa de diez minutos más tarde estaban lejos del camino de la estación, y lejos también de todo rastro de un sedán negro.

—Ahora, vaya a la estación inmediata, camino de Siracusa, pero no a la del tren local —manifestó secamente Lee—. Será mejor de ese modo.

—Creo que tiene razón, compadre. Puesto a gastar, vale más asegurarse.

Lee no contestó. Estaba pensando en lo poco práctico de todo aquello, puesto que a Benson le bastaría ordenar que se le vigilara en Siracusa. Pero había algo personal, orgulloso, en demostrar a Benson que sabía sus triquiñuelas y no se dejaría perseguir como un delincuente.

Era ya muy avanzada la tarde cuando alcanzaron Clinton, y allí despidió Lee al taxista, tomando billete hasta Siracusa en el siguiente tren, que pasaría un cuarto de hora más tarde.

Momentos antes de que el ferrocarril llegara, Lee oyó vocear los diarios, y compró uno de ellos. Era la primera edición de la tarde y aparecía con las noticias de la muerte de Sherman en primera plana. El «Utica Clarion» no se extendía mucho sobre el caso, pero su riqueza de titulares era, en cambio, derrochadora. Una fotografía de Ralph Sherman tal como era físicamente el cadáver del depósito ocupaba las dos columnas de la derecha en su parte superior.

Le volvió las páginas rápidamente. Había una sección, titulada de «última hora». Y allí le encontró, al fin, bajo dos titulares alarmantes:

«Pelirroja de vida dudosa asesinada a golpes en su propio apartamento». «Una acreedora de la muerta y una niña de la vecindad describen al supuesto asesino».

Lee, con súbita palidez en su rostro, temblándole las manos visiblemente, se apoyó de espaldas en la pared de la fría estación

provinciana y leyó el breve texto, reseñado y firmado por un reportero especial del diario de Utica:

«Elsie Madden, joven y linda muchacha que hacía una vida algo turbia en el barrio menos decente de nuestra ciudad, ha sido hallada muerta en su apartamento de la calle Canal número 68, bajos, víctima de un horrible brutal ataque. Golpeada repetidamente en la base del cráneo con un barrote de su propio lecho, arrancado sin duda por el asesino, sufrió una muerte instantánea, pero que da su más sórdida nota a este lamentable suceso. Una acreedora de la víctima, alarmada por la presencia sospechosa de un hombre joven en el apartamento, que le abrió la puerta y mostró una excesiva cantidad de dinero en billetes nuevos, así como por el interés de ese hombre en deshacerse de ella, fue a dar cuenta a la policía de lo que temía. Al acudir los agentes a la casa en cuestión, fueron informados por una niña que jugaba en la escalera de entrada sobre la presencia de un desconocido cuyas señas concordaban con las anteriormente dadas por la mujer que recelaba la existencia de algo dudoso en todo aquello. Esto les forzó, junto con el silencio que respondió a sus repetidas llamadas, a derribar la puerta, encontrando el cuerpo de la infeliz muchacha, Elsie Madden, sin familia ni parientes en Utica. Hasta el momento de cerrar esta edición, poco es lo que hemos podido averiguar. Pero este redactor cree que existe un importante hallazgo bajo el lecho de la muerta, que, según rumores, es un maletín conteniendo una pistola automática de calibre “32”, cuyo papel en este drama no parece claro aún. Parece ser que la policía de este distrito va a entregar al inspector Howard Benson, de Homicidios, el caso de la muerte de Elsie Madden, para su especial investigación».

Bryan se quedó rígido. Dobló el diario y se encaminó a la cabina telefónica de la estación. Echó un níquel, y había empezado a marcar el número de su casa, cuando se detuvo, indeciso. No, no podía correr ese riesgo. Ahora Benson si parecía tener entre manos un caso claro, concreto. Lo terrible era que él no era culpable.

Y si lo era, si durante un sueño angustioso y alucinante, él mismo habíase desdoblado en otro ser, con instintos homicidas, y asesinó a su benefactora amiga de aquella noche, si luego acudió a casa de Sherman, robó el dinero y mató al propio Sherman... él no lo sabía, no podía admitir esa hipotética culpa hasta que se le demostrara fehacientemente que fue él en persona el culpable.

Pero la policía no iba a necesitar pruebas más fehacientes. Ahí estaba el caso de Sherman y del dinero, con el recibo falso y su absurda historia de un mayordomo, una mujer y un hombre, que parecían evaporaos en la nada. Demasiadas personas para ser posible. Demasiado grotesco para ser una trama o una conspiración. Además, ¿con qué objeto, con qué finalidad, por parte de quién, podía obedecer a trama alguna?

Robar un cuarto de millón no era tan difícil ni requería tanta sangre, en aquel caso concreto. Bryan Lee creía estarse hundiendo en un rojo baño sangriento. Sangre que caía sobre él, que le acusaba, implacable y tenazmente.

Si ahora llamaba a June, si quería hablarle, confiar en ella... ¿no sería igual que entregarse a la policía, sin posibilidad alguna de huir, de demostrar su inocencia a cualquier precio? Porque Benson sospechaba ya de él, antes de hallar a Elsie Madden. Ahora una nueva descripción suya, en el caso Madden, con el maletín allí, con una pistola de igual calibre a la usada contra Sherman, posiblemente la misma del crimen, y con la débil coartada basada en la lealtad o entereza de su esposa, que se resquebrajaría como débil vidrio al enterarse de que eran dos los crímenes que pesaban sobre su marido, junto con la desaparición inexplicada de doscientos cincuenta mil dólares...

Bryan se alejó a toda prisa de la estación. No, no iría a Siracusa. No podía volver allá bajo ningún pretexto. Tenía que huir, procurar alejarse de todo aquello, en busca de una solución. O, al menos, de tiempo para encontrarla.

Aquel hombre joven, firme y enérgico, que penetró en Clinton con paso elástico, rápido y determinado, de persona que sabe dónde tiene que ir, aunque no sepa por qué ni para qué, distaba mucho de ser el mismo Bryan Lee que conocían todos en Siracusa, el empleado oscuro, honesto y tímido, el hombre fracasado que se casó con June Lanning, para hacerla sentir fracasada también, para

hundir las esperanzas de ella, y de sí mismo en un futuro mejor, que la mediocridad y la rutina habían convertido en algo gris y sin relieve, como les ocurre a tantos y tantos matrimonios que sueñan en brillantes futuros antes de casarse, y luego se ven rebasados por su propio fracaso en la vida. El Bryan Lee que llegó a una parada de autobús interurbano de Clinton, y con él se dejó llevar a la parada de otro autobús de conexión con otras poblaciones, entre las que se contaban Waterville, Schuyler Lake, Cherry Valley y Cobleskill, todas ellas camino de la ciudad de Nueva York, era otro hombre.

Un hombre resuelto a luchar por su vida y su libertad.

Un hombre que se sabía atrapado, cogido en un cepo mortal, de inexplicable densidad y mordiente rabia. Algo o alguien se había propuesto hacer de él un fugitivo, un culpable ideal.

Porque Lee empezaba a no creer siquiera en la remota sospecha de una esquizofrenia tan inverosímil como la de un ser capaz de desdoblarse durante un largo sueño repentino, matando a dos personas a quienes jamás había visto, y cometiendo estupidez tras estupidez, como esmaltando un camino que pretendía ser astuto e inteligente con huellas tan claras y gigantescas que un niño sería capaz de señalar.

Mientras el autobús le conducía hacia Cobleskill, el lugar más lejano que se le ocurrió, y también donde más facilidades tendría para hallar comunicación directa y rápida con la ciudad de Nueva York, Bryan Lee iba formando en su confusa mente una imagen, todavía borrosa de todo aquel monstruoso cúmulo de hechos acusatorios.

Recordaba su señal en el brazo, el pinchazo casi invisible, un puntito como el que haría un mosquito. O una aguja hipodérmica. Esto justificaría su sueño. Pero ¿y antes? Porque primeramente se sintió enfermo. Pudo ser el *pudding*... o no.

Pensó intensamente. Había comido aquel día en el restaurante habitual, todo lo habitual también. Además nadie le pudo echar cosa alguna en la comida, porque hubo dos personas con él, Lucy Darnell una de ellas, y Jock Kleeb la otra. Luego estuvo en el despacho de Stacey, pero el propietario de los Grandes Almacenes era el propietario directo, y no había tomado cosa alguna que viniera de él. Después, en su propia casa, tomó un *whisky* y otro en el coche, cuando su primo Jock le llevó a la estación. Y ya, hasta el

«New Yorker»... ¡No! ¡Había tomado también otra copa de licor en el despacho del supuesto Sherman! Y si ese hombre no fue Sherman, si alguien ocupó su lugar por causa de aquel cuarto de millón... ¿no pudo ser ese mismo «sosias» quien le sirvió un fuerte narcótico, que empezó a hacer su efecto en el restaurante, después de la comida? Era una teoría muy sensata...

Pero después de toda esa teoría... ¿qué podía haber?

Ahí terminaba todo el caso, todas sus ideas y sospechas. Porque sobre el supuesto asesino, sobre la razón y conexión de tanto suceso aislado y deshilvanado... ¿qué se podía deducir?

Se hizo noche total mientras el autobús avanzaba hacia el sudeste. Bryan iba sintiendo una somnolencia contra la que pretendía luchar para seguir pensando. Porque sabía que ahora todo estaba decidido, para bien o para mal. Con su fuga delataba su culpabilidad, a ojos de la Ley. A ojos de Frank Stacey. A ojos de su propia esposa. Y sin embargo, June era la única que podía ayudarle ahora. June, su mujer. ¿Pero cómo llamarla, cómo decirle que él era inocente, pero que se daba cuenta de que jamás lograría convencer a nadie de ello, y que tenía que ocultarse para luchar por su inocencia, para buscar la razón de todo aquello, luchando como fuese y contra quien fuese, aun con todo el mundo en contra?

Bryan Lee se encontraba a sí mismo en la adversidad. Pensó en que podía alcanzar Nueva York a la mañana siguiente, con un poco de suerte. La carretera, casi helada la nieve sobre su asfalto, le aproximaba más y más a la gran ciudad, donde contaría con mil refugios donde eludir la desesperada búsqueda policial. Y donde Jock Kleebe, su primo, acaso podría ayudarle.

Pensando en Jock, en Nueva York y en su lejana esperanza de salir algún día a flote, por encima de sospechas y dudas, se durmió definitivamente, caía su cabeza en el asiento.

El autobús siguió avanzando en la noche, con sus dos faros como grandes ojos redondos y luminosos, horadando la oscuridad helada de la campiña.

CAPÍTULO IV

Jock Kleeb retrocedió, con ojos muy abiertos, al ver aparecer la silueta de Lee, pálido y desaseado, en el umbral de su despacho privado de corredor de fincas urbanas.

—¡Cielos, no es posible! ¿Pero qué haces tú en Nueva York, muchacho... y con ese aspecto? —bramó, asombrado.

Miró en torno Lee antes de responderle. Una mecanógrafa que redactaba algo a máquina en una solitaria mesa de la oficina miraba con curiosidad a Lee tras sus gafas de montura de metal. Bryan bajó la voz para decir a Jock:

—Escucha, y no demuestres sorpresa o temor, por lo que más quieras. Vengo huyendo.

—¿Huyendo? —Kleeb enarcó las cejas—. ¿Huyendo de quién? ¿Acaso de June? Parecíais ya felices, Lee...

—No, no es de ella. Puedo asegurarte que es por la única que me siento culpable ahora. Le estoy causando demasiado daño últimamente, y siempre por motivos ajenos a mí.

—¿Se trata de esa chica, Lucy Darnell, la empleaba de los almacenes?

—Oh, ya basta, Jock, ¡déjate de frivolidades! —Se impacientó Bryan, empujándole y penetrando en el despacho particular de Kleeb—. Entra y cierra, enseguida.

Jock, sorprendido y alarmado, así lo hizo, encarándose luego con su primo.

—Y bien, Bryan, ¿harás el maldito favor de hablar de una vez? —bramó.

—Se trata de asesinatos, Kleeb.

—¿Ase... sinatos? —Kleeb boqueó, al tartamudear la palabra—. Oye, Lee, ¿no habrás bebido demasiado *whisky* del bueno, de ese que a ti te gusta, y estarás ahora...?

—¡Escúchame de una vez, estúpido, y déjate de hablar! —le

replicó Lee con increíble energía. Hasta Kleeb le miró atónito. No conocía a aquel Bryan Lee, ni tampoco su duro gesto de vitalidad y rebeldía, que al menos agregaba a su juventud unos cinco o seis años en apariencia, y mucha más dureza de la que jamás dio muestras. Lee seguía, masticando las palabras, disparada como proyectiles—: Han matado a Ralph Sherman, el socio de Stacey, después de que yo entregué aquel dinero. Pero no se lo di a Sherman, a quién no conocía sino por descripciones superficiales, sino a un hombre que, respondiendo a esa descripción se parecía a Sherman como yo a ti, por ejemplo. Me mostró documentos en regla y me firmó un recibo. Pero no era Sherman y ese recibo es papel mojado, como lo es ahora mi historia, al aparecer Sherman con dos balazos en el cuello, en la misma habitación donde me recibió, no se aún si antes o después del crimen, aunque según el forense, Sherman vivía aún al llegar yo allí y deja el dinero. ¿Vas entendiendo?

—¡Cielos, sí! —Kleeb se dejó caer en su butaca, con el rostro del color del yeso.

—Pues no he empezado todavía. Han matado también a una pelirroja cuyo contacto con Sherman es tan claro como el que pudo tener Napoleón con Davy Crockett. Pero da la casualidad, o no casualidad, de que esa pelirroja me conoció a mí la noche del crimen, me puse enfermo en un restaurante donde ella estaba, y como me porté bien con la chica, ella me llevó a su casa, donde me quedé como un leño. Sin embargo, dormí la friolera de veinte horas o poco menos, y al volver en mí, tenía un pinchazo hipodérmico en el brazo, la chica había sido asesinada a golpes, y debajo de la cama encontró la policía el maletín del dinero de Sherman, y una bonita pistola de igual calibre que la que terminó con el socio de Stacey. ¡Y que me ahorquen si no es la misma pistola, Kleeb! Por añadidura, hay dos testigos que pueden declarar que escapé de allí como una que lleva el diablo, y otros que atestiguarán que me fui con la pelirroja la noche antes, enfermo o fingiendo estarlo. Por añadidura, mi chaqueta está manchada de sangre, tenía quince mil dólares en el bolsillo, cuya numeración no me sorprenderá en absoluto que esté de acuerdo con algunos de los billetes enviados por Frank Stacey a su socio de Utica, y el inspector Benson ya sospechaba de mí sin todas esas cosas, porque yo he contado dos o tres series de

mentiras para hacer más verosímil y menos comprometedora mi historia, no logrando otra cosa que lo que alguien se había propuesto de antemano; culparme más aún de lo que estaba y ser ya el único e indiscutible asesino a quién la policía puede presentar ante un jurado, con todas las ventajas a su favor y ninguna al mío.

Reinó el silencio, después de la larga declaración de Lee. Kleebs parecía hondamente impresionado, y Lee no supo si lo estaba por su relato o por la vitalidad inesperada que advertía en su primo. Pero cuando habló, su tono era plañidero, pesimista.

—Y para acabar de arreglarlo, te fugas de Siracusa, huyes como un verdadero culpable y vienes en busca de ayuda a mi oficina.

—Tenía que hacerlo, Jock. No puedo volver a la ciudad donde vivo. Me prenderían nada más llegar y sería acusado de doble asesinato en primer grado. Cualquiera de los dos serviría para llevarme a la silla eléctrica, y tú lo sabes.

—¿Y crees que escapando eludes la silla, Bryan? —Kleebs movió la cabeza, sombrío—. Entonces estás loco de remate. Te cazarán. Nueva York es muy grande, pero resulta una ratonera para el que está reclamado por la Justicia.

—Es, al menos, una ratonera con muchos agujeros.

—Pero todos estrechos para ti, si la policía va detrás tuyo por dos homicidios y el robo de un cuarto de millón, Lee. Pierde toda esperanza. Entrégate y termina esta estúpida aventura. Estas cosas sólo salen bien en el cine, mi querido primo. ¿Sabe June algo de todo esto?

—Ahora sí lo sabrá. Pero me creará culpable, como todos. Tiene motivos para ello.

—¿Es que tú... no la has visto aún, desde que todo eso empezó? —se extrañó Kleebs.

—Sí, la he visto.

—¿Y no le dijiste nada?

—Nada en absoluto. Me faltó el valor, o acaso temí que no me creería. No por el asesinato, sino por el hecho de que yo estuviera en el piso de aquella pelirroja. ¿Cómo explicas eso a una mujer, sin que ella piense lo peor?

—Lo peor es esto de ahora, Bryan —el tono de Jock era muy grave—. Lo siento, pero no puedo hacer nada por ti. Si te ayudo, seré cómplice tuyo. Si te cubro pagaré igual pena que si te diera

escapatoria alguna. No puedo, compréndelo. Tengo mujer, hijos, y... No puedo, Lee, de veras que lo siento. De todos modos, sí te voy a dar un consejo bien firme y sincero: entrégate, cuenta la verdad. Puede que te crean, te ayudará tu prestigio de hombre honrado... No logras nada positivo huyendo así, sólo cierras más la soga en derredor de tu cuello, hasta que te encuentres que aprieta tanto que no puedes salir de ella. Por favor, Lee. Por tu mujer, por el hijo que vais a tener... vuelve a Siracusa.

Los ojos de Bryan se clavaron, helados, en el rostro inquieto de Jock. Sus palabras fueron duras, incisivas.

—Está bien. Gracias por el consejo, Jock. Buenos días.

Salió dando un portazo, sin que hablase siquiera. Después, muy despacio, brotándole el sudor en gruesos goterones de su abombada frente, Jock llevó la mano al teléfono y descolgó el auricular, empezando a marcar un número. Fuera sonaron recios pasos y la puerta se abrió nuevamente de un tirón, apareciendo la faz lívida y crispada de Bryan Lee, que curvó sus labios en una dura sonrisa al ver de tal guisa a su primo.

Kleeb reculó, sin saber qué hacer con el teléfono entre las manos.

—Si vas a llamar a la policía, Jock, vale más que agregues a tu información que no pienso entregarme sin lucha. Y que moriré como un perro rabioso, mordiendo a cualquiera que se me acerque. Puede que eso les sirva de aviso de la clase de hombre que van a encontrar. Del Bryan Lee que tú conoces, hermano, queda bien poco ya...

Cerró de golpe la puerta y se lanzó escaleras abajo, saliendo pronto de la oficina. Sin duda, Jock Kleeb estaría muy ocupado ahora pidiendo el número de la policía para denunciar la presencia de Lee en Nueva York. Esto reduciría la acción del joven fugitivo, pero Bryan afrontó esa amenaza con una sonrisa feroz. No iba a ser fácil que le dominaran, para sacrificarle en un artefacto eléctrico, por algo que no había hecho.

Caminó calle abajo y dobló la esquina inmediata a las oficinas de Kleeb. Estaba en una avenida importante del centro de la ciudad y buscó con interés su nombre. Pero en aquel mismo momento se detuvo en el bordillo de la acera el automóvil. Bryan se volvió al sonar con suavidad los frenos.

Fue rápida su acción, pero el hombre que descendió del coche lo había hecho antes ya del frenazo, y por eso lo tuvo pegado a sus espaldas en el momento en que volvió la cabeza.

Se encontró con un rostro brutal, cuadrado y fuerte, que sin las ropas de mayordomo distaba mucho de ser el de aquella noche. Además, bajo el abrigo azul del hombre, pegado a sus riñones, se marcaba algo duro y alargado, cuya naturaleza era fácil intuir.

Lee se quedó rígido. El hombretón a quién conociera como criado del supuesto Sherman habló mascando las palabras, pero con una amplia sonrisa, como si topara con un viejo amigo:

—¡Mi querido señor Lee! ¡Es estupendo encontrarle en Nueva York! Vamos, entre en nuestro coche, le llevaremos hacia donde se dirige... ¡No faltaba más...!

Al mismo tiempo, la forma dura y cilíndrica se hincó despiadadamente en sus costillas, dañándole. Lee caminó hacia la portezuela abierta del coche, dentro del cual aún quedaban dos hombres más, uno al volante y otro en el compartimento posterior, ambos bien ocultos los rostros por las amplias alas de sus sombreros de fieltro.

En torno suyo, ninguno de los madrugadores neoyorquinos podía recelar cosa alguna. Bryan entró en el coche, y al inclinar la cerviz para hacerlo, recibió un violento empujón del falso mayordomo, quien acto seguido entró en él, cerrando la portezuela. El coche, un sedán negro de anticuado modelo, arrancó rápidamente, alejándose hacia Broadway a mucha velocidad, pero sin infringir ley alguna del tráfico.

Lee, todavía dolorido por el empujón, miró alternativamente a uno y otro de sus captores, no sorprendiéndole demasiado identificar al otro individuo del compartimento trasero como al hombre a quién él entregó el dinero aquella noche, el falso Ralph Sherman, cuyo endurecido rostro carecía ahora de toda profesional amabilidad y también de sus gafas, con lo que los ojos grises, incisivos, poseían más vivacidad e inteligencia que nunca.

—¿Sorprendido de este encuentro, señor Lee? —sonrió suavemente el hombre, sin moverse de su rincón, aunque llevaba una mano significativamente oculta en el bolsillo de su abrigo de mezclilla marrón y *beige*.

—No mucho —aceptó Bryan fríamente, estudiándole con calma

—. Al menos sé que no soñé aquella noche. Era usted. ¿Por qué mataron a Ralph Sherman? ¿No les bastaba ocupar su puesto y quedarse con su dinero?

—Vamos, amiguito, déjese de bonitas charadas —le cortó duramente el otro—. ¿Has oído cosa más graciosa en tu vida, Corrigan, que la que nos suelta este tipo?

El llamado Corrigan era el gorila que vestía de mayordomo en casa de Sherman. Rió cómo podía hacerlo una hiena olfateando sangre, y al mismo tiempo extrajo su mano enguantada del bolsillo lateral derecho. Una negra automática de largo cañón y calibre bastante fuerte.

—Puedo curarle de esa enfermedad en un momentito, señor Dugall...

—No, no me gusta la medicina. Todavía no es hora de emplear tales medios. Creo que el patrón preferirá verle personalmente, y saber qué ha sido del dinero y qué plan se traía el amiguito Lee con todo aquello...

Bryan achicó los ojos, mirando al hombre de ojos grises. Su tono fue agrio al decir:

—Escuche, Dugall o como se llame. Ya me han cargado ante la policía con dos asesinatos y un robo. Si ahora pretenden también quedarse ustedes con el dinero y hacer creer al patrón que ustedes creen que fui yo quien lo hizo, puede que tanta inteligencia se les atragante.

—¡Calla, idiota! —rugió Corrigan, soltando su mano armada. El cañón de metal empavonado se hincó en el vientre de Lee, doblándose dolorido.

Bryan, abatiéndose hacia adelante, tosió secamente. Casi perdió la respiración bajo el brutal impacto, y algo rojo se interpuso ante su mirada. Evocó los días en que, allá en Corea, veía venir a los chinos en oleadas y furiosamente, diezmaba sus filas con la ametralladora ardiendo materialmente entre sus manos. Sentía algo así ante aquel alarde de fuerza bruta y despiadada del llamado Corrigan.

Pero sabía que no podía resistir en absoluto a sus raptos, y tras una larga inspiración, que devolvió algo de color a su pálido semblante, irguióse, frío como un iceberg.

—Bien, adelante con sus ideas, entonces. No puedo, asistirme ni

negar. Así todo es fácil, ¿no le parece?

—Habla usted demasiado, Lee —le replicó Dugall, con un tono acerado—. También corre demasiado. Huir a Nueva York no fue una idea brillante. Nosotros, cuando nos burló en Utica tan limpiamente, y leímos luego en los diarios que habían encontrado a la chica de Canal Street, supusimos lo que iba a hacer y ya ve que no nos equivocamos. Bastó con que viniéramos a Nueva York más aprisa que usted, y vigiláramos el lugar que, elementalmente, era forzoso que visitara, tarde o temprano: el despacho de su primo Kleeb. Todo sencillo, ¿eh? Resulta asombroso que la policía no viera la maniobra con igual claridad.

—Ellos no son tan listos —dijo Bryan con sarcasmo.

—Ni yo le creí a usted tan duro, amigo —manifestó con cierta admiración Dugall—. La noche en que me entregó el maletín, usted me pareció un tonto, ideal para tomarle el pelo y que luego se les compusiera a su modo. Ahora, juraría que usted, con un arma de las nuestras en la mano, sería capaz de matarnos sin piedad alguna.

—A los dos —asintió fríamente Lee—. Y sin remordimientos.

Corrigan rió. Pero su risa se apagó al recibir una mirada de los ojos de Lee. A pesar del arma y de todas sus ventajas, pareció inquieto.

—Demonio, no parece usted humano cuando mira: así, compadre —farfulló—. Pero eso no le va a librar de llevarse unos cuantos golpes buenos, si no habla claro al jefe. Él quiere saber lo de la rubia y...

—¿Te callarás tú de una vez, Corrigan? —atajó con frialdad Dugall—. Tienes menos seso que un mosquito. Al patrón le interesa hacer él mismo las preguntas. Y está seguro de que Bryan Lee las contestará todas.

—Es tener demasiada seguridad —Bryan hablaba con la vista clavada en la nuca del chofer, cuyo rostro no podía ver aún. Trató de hacerlo por el retrovisor, pero estaba tan desviado, que no era fácil hacerlo, al no ocupar un puesto de privilegio, que Dugall o Corrigan se encargarían de evitar—. Soy quien menos sabe de todo este lío. Me han hecho su juguete. ¿Qué más quieren de mí? ¿Unirme a la lista de asesinatos?

—No tenemos nada que ver en esos asesinatos —replicó con voz cortante Dugall.

—¿Seguro? —Lee rió entre dientes, lo que le costó un nuevo golpe de Corrigan, esta vez en el costado, que encajó con mayor entereza, aunque el dolor le recorrió todo el cuerpo antes de martillar el cerebro con violencia. Siguió, a duras penas, demostrando una fortaleza de hierro—. Me gustaría que él mismo me convenciese...

Enmudecieron los dos captores, mirándose entre sí con aire enigmático. Bryan, aunque lo intentaba, no entendía aquel nuevo y violento giro del drama. ¿Por qué le raptaban, en plena ciudad, aquellos pistoleros alquilados por alguien para alguna parte de la trama, acaso también para haber asesinado, aunque ellos lo negaran?

¿Por qué hablaban de una supuesta rubia y de un supuesto asunto que él tenía que saber?

Todo rodaba por su mente con la misma velocidad que las ruedas del sedán por las calles de la ciudad, bajando más allá del Broadway, para buscar las calles, más angostas y humildes, de Greenwich y Village.

Un disco rojo les detuvo en el cruce populoso de Washington Square. Bryan Lee, con el rabillo del ojo, observó la presencia de dos policías de tráfico, no lejos del coche detenido ante la señal de parada. Corrigan y Dugall estaban más atentos en este instante al lugar de emplazamiento y dificultades de paso, que al propio cautivo, que tan seguro parecía entre ambos.

Bryan calculó sus escasísimas posibilidades, que todavía serían más escasas al entrar en la zona baja de la ciudad, y ser encerrado en algún rincón ignorado, de donde nadie podría sacarle. Además, si el plan de los captores era presentarlo como culpable ideal a la policía, nada más sencillo que eliminarlo de modo que su cadáver apareciese como víctima de un suicidio, muy natural en sus circunstancias actuales, a verse acorralado por la policía y sin escape posible. Eso cerraría el caso.

Y June, allá en Siracusa, sería para todos la esposa de un criminal...

No, Bryan Lee no iba a tolerar eso. Por ella... por lo que pudiera llegar después. Y en el momento en que el disco cambiaba de color para dejar paso al tránsito contrario, Lee se jugó el todo por el todo, sin la menor posibilidad de triunfar, pero resuelto a morir por

intentarlo.

Rápido, con fulminante precisión, disparó su codo derecho contra el estómago de Corrigan, que se dobló, con un balbuceo ronco, perdida la respiración por el mazazo que parecía henderle en dos.

Al mismo tiempo, el brazo izquierdo de Bryan Lee, utilizando una llave aprendida de un combatiente coreano en Fhusan, tomó por el brazo derecho a Dugall, disparándole hacia adelante con violencia, contra el vidrio de separación con el volante. El impacto fue brutal, y los vidrios saltaron en pedazos. El conductor se volvió, un solo instante, mostrando su rostro cubierto por una máscara de goma de las utilizadas en Carnaval para cubrir las facciones. Era la cara de un

piel-roja

o cosa parecida, en plástico gomoso, adherente a la piel para adoptar su línea, pero transformándola. Tras esa máscara perfectamente ajustada, unos ojos centelleantes, y que para Bryan Lee no resultaban desconocidos, aunque la visión fue tan rápida que no pudo localizarlos en su recuerdo, miraron con asombro la escena que se desarrollaba detrás, y que le obligó a descuidar el volante, metiéndose en diagonal en mitad del tránsito, mientras un concierto de estridentes silbidos policiales llevaban la alarma a los secuestradores.

Mientras tanto, en aquellos dos o tres brevísimos segundos, Lee no había quedado ocioso. Se inclinó a tomar el arma caída de la mano del llamado Dugall, tras la violenta llave oriental, y la cogió con premura. Era una pistola de calibre «34», muy práctica, con la que giró sobre sí mismo en el reducido hueco del sedán, enfrentándose al brutal Corrigan, que alzaba su temible pistola negra, para volarle sin duda los sesos con ella.

Pero Lee le disparó un puntapié terrible, demoledor, al vientre, y mientras Corrigan tosía, perdido de nuevo el control de sus actos, Lee le soltó un golpe de cañón a la sien, derribándole como un fardo pesado.

Luego, en vez de enfrentarse con el conductor fantasmal, que buscaba algo frenéticamente en el compartimento de útiles, ante sí, sorteando a duras penas el tráfico que le cercaba por doquier, Lee tiró de la manecilla de la puerta y saltó temerariamente al centro de

la calle, por el lado opuesto a aquél en que se movían los policías.

Alguien, desde un camión lechero, le gritó:

—¡Borracho! ¿Se ha vuelto loco o se cree que está en la playa?

Pero Lee no hizo caso a nadie, y en medio del infernal pandemónium de pitos, bocinas, motores y gritos de alarma, corrió agazapado por el centro de la calle, mientras sonaba un disparo y algo silbaba por encima de sus cabellos, sin que mucha gente, en aquella cacofonía espantosa de ruidos y voces, advirtiese siquiera la naturaleza de la detonación, que podía pasar por el escape de un motor o cosa similar.

Únicamente Lee, que había alcanzado la acera, como una isla en medio del mar de automóviles, sabía lo cerca que había silbado la muerte de su cabeza y el milagro al que debía estar vivo y de nuevo en libertad. Corrió lo más lejos posible, mientras los agentes de tráfico, ajenos a su presencia, perseguían encarnizadamente al coche. Aunque le alcanzaran, Bryan sabía que serían todos lo bastante listos como para ser multados únicamente por imprudencia temeraria en la conducción de un vehículo, pero nada más.

Alcanzó un taxi libre dos travesías más lejos, y subiendo a él, pidió la dirección del aeropuerto.

Si aún no había surtido su efecto total la llamada de Jock Kleeb, denunciando su presencia en la ciudad de los rascacielos, Bryan tenía aún una posibilidad de salir de la ciudad, antes de que fuera demasiado tarde y se cerraran todas las posibles salidas.

No sabía siquiera a dónde ir. Acaso a Miami, Florida. O a Chicago, Washington u otro lugar cualquiera del país. Era evidente que Nueva York, con toda su enorme extensión, resultaba ya demasiado peligroso para él. No sólo la policía, sino unos hombres despiadados y carentes de escrúpulos iban tras de sus huellas, en una caza terrible. Los motivos no estaban claros aún, pero sí sus intenciones.

Lee, retrepado en el asiento, acarició el metal frío de la pistola arrebatada a Dugall, y esbozó una dura sonrisa de rebeldía. Ahora estaba armado. Iba a ser más difícil que nunca darle caza impunemente.

Los tigres son más feroces precisamente cuando se les acorralla...

CAPÍTULO V

El empleado de la oficina aérea le tendió un billete sin recelo alguno. Su nombre de Johnny Martin no había despertado dudas. Tampoco su deseo de que fuera pasaje para un avión de inmediata salida. El destino había sido, frente a la pizarra de salida y destino de los aviones inmediatos, elegido hábilmente para Miami.

La promesa de una buena propina hizo milagros, y pronto le fue extendido aquel billete de avión, que Lee tomó con avidez, procediendo a buscar en su bolsillo dinero. No tenía encima nada suelto, aparte los billetes encontrados en él cuando volvió en sí en el apartamento de Elsie. Era un riesgo enorme, pero no había otro remedio.

Serena y fríamente, extrajo uno de los billetes de quinientos dólares y se lo tendió sin preocupación alguna. Pero dada la magnitud del billete, más tarde pareció recapacitar, y mientras buscaba el cambio, tomó el billete y lo contempló detenidamente. Lee se puso rígido.

Un ligero pliegue surgió entre las cejas del empleado, quien por último volvió el billete, examinó su dorso y luego lo contempló a la luz, volviendo a mirar al pasajero.

—Un momento, señor. Discúlpeme...

Desapareció en el fondo de las oficinas. Bryan Lee no esperó a más. Dejó el billete de avión sobre la mesa y se precipitó con largas zancadas hacia la salida de la oficina. Ya cerca de la salida, oyó la voz metálica de los altavoces llamando por todos los rincones del aeropuerto:

«Se ruega al señor Johnny Martin tenga la bondad de pasar urgentemente por la oficina de Aviación para algo relacionado con el importe de su pasaje...».

Machaconamente, repitióse el aviso cuando Lee salía ya al exterior y buscaba, desesperado, un taxi libre. Tenía que volver a la ciudad sin más remisión. No podía ya intentar la fuga por el aire. Aquellos billetes estaban marcados, tenían los números registrados y difundidos, sin duda alguna, por todo el país. Llevaba simple papel mojado en el bolsillo, ni un solo centavo de curso legal.

El altavoz repetía aún el aviso cuando Lee vio descender a dos viajeros con sus equipajes, de un taxi llegado del centro urbano, y se precipitó directamente hacia él, arrollando casi a una jovencita que pretendía adelantarse y, sin el menor asomo de galantería, Bryan saltó al interior del vehículo y ordenó al taxista:

—¡Pronto, al centro! ¡No pierda tiempo y se ganará unos dólares! ¡Me he dejado el equipaje en la ciudad y mi avión sale dentro de una hora! ¿Cree que podrá hacer el recorrido en menos tiempo?

—Naturalmente, señor. No tema por su avión —se precipitó como un bólide por la ancha cinta de asfalto que iba desde el Aeropuerto de Laguardia a la ciudad.

Durante el recorrido, Bryan seguía pensando, pensando rabiosamente en los últimos y vertiginosos acontecimientos de aquella red tupida y sutil que le estaba aprisionando como una tela de araña.

Una tela de araña diabólica, en la que dos ojos familiares, conocidos; dos ojos que él había visto ante en alguna parte, estaban jugando un importante papel. Eran ojos sagaces, fríos e inteligentes. Ojos capaces de mantenerse impasible mientras cometían dos asesinatos, igual que lo estuvieron al disparar sobre él su pistola, cuando huía entre el tráfico de la ciudad.

¿De quién eran esos ojos que asomaban tras el anonimato de una máscara de goma carnavalesca?

Sólo de una cosa, entre tantas tinieblas, se sentía ahora seguro Bryan Lee: eran de alguien que residía en Siracusa, de alguien a quién él conocía y trataba...

¿Quién?

Eso es lo que ahora estaba dispuesto a descubrir a toda costa. Y para eso sólo había un camino; fatalista, arriesgado, erizado de peligros... pero inevitable: Volver a Siracusa.

Y ésa era su inmediata acción en aquella desesperada guerra sin

cuartel contra las sombras que le cercaban desde que Elsie Madden apareció muerta a sus pies, aunque el verdadero crimen, la trama fría e inteligente desplegada para envolverle, datara ya de mucho antes.

Jock Kleeb se quedó rígido. La presión sobre sus costillas aumentó ostensiblemente, y apenas si pudo reconocer la voz de duras aristas que le habló en tono susurrante:

—Da un solo grito, intenta escapar o llamar la atención, Jock y te enviaré gustoso al otro mundo.

—¡Bryan! —jadeó, con la angustia y el terror empañando su voz—. No es posible que tú me hagas esto a... a mí...

—¿No? —Una risita agria se burló de su protesta tras de él—. ¿No me has delatado a la policía, no has echado sobre mí a la Ley, cochino reptil?

—Tenía que hacerlo, Lee, tenía que cumplir con mi deber de honrado contribuyente... —argumentó desesperado Kleeb, tratando de volverse hacia su asaltante, que se lo impidió con una nueva presión en su espalda de aquel duro objeto metálico, a medida que le empujaba hacia el cupé detenido en la acera de aparcamiento, en la calle posterior a aquella donde daban las ventanas delanteras de la oficina de bienes inmuebles de Jock Kleeb en Nueva York. Éste, con verdadero frenesí, trataba de seguir defendiéndose—. Yo no podía encubrirte sin ser cómplice tuyo en un feo caso de doble asesinato y robo de dinero, Lee. Mi secretaria te había visto ya... No podía silenciarla... Y tu foto aparecerá en todos los diarios, ella recordará... Siempre recuerda todas las caras que ve...

—Ese viejo búho y tú... Vamos, Jock, tú lo has querido y no puedes quejarte a nadie. Tengo que salir de la ciudad. Y para ello utilizaré tu propio coche.

—No podrás... No podrás salir de Nueva York, Bryan —gimoteó Kleeb, entrando a viva fuerza en el compartimento delantero de su coche, por la puerta izquierda y pasando de largo ante el volante, obligado por las presiones del arma de Lee—. Entrégate, estás perdido y lo sabes...

—Pareces muy seguro de eso. ¿Es que fuiste tú quien me sirvió el *whisky* narcotizado, camino de la estación?

—¡Lee! ¿Pero qué estás diciendo? —Miró con vivo temor a su primo, y no advirtió en el endurecido rostro de Bryan rastro alguno

de debilidad ni de resignación ante el infortunio. Era un formidable luchador, y ahora iba a demostrarlo, acaso por primera vez en su vida civil. Jock Kleeb descubría a un hombre distinto cada vez más diferente del empleado de Frank Stacey, habituado a vegetar en su empleo—. ¿Yo... narcotizarte?

—Alguien lo hizo, Jock —los ojos diamantinos de Bryan Lee le estudiaron con frialdad, mientras cerraba la puerta del cupé. Extendió su mano izquierda, en muda demanda. Kleeb apresuróse a darle las llaves, señalando la del encendido—. Gracias, primito. A veces comprendes sin necesidad de hablarte. Vamos a intentar salir de la ciudad. Yo tendré apoyada mi pistola en tu costado, hasta que salgamos. Si intentas decir algo a quién te pare, volarás derecho al cielo delante de mí, Jock. No hablo en broma.

—No puedo creerlo... —Jock movió la cabeza, aturdido—. No puedo creer que quien habla así seas tú. El marido de June, mi buen amigo Bryan... siempre inofensivo...

—El elefante acostumbra a ser inofensivo —rió Lee, sordamente—. Pero si algún cazador le hiere, enloquece y acomete a quién se le ponga por delante. Hazte a esa idea.

Puso el coche en marcha y arrancó a buena velocidad, pero sin prisas. Lee buscó las calles más amplias y frecuentadas por la ciudad. Sabía que era el lugar donde menos sería buscado el hombre de Siracusa el asesino de Utica.

Jock Kleeb, sumido en un silencio abatido, se dejaba llevar por aquel hombre acorralado que se resistía a caer sin defenderse desesperadamente, como cualquier fiera de la jungla. Y Kleeb sabía que no hay peor selva que la de asfalto y hierro de las ciudades, cuando la caza es humana. Bryan Lee no mentía al asegurar que mataría a quién pretendiera oponerse a su violenta lucha contra las fuerzas que le cercaban.

Cruzaron Broadway de punta a cabo, sin encontrar dificultades. Al alcanzar el túnel de Nueva Jersey, comenzaron las dificultades. Los agentes detenían todos los coches que pasaban por allí. Jock Kleeb, tenso, con manos estremecidas, tragó saliva y dispuso sus documentos para presentarlos a la policía. Lee, rápido, calculó que la mejor probabilidad estaba en camuflarse. Obligó a Jock, con rápido gesto, a ocupar el volante, y él se lanzó al suelo del coche, ocultándose bajo las piernas de Kleeb, de modo que pudiera vigilar

cuidadosamente el rostro y expresiones de su primito, demasiado «cívico», para poderse fiar de él. Al mismo tiempo, incrustó el cañón de la automática arrebatada a Dugall, contra el muslo derecho de Jock, en su parte posterior, recordándole su presencia y amenaza latente.

Kleeb presentó sus documentos al policía de vigilancia. La hilera de coches detenidos para el examen policial era tan amplia y nutrida, que los agentes uniformados eran por fuerza rápidos en la acción. En el fondo, ninguno de ellos esperaba que el hombre reclamado pudiera hallarse en camino hacia las afueras de la ciudad dentro de un automóvil, y por una de sus zonas más vigiladas y frecuentadas.

De modo que poco después, tras pasar satisfactoriamente el superficial examen de los policías de control, Lee se incorporaba, volviendo a tomar entre sus manos el volante, Kleeb, ceñudo, no se movía de su asiento. La operación se repitió tres veces, antes de que el distrito de Nueva Jersey quedase atrás, y ante el cupé rápido y ligero de Kleeb, se extendió la ancha cinta de asfalto, camino del noroeste.

Lee detuvo su coche en una zona poco frecuentada del camino. Muy a lo lejos, eran visibles los colores brillantes de un estacionamiento y proveedor de gasolina. Pero distaba casi dos millas. Kleeb le miró, inquieto.

—¿Qué vas a hacer ahora, Bryan? —inquirió, alarmado.

—Algo que lamento hacer, pero que no tengo otro remedio que llevar a cabo. Hasta la vista, Jock... —Levantó velozmente su automática y soltó un impacto violento y preciso sobre la cabeza de su primo.

Kleeb derrumbóse en el asiento sin exhalar siquiera un gemido. Rápidamente, Lee ligó sus muñecas con el cinturón de su abrigo *sport*, partido en dos tiras. Le introdujo en la boca un pañuelo estrujado y utilizó un trozo de cable, del compartimento de material mecánico del cupé, en ligarle las piernas. Después de esto, le arrebató documentos y dinero, dejándole tan sólo cincuenta dólares en la cartera, y luego miró a ambos lados del camino. No se veía coche o persona alguna en las cercanías.

Rápidamente, abrió la portezuela y salió con el fardo pesado que era actualmente su primo. Saltó con agilidad a la cuneta y se

internó entre arbustos y vegetación espesa, en busca de un escondite apropiado. Cuando hubo dado con un rincón difícil de hallar, aunque no imposible ni mucho menos, depositó en él a Jock, le hizo un saludo burlón y comentó a flor de labio:

—De veras lo siento, Kleeb. Tú mismo te lo has buscado, por ser excesivamente honesto. Ya nos veremos... si antes no me tuestan en la silla, muchacho —dio media vuelta y regresó al cupé, que puso en marcha, alejándose rápidamente hacia su destino.

De allí en adelante sería él, Jock Kleeb, dueño del coche... Al menos, hasta llegar a Siracusa. Quizá el único lugar donde nadie pensaría en buscarlo. Ni siquiera Kleeb, cuando volviera en sí, podría dar ese detalle a la policía. Nadie sabía que regresaba a la boca del lobo por su propia voluntad.

El hombre del sobretodo gris plomo, sombrero verde oscuro y gafas de montura de concha, con la nariz dilatada por dos hábiles rodela de goma y un bigote sobre el labio superior que jamás había poseído, parecía tener escaso parecido con Bryan Lee, el fugitivo de la policía.

Sin embargo, era él quien entró en Siracusa tres días más tarde, y bajo el sobretodo recién adquirido con el dinero de Jock Kleeb, sus ropas, gruesas y superabundantes, creaban la deseada impresión de una mayor corpulencia.

Claro que con aquel camuflaje no esperaba engañar a nadie que le conociese a fondo, porque hay algo en las facciones de toda persona que ningún afeitado o postizo puede variar. Sin embargo, a un observador superficial podía engañarle fácilmente.

Bryan tomó habitación en un hotel cercano al centro de la ciudad, de tercer orden, y donde firmó como Steve Lehman, viajante de comercio. Adquirió todos los diarios locales y comenzó a leer sus titulares. Sólo había escasas menciones al caso Sherman y a la muerte de Elsie Madden. Ya se daba el nombre de Bryan Lee como el de culpable, sin lugar a dudas, dada su propia confesión al huir desesperadamente.

Rió huecamente al leer que un hombre que decía llamarse Jock Kleeb, pero que carecía de documentos demostrativos de tal personalidad, había sido hallado en las cercanías de la carretera general de Nueva York fuertemente ligado y amordazado. El referido individuo, según el diario, era primo de Bryan Lee, buscado

por asesinato.

Al menos Kleeb había salido bien librado de todo aquello. Pronto encontraría su cupé, abandonado en Kingston, desde donde Lee había utilizado diversos medios de transporte para ir ganando terreno hacia Siracusa.

Resolvióse a tomar el teléfono, pidió línea a la centralilla del hotel y marcó el número de su esposa, June. Un temblor de emoción recorrió sus miembros al oír la voz familiar, que tanto había deseado percibir últimamente. Era una voz apagada, tenue, sin ilusión ni esperanzas en nada. ¿Por qué había de tenerlas?

—¿Dígame? —interrogó.

—¿Es la señora Lee, por favor? —preguntó Bryan, haciendo chillona e irreconocible su voz.

—Sí. ¿Qué desea?

—Ver a, señora. Soy el amigo de su primo Jock, ¿recuerda? El que tomó un *whisky* la noche del veinticuatro en su casa. Todavía no recuerda quién soy, ¿señora Lee?

Al otro lado del hilo hubo un silencio tenso, angustioso. De pronto, la voz llegó por el hilo, con un estremecimiento, con un hálito emotivo de comprensión:

—Sí... Creo que ahora recuerdo quién es usted. No puedo olvidar aquella noche fácilmente... y sólo usted tomó *whisky* en casa. ¿Desde dónde me... me llama?

—Estoy en Siracusa —Bryan habló secamente, admirando la entereza y sagacidad de su mujer—. He llegado hoy.

—Pero ¿para qué? ¿Por qué? —Y había angustia en su voz.

—No se inquiete, señora. Tengo cosas que hacer. Se me han ocurrido ciertas ideas... y voy a ponerlas en práctica. La he llamado porque supongo que le interesaría saber que estoy... aquí. Y deseando verla, naturalmente.

—Gracias... —Parecía que iba a decir algo más, pero la voz se le quebró, y siguió, más entera—: Gracias, amigo mío. Es un gran consuelo para mi saber que... que puedo confiar en un amigo, en un hombre como... como usted.

Lee sonrió, emocionado a su vez. Confiaba en él todavía. June era admirable. ¿Cómo pudo jamás pensar en divorciarse? ¿Cómo no fue en la vida igual que ahora batallador y resuelto, sin resignarse a nada ni a nadie, por ella y por su bienestar, por sus ilusiones

perdidas, que aún podía recuperarse?

—Soy yo quien ha de darle las gracias. Pocas mujeres... son tan leales y creen tanto en una persona. Tengo cierto asunto de vital importancia, en relación con el negocio actual, señora Lee. Necesitaría saber quién de los empleados de Stacey ha estado ausente de Siracusa últimamente... aparte de su esposo, claro está. ¿Podrá hacer esto por mí?

—Claro que sí. Descuide, amigo mío. ¿Cuándo... Cuando podré verle?

—Pronto. Pronto... si todo resulta como yo creo. Ahora tengo que ver a otra persona que puede ayudarme mucho.

—¿Una mujer?

—Sí —Bryan mostró su sorpresa—. No creí que pudiera saberlo...

—Lo imaginaba. ¿De veras cree que pueden ayudarle más que yo?

—Sólo en una cosa. Pero en algo que es insignificante, para lo que usted pudiera pensar, señora Lee. Adiós...

—Adiós... —Y dejó en suspenso la frase, como si mentalmente añadiera: «amor mío».

Lee colgó el receptor, meditativo. Luego pidió nuevamente línea y buscó en el listín telefónico la letra «D». Cuando dio con el apellido Darnell, halló el nombre que buscaba y marcó el número. Momentos después, una vez le llegó, familiar y clara:

—¿Quién llama? Aquí Lucy Darnell.

—Soy el hombre que estuvo comiendo contigo el día veinticuatro al mediodía.

—¡Bryan! —estalló la voz de la linda empleada, con asombro infinito.

—Nada de nombres por teléfono, Lucy —apresuróse a cortar Lee, enérgico—. Pueden vigilar la línea, escuchar en algún sitio...

—Nadie vigila mi línea, Lee —dijo con ansiedad la muchacha—. Ni tampoco creo que nos escuchen... A tu mujer sí, ten mucho cuidado con lo que haces...

—Ya he tenido cuidado —rió Bryan duramente—. No podía ser de otro modo.

—Pero, Bryan; ¿dónde estás?

—Estoy en Siracusa.

—¡No! —se asombró ella—. ¡No es posible que seas tan loco! ¡Sería el último lugar del mundo donde deberías estar...!

—Por eso estoy aquí. Espero que el inspector Benson, Stacey y los demás piensen igual que tú. Tenía que llamarte, Lucy. Puedes serme de gran ayuda. Tú sigues trabajando con Stacey, tú puedes haber observado algo.

—Algo ¿de qué? Si te refieres a tu caso, está muy mal, Bryan. Yo no creo en tu culpabilidad, pero los demás están convencidos. Stacey ha reunido aquí a sus socios, Steve Drake y Walter Callaban urgentemente.

—¡Hum! ¿Los pájaros que estaban presentes la tarde del veinticuatro, cuando recibí el encargo de llevar ese dinero?

—Creo que sí, Lee. Ese cuarto de millón desaparecido es del negocio y les cuesta a todos por igual. Están rabiosos y la policía, espoleada por gente tan importante, no para de buscar. Cuando den contigo, creo que te va a ser todo muy difícil, Lee.

—Eso es de suponer —dijo Lee, sereno—. Escucha ahora; tengo que preguntarte algo. Es importantísimo y preferiría que lo hablásemos personalmente. ¿Puedo verte en algún sitio, lo antes posible, Lucy?

—Bueno, yo... Espera, Bryan. Son ahora las siete y cuarto. Te espero a las ocho menos cuarto en el lugar que consideres más seguro.

—¿Has oído hablar del Pasaje del Canal?

—¿En la margen derecha del canal?

—Eso es. Te espero allí a esa hora. Estaré en cualquier punto de la calleja. Sólo tienes que tararear suavemente una cancioncilla, pongamos «Blanca Navidad» y yo saldré.

—De acuerdo, Bryan. No me asustes mucho —rió ella nerviosamente.

—Mientras no me creas a mi culpable de todo esto, no tienes nada que temer...

Colgó, se quedó pensativo de nuevo, y resolvió que había llegado el momento de descubrir la verdad que se escondía tras la máscara de goma del conductor de aquel coche. Fuese quien fuese aquel hombre, no podía tener el don de hallarse en dos sitios a la vez. Por tanto, si estaba en Nueva York... tuve que ausentarse de Siracusa, donde Lee estaba seguro que residía o él le había visto.

Recordó a los dos socios de Stacey, presentes el día que el dueño de los almacenes le entregó el maletín con el cuarto de millón. Drake y Callaban. Cualquiera de ellos pudo pagar a Dugall y Corrigan para suplir a Sherman y quedarse con el dinero matando a éste. Pero entonces... ¿por qué trataron de secuestrarle a él? ¿Y por qué se interesaban por el dinero y por una mujer?

No sabía lo que podía significar todo aquello... pero iba a descubrirlo. Acaso Lucy Darnell, su compañera de trabajo en los Grandes Almacenes, o June, su propia esposa, pudieran darle la clave del enigma. Para ello había lanzado los dos cables. Ahora se trataba de esperar a ver cuál de ellos se ponía tenso primero, indicando que había cogido la presa buscada.

CAPÍTULO VI

El Pasaje del Canal era angosto y mal iluminado. Pertenecía al suburbio residencial de Siracusa, y no se podía elegir mejor sitio para encontrarse con una persona de forma discreta.

La silueta femenina entró en el callejón taconeando firmemente. Sus zapatos resonaban sordos en el silencio del lugar, sumido ya en la oscuridad nocturna, y que únicamente lejanas luces, al reflejarse en el suelo, charolado de humedad, y aún con montones de nieve helada en sus bordes, junto a las fachadas silenciosas y oscuras, iluminaba con la suficiente claridad para mostrar el aliento en forma de vapor que escapaba de los carnosos labios, entreabierto en una mueca de inquietud.

Su esfuerzo por afinar las notas de la popular melodía navideña de Irving Berlin, resultó un fracaso. Pero a la tercera intentona, algo brotó cerca de ella, ahogando a duras penas en su garganta un grito de temor. La claridad lejana hizo centellear un momento sus claros cabellos. Y unos grandes ojos rasgados se fijaron en la amplia sombra del hombre surgido de un oscuro portalón, del que un rótulo casi indescifrable colgaba, chirriante, anunciando que era un taller de reparación de bicicletas y motos.

—¡Lee! —exclamó, en un susurro cuajado de temor—. ¿Eres tú?

—Sí, Lucy —respondió él roncamente. Y la tomó con fuerza del brazo, notando el estremecimiento de su carne tibia, bajo el impermeable claro.

—Pareces... Pareces más alto todavía, y más grueso, Lee. Y tu voz... es dura, seca.

—La voz cambia como el carácter de los hombres, Lucy —rió él, avanzando con ella hacia el final de la calle—. Y la estatura y el volumen varían tan sólo con unos tacones más altos y una ropa más recia y abundante. Todo claro, ¿no?

—Supongo que sí, Bryan, aunque no sé el tiempo que podrás

vivir así, escondido y disfrazado. Tengo miedo por ti, mucho miedo... A veces, leyendo lo que publican los diarios, llego a creer que seas realmente culpable. Pero luego reflexiono y sé que no es posible, que te conozco demasiado bien para engañarme.

—Es natural que dude. ¿Quién va a creer en mí?

—Según sus declaraciones, ni June parece creer ya, Bryan —dijo ella doloridamente—. Ha declarado que estabas nervioso la noche del viaje a Utica, con aquel maletín...

—Es bien cierto.

—Y el estúpido de Kleebe, vuestro primo. Dijo que lo robaste por mí, para huir conmigo, según decías tú mismo. Y el odioso Dave Marlin... Dijo que nos vio besarnos un día. Todo eso ha convencido a Benson, el policía, de que en efecto tu idea era emprender una fuga conmigo, pero que todo te salió mal desde un principio, por falta de experiencia en tales cosas. Al matar a Sherman y a la pelirroja que te ocultó en su casa, dice Benson que te hundiste sin remedio.

—¡Qué torpes y estúpidos son a veces los hombres encargados de investigar un crimen! —Se irritó Lee—. Mientras ellos pierden el tiempo envolviéndome a mí en su red de acusaciones, yo he de luchar sólo por mi inocencia...

—Bryan, solo no —Lucy se detuvo, miró a los ojos a Lee y éste captó el brillo húmedo de sus pupilas—. Si quieres... hagamos realidad una parte de esa historia. Podemos huir juntos. Yo no te abandonaré ni dudaré de ti. Te seguiré adonde sea, demostraré a June que la mujer que ama de veras es capaz de todo por el hombre que eligió.

—Gracias, pequeña —Bryan, emocionado, inclinóse y besó su mejilla. Ella le forzó la postura para rozar su boca con sus labios, carnosos y húmedos. Lee siguió, estremeciéndose al contacto—. Pero puedes ayudarme más aún que huyendo tontamente conmigo y perdiéndote tú también, sin fin práctico alguno. Dime una sola cosa, Lucy: ¿Quién ha faltado últimamente de los almacenes?

—¿Eh?

—Sí, Lucy. Creo que tengo localizada a la persona que robó ese dinero, a la persona que acaso mató a Sherman y a la chica de Utica. Pero tienes que ayudarme. Acaso alguien, algún empleado de Stacey ha desaparecido últimamente. ¿Quién ha sido? ¿Has notado

a faltar a alguien, en los almacenes?

—No, nadie falta... —Lucy meditó largamente en silencio—. Bueno, sé que de los dos socios de Stacey, que se personaron aquí el día después de Navidad, o sea, el veintiséis, Callaham, el pelirrojo, se ha ausentado hacia Nueva York. Pero... creo que iba en busca tuya, si era posible dar con tu rastro...

—Callaham, ¿eh? —Lee reflexionó—. Pero no me parecieron sus ojos...

—¡Espera! —La mirada de Lucy se iluminó. Sus manos aferraron las solapas de Lee—. Ahora sé... Ahora recuerdo algo... No sé si está en Nueva York o no, pero ha pedido vacaciones hace cinco días, ha solicitado una semana para ver a su madre enferma, en Illinois, creo...

—¿Quién? —Lee, brutalmente, tomó a la muchacha por sus brazos con fuerza, la atrajo hacia sí, hasta que su seno golpeó contra el ancho tórax del hombre—. ¿Quién era, Lucy? ¡Necesito su nombre!

—Dave Marlin, el jefe de ventas.

Lee soltó a la muchacha. La luz acudió a su cerebro. Recordó los ojos, detrás de la máscara. ¡Marlin! Sí, podían ser los suyos... ¡Eran sus ojos, pero sin afabilidad ni simpatía! Crueles, con la muerte reflejada en ellos...

—Dave Marlin... —repitió con voz sorda—. De modo que era él... Él escuchó aquel día, tras la puerta del despacho de Stacey... Supo que yo llevaba ese dinero, y se anticipó, esperándome en Utica con dos hombres alquilados por él. Acaso ya esperaba una ocasión así y los tenía contratados para dar el gran «golpe». Secuestraron a Sherman, o acaso le mataron... Y Dugall, su cómplice, ocupó el puesto de Ralph Sherman, quedándose el dinero... Después me siguieron tal vez, con el afán de culparme a mí... Pero algo me hizo daño, o me habían dado algo a propósito para manejarme libremente dondequiera que fuese después de dar ese dinero, y la chica pelirroja, Elsie Madden, se interpuso intempestivamente en su camino, al estar en mi compañía... Debieron perder la serenidad, atacaron a la chica y la mataron... Pero no les asustó como para dejar de sembrar las pruebas contra mí... Es más, ese nuevo crimen terminaba de cerrar la horca en mi cuello. Pero luego... algo les ha salido mal. Por una razón que no entiendo, me han buscado de

nuevo, para saber algo... algo relacionado con una mujer rubia y con el dinero que dicen no tener...

—Bryan, por el amor de Dios, no entiendo nada de todo eso que murmuras —gimió Lucy.

—No importa. Yo tampoco lo he entendido hasta ahora mismo... y aun así, no del todo. Falta algo, un eslabón en la cadena. Cuando de con ese eslabón suelto tendré el cuadro completo... ¡y alguien lo va a sentir durante lo que le quede de vida!

—Bryan, no digas esas cosas tan horribles... A veces pienso que eres distinto al que conocía...

—No eres tú sola quien lo dice, Lucy —rió Lee duramente—. Bien, pequeña, creo que me has abierto los ojos definitivamente. Gracias por tu ayuda. Vuelve a casa y no hables a nadie de mi presencia en Siracusa.

—Descuida, Lee. No podría hacerlo, aunque me torturasen. Te amo demasiado... y que el cielo me perdone por este amor culpable. Lo siento... por June —se estiró sobre sus pies y le besó de nuevo, tratando de envolverle en la blandura dulce de la caricia.

Pero Lee la apartó con cierta brusquedad. No podía perder el tiempo, ni siquiera con una criatura encantadora como Lucy. Le señaló el final de la calle y dijo:

—¡Vamos, vete ya a casa, sé buena chica! Es una orden... Volveremos a vernos, Lucy.

—Eso espero, cariño... —Y se alejó, a todo correr, tal como él ordenó.

Bryan miró con ternura la figurilla de la muchacha, sinuosa y esbelta a la claridad lejana, sus lindas piernas lanzadas a la carrera y sonrió. Después, súbitamente, se quedó rígido. Un par de focos aparecieron en la entrada de la calle. Entraba un coche. La luz hizo centellear algo en el suelo, y Lee se inclinó a recoger un objeto metálico, que yacía entre las piedras agrietadas del pavimento. Iba a examinarlo, cuando algo le indicó que aquellos faros eran demasiado potentes, demasiado fijos. Alzó los ojos hacia ellos y se quedó petrificado. Sobre los dos amplios ojos luminosos, se leía una palabra terrible rematando el parabrisas: «POLICE PATROL».

Se empezó a alejar a paso normal, sin demostrar prisas, hundiendo en el bolsillo de su sobretodo el objeto encitrado en tierra. Y cambiando su delgado metal brillante por el más duro,

sólido y frío de su pistola automática.

—¡Eh, usted! —voceó alguien, dentro del coche—. ¡Deténgase!

Lee hizo que no oía. Siguió caminando, caminando con trágica decisión, sin apresurarse, extrayendo a medias la automática... La voz volvió a sonar, a sus espaldas:

—¡Párese! ¡Párese, ahí, usted, o disparamos! ¡Alto, en nombre de la Ley!

La voz era demasiado potente. Bryan Lee comprendió que ya no podía fingir sordera. En vez de eso, se precipitó a la carrera hacia la salida del callejón, del que ya había desaparecido afortunadamente Lucy, y volviéndose a la vez para hacer fuego dos veces.

Su puntería fue certera. Los dos faros se apagaron instantáneamente, y desde detrás de ellos partieron voces agudas, disparos que silbaron estridentemente en la negrura del pasaje, muy cerca de la figura fugitiva que procuraba salir de la ratonera angosta que era aquella calleja.

Después, un nuevo foco se encendió en la noche, el auxiliar lateral del coche-patrulla, a la vez que el automóvil comenzaba a rodar detrás de él, ganando terreno.

Lee se volvió e hizo fuego. Reventó un neumático, escapando el aire con brusco silbido. La luz del faro lateral mostró nítidamente una figura iluminada, una sombra azul. De ser un asesino, Bryan Lee pudo haber matado tranquilamente a aquel policía. Pero él no era culpable, no era más que un hombre inocente, que pretendía huir para gozar de libertad y poder demostrar su inocencia en aquellos dos crímenes y el robo de un cuarto de millón.

El foco siguió luciendo, fijo sobre él destacando su figura en la calleja. Una voz familiar vibró tras el foco deslumbrante:

—¡Es Bryan Lee! ¡Tirad a herir, no matéis a ser posible! ¡Vamos por él!

Bryan corrió con sus últimas energías. Se volvió todavía, disparando una vez más. Y apagó el faro delator, mientras los policías estallaban en imprecaciones. Pero al mismo tiempo, el arma de uno de ellos tronó en la callejuela, despertando ecos sonoros. Era un reglamentario 45 manejado con mano firme, y la bala alcanzó a Bryan.

Lee sintió el impacto en una pierna, quiso seguir corriendo, pero la pierna herida le pesaba mil toneladas, estaba tensa y algo

goteaba de ella sobre el pavimento, mientras el agudo dolor perforaba su cerebro en rápidas oleadas punzantes.

Abatióse de bruces en tierra, se volvió aún, como un tigre herido, empuñando su automática, y vio otro foco auxiliar encendiéndose, linternas policiales asaeteándole, mientras el recio tono del inspector de Homicidios, Benson, le ordenaba:

—¡Ríndase, Lee! ¡Está atrapado!

Bryan vio venir la maciza corpulencia del inspector, rodeado de policías de uniforme. Podía morir allí. Morir matando. Pero aquellos hombres no tenían la culpa de su desgracia. Eran fieles cumplidores de la Ley, al servicio de la sociedad y de la justicia. Hombres que perseguían a los culpables, con riesgo de sus vidas. A las que, como él, parecían culpables, aunque no lo fuesen.

Y Bryan Lee sonrió amargamente, con aire de derrota, comprendió que su lucha había sido estéril, que todo terminaba allí mismo, y que la victoria final no podía ser sino para los hombres uniformados de azul, porque él había luchado solo. Solo, en medio de una maraña implacable... Ellos no tenían la culpa de que el verdadero asesino respirase tranquilo cuando saliera al estrado de los acusados.

Así que soltó su automática, se dejó caer en tierra, mirando su pierna bañada en sangre, y comentó con aspereza, cuando Benson se inclinó sobre él:

—Soy inocente, inspector... pero creo que jamás podré demostrarlo. Sólo me han faltado unas horas... unas pocas horas para haber podido presentar al verdadero culpable...

—Ya dirá usted todo eso al juez y al jurado, Leo —dijo Benson fríamente, examinando su herida. Llamó a sus hombres—: ¡Una ambulancia, pronto! ¡Llamad al hospital!

—Que no alarmen mucho... a June —susurró Bryan, sintiéndose desvanecer.

—No tema. Se lo diremos con suavidad, Lee —prometió Benson con pesar—. Creo que ha terminado todo...

TERCERA PARTE

EL FIN DEL RELATO

«Sí, el inspector Howard Benson tenía razón. Aquél era el final de todo. Para mí al menos...».

Bryan Lee se detuvo en su celda de condenado a muerte. Elevó hacia el reloj unos ojos sin angustia ni inquietud. Eran las cuatro de la madrugada. Todavía faltaban dos horas. Dos horas para la ejecución... Tenía tiempo de terminar su relato.

Oprimió con más fuerza la pluma y echó a un lado la hoja en que escribía, aunque no estaba totalmente cubierta de su letra menuda y rápida. Era como terminar un capítulo o una parte fundamental de su vida, para iniciar el epílogo. El trágico epílogo...

En la nueva hoja, blanca e inmaculada que se ofrecía ante él, trazó líneas con veloz pulso:

«La herida fue breve de curación. Parecía como si todos tuvieran interés en acelerar su tratamiento, para que estuviera dispuesto a comparecer en el juicio lo antes posible».

Y lo cierto es que comparecía tres semanas más tarde.

Aún cojeaba. Iré a la silla eléctrica dentro de ciento veinte minutos, cojeando todavía. Pero ya será lo mismo. Al lugar adónde voy desde allí no importará ese pequeño detalle. Entonces, ya no importará nada.

Cuando ayer le dije esto a June, tras la reja que nos separaba, en la última entrevista que nos concedió la Ley, ella se echó a llorar. Y no sé por qué. La vida y la muerte tienen su finalidad en el mundo. No se puede ya combatir más. Hice cuanto pude, y de tardar un poco más la policía en llegar, me hubiera salvado. Posiblemente, hubiese presentado un culpable al jurado. Al verdadero culpable.

Pero hasta en eso he tenido desgracia. Porque Dave Marlin, si bien es cierto que no pudo deponer contra mí en el juicio por asesinato que se ha seguido contra Bryan Lee, en la Sala Tercera de Justicia de Siracusa, en medio de un tenso apasionamiento y de dramáticos altibajos, tampoco podrá ya afirmar ni negar nada en este mundo.

La policía de Nueva York informó de su muerte en accidente de automóvil, junto con otro acompañante suyo, un tal Stuart Dugall, mientras eran perseguidos por la policía, por infracción en las leyes del tráfico Su negro sedán se empotró en un comercio, donde hizo explosión el motor y terminó el drama. Corrigan, Harry Corrigan, fichado por la policía, fue extraído con vida, pero como si estuviera muerto. Su conmoción cerebral le había dejado sin juicio y sólo decía insensateces y frases estúpidas, sin sentido ni cohesión.

Se dijo que habían ido detrás de mis huellas, porque Dave Marlin era ambicioso y quería robarme, a su vez el cuarto de millón que yo había robado. Esa versión fue aceptada por el jurado, el juez e incluso el público y el edificio de la Acusación Pública se elevó inexpugnable ante mí. Mi ahogado era bueno, pero no podía hacer nada. Argumentó y sostuvo mis teorías de inocencia absoluta, de ser víctima de una trama criminal sin precedentes. Pero todo esto hizo sonreír a los jurados y al propio presidente del Tribunal.

Es curioso cómo los más nimios detalles cobran tal vida, fuerza y sentido oculto, cuando se exponen ante un Tribunal. Aún recuerdo las declaraciones de Lucy Darnell, dichas con la mayor ingenuidad, y que, sin embargo, echaban más y más tierra sobre mí. El fiscal la obligó a admitir que yo le había pedido, medio en broma, huir con ella y con el dinero del «viejo» Stacey. A eso, un Jock Kleeb que no parecía guardarme rencor por la jugarreta de la carretera, añadió a regañadientes que era cierto, pero que no creía que yo hablase en serio en aquellos momentos. Esta última parte de su declaración fue borrada del sumario, por pertenecer a criterio personal del testigo.



Las declaraciones de Lucy Darrell aún echaron más tierra sobre mí.

A-MORIS

Lucy, acorralada, confesó que me había besado a veces, pero sin mala fe. Aún recuerdo las risas que eso despertó en la sala, y la expresión acongojada de Lucy, ante tal reacción popular.

Después, depuso en el banquillo de testigos el camarero del

«New-Yorker» de Utica. Refirió el incidente con Elsie Madden en su local, nuestra repentina amistad y hecho de que abandonáramos juntos el establecimiento, cuando yo, a juicio suyo, no hacía sino fingir mi dolencia, para que mi viaje con la pelirroja resultara digno en apariencia. Aunque esto también era una opinión particular, nadie la borró del sumario. Aquel hombre parecía perdonar menos mi ofensa a su *pudding* que el puñetazo.

Las declaraciones de la señora acreedora de Elsie Madden, que afirmó deber aún «setenta y cinco dólares al señor Lee», y así como la de la niña que traía las botellas de leche aquella tarde, concluyeron virtualmente el caso contra mí. Se me juzgaba por la muerte de Elsie Madden, más fácil de demostrar que la otra. Y si salía, absuelto de ella, siempre quedaba el recurso de juzgarme por la de Ralph Sherman y por el robo del dinero. Todo estaba bien preparado contra mí.

El inspector Benson y un funcionario de la policía de Siracusa declararon que en la americana hallada en mi armario había manchas de sangre secas. Analizadas habían resultado ser humanas, del mismo grupo sanguíneo que la de Elsie Madden.

No sé por qué razón, cada vez que un nuevo golpe me caía encima, como si estuvieran clavando los clavos de mi ataúd, yo miraba con dolor el rostro demacrado y triste de June. Estaba sentada junto al abogado defensor, y no parecía compartir en absoluto el moderado optimismo de éste, como tampoco yo lo compartía. Ella veía bien la clase de pantano en que me estaba hundiendo. ¿Cómo iban a engañarla a ella?

Muchas veces vi sus ojos en mí. Ojos febriles, grandes y hermosos, como siempre los había tenido. Pero menos alegres, menos esperanzados que nunca. Convencida del desastre, aun antes de ocurrir éste.

Cuando tras una breve deliberación compareció el jurado en su estrado, yo supe lo que habían resuelto. Lo sabía de antemano, y sus gestos me lo confirmaron. Ninguno me miró antes de formular su veredicto, que había sido unánime y tan breve que daba escalofríos pensar con la sangre fría y serenidad con que doce hombres cualesquiera pueden enviar a uno a morir sin apelación posible:

—¡Culpable!

Eso fue todo lo que dijo el portavoz de aquellas doce honradas

personas, encargadas por la Ley de materializar la sentencia ya latente en la atmósfera hostil del tribunal. El juez formuló gravemente, mirándome muy pocas veces, el veredicto definitivo de la Sala.

Era la pena de muerte, y yo lo sabía. Mi abogado apeló a la Corte Suprema del Estado. No sé por qué motivos, durante la apelación me visitó en la celda un hombre que dijo llamarse Buster Larch, y pertenecer al Departamento del Tesoro de la Oficina Federal de Investigación. Eso que todo el mundo conoce con tres siglas muy populares en el mundo entero: F.B.I. Yo no comprendí mucho al principio. Pero luego me mostró un billete de quinientos dólares, un billete que dijo haber recibido directamente su Departamento de una importante Compañía de Navegación Aérea, como entregado por un misterioso viajero que dijo llamarse Johnny Martin, y que desapareció de la oficina de despacho de billetes, sin recoger éste ni el cambio del billete. Admití que había sido yo. ¿Qué ganaba ya con negar nada, si eso no alteraría los hechos? El agente federal del Tesoro pareció interesado en el hecho. Me preguntó de dónde procedía el billete. Yo le conté la verdad.

Él insistió en si era producto del maletín robado, pero yo lo envié al infierno y le repetí mi historia. Entonces solicitó más detalles y fue haciendo anotaciones en un libro de apuntes. Algunos de los detalles que le referí parecieron intrigarle hasta el punto de rogarme que se los repitiese, e incluso le ampliara mi versión personal de mi aventura increíble.

Yo no dejé de advertir aquellos puntos que parecieron interesarle más. Y una idea lejana, borrosa y difícil de concretar, que me había ido naciendo ya algún tiempo antes en un rincón de mi mente, rebelándose por salir a la superficie, fue tomando forma gradual.

Cuando Buster Larch abandonó mi celda, yo me quedé a solas con mi idea y le fui dando forma, muy excitado. No he vuelto a ver al T-Man, ni sé si todo lo que averiguó y anotó fue de utilidad alguna a los federales de Washington. Pero su visita sí fue de utilidad para mis ideas, aunque no me dijera nada sobre el billete en cuestión.

Precisamente al otro día me visitó Lucy Darnell, poco después de que June lo hiciera, para traerme algunas chucherías, tales como

cigarrillos, revistas y cosas así.

Por Lucy supe el rumor que corría ya por todo Siracusa: el Tribunal Supremo había rechazado la apelación de mi abogado, confirmando mi condena por el Tribunal de Siracusa.

Y, por ella también, supe que mis ideas habían sido ciertas. Que mi teoría sobre los crímenes era real y explicaba el resto de detalles sin explicación.

Estaba Lucy parada allí, al otro lado de la reja de separación, mirándome con sus bellos ojos, dulces y pasionales, ceñida a su cuerpo la gabardina clara, que incluso delimitaba la agresiva línea de su busto.

Entonces es cuando le espeté yo aquellas palabras:

—Lucy, recogí tu alfiler, el que perdiste en el Pasaje del Canal aquella noche.

—¿De veras? —Pareció sorprendida. Luego, añadió—: No recuerdo haber perdido alfiler alguno...

—Pues lo perdiste. Lo recogí yo, pero ahora lo tiene la policía en su sobre de objetos de mi pertenencia. Puedes reclamarlo. Es tuyo. Te lo vi ya antes la noche en que estabas en lo alto de la escalera de la casa de Sherman.

La vi palidecer, abrir sus rojos labios gordezuelos, que tan tentadores resultaban a veces, en una rara y fea mueca de temor, de incredulidad y sorpresa.

—Pero... ¿qué es lo que dices, Bryan? —preguntó, ya sin engañarme en absoluto su dulzura.

—Bien sabes lo que digo. He sido tan estúpido al no comprenderlo antes... Únicamente tú podías denunciar a la policía mi presencia en el Pasaje del Canal, porque aquello no era una patrulla corriente, por mucho que ellos lo fingieran, sino una batida con el objeto concreto, como lo demuestra la presencia del inspector Benson en el coche.

—No logro entenderte, querido...

—Claro que me entiendes. Eres una chica lista... y nada escrupulosa. Has jugado con varias barajas a la vez y has ganado la partida. Ahora, ni yo ni nadie puede acusarte ya de nada. No me creerían una palabra. Y soy el único que sabe que tú eras la mujer oculta en la casa de Sherman mientras tus amigos, los asalariados de Dave Marlin, llevaban a cabo la suplantación y el robo del

maletín. Entonces vi ese alfiler tuyo. Confieso que con aquellas ropas de mujer de más edad, llegaste a desconcertarme...

—Pero no pudiste verme la cara... —Rápidamente se mordió los labios, palideciendo.

Yo reí. Con la risa amarga del que sabe que tenía mejor jugada que el contrario, cuando la partida ha terminado y el dinero está en el bolsillo del jugador contrario. Así me estaba ocurriendo a mí ahora. Sin embargo, seguí remachando, acaso más para convencerme a mí mismo que para utilizar en algo aquella charla inútil, separado de ella, la culpable, por una reja metálica y sólida que me impedía estrangularla, como era mi más ferviente deseo en aquellos momentos:

—Jugabas en la partida de Dave Marlin, planeando desde hacía tiempo algo así. Pero al mismo tiempo que apoyabas a Marlin, nuestro jefe de ventas, y el que podía darte el informe preciso para saber dónde y cómo dar el «golpe» que te hiciera rica, en tu interior pensabas luego traicionar a tu cómplice ocasional, quedándotelo todo para ti. En previsión de ese momento, tu traición estaba bien madurada. Y cuando Marlin substituyó con Dugall al verdadero Sherman, tras de saber lo que Stacey me había encargado, tú hiciste algo más: mataste a Sherman, al verdadero socio de Stacey, de dos tiros de pistola, no sé si con la aprobación de Marlin o sin ella. Luego, fuiste tras de mí, o acaso esa parte del plan la hizo Marlin, puesto que el falso Sherman me había drogado ya, y yo perdería el conocimiento en cualquier sitio, siendo fácil hacerse pasar por amigo mío cualquiera de vosotros y conduciéndome al lugar donde más pudiera delatarme mi situación como culpable de todo aquello.

—Lee, estás diciendo insensateces... —dijo fríamente Lucy Darnell.

—Estoy diciendo verdades, mi pequeña arpía. Os contrarió sin duda que una pelirroja frívola se hiciera amiga mía y se empeñara en llevarme a su casa. Pero a la larga os favoreció, aunque tuvisteis que entrar allí a viva fuerza, acaso fingiendo llamar en nombre de un vecino o de algo así, para engañar a la chica y que os abriera la puerta. Una vez dentro, la chica adivinó vuestras intenciones hacia mí, incluso tal vez pensó que ibais a robarme y asesinarme, y quiso resistirse, defenderme. Sin duda Corrigan, Marlin o tú misma, la matasteis despiadadamente. Era un delito más a mis escaldas,

¿verdad, Lucy? Fácil de cargarme, además. Todo me señalaría a mí. Puestos los toques maestros del maletín con la pistola, el dinero en mi bolsillo y la mancha de sangre de Elsie Madden en mi manga, lo demás fue simplemente circunstancial, y todo a favor vuestro. Pero la droga tomada en el *whisky* del falso Sherman era de escasa duración, y fue preciso inyectarme algo, acaso morfina en buena dosis, para que durmiera demasiado tiempo. Sin duda tú, angelical criatura, hiciste de enfermera, ¿verdad?

Ella no respondía. Sus ojos hermosos sabían también ser fríos y duros. Además, tenía contraídos los labios en un rictus desafiante, burlón, triunfal. Porque al fin y al cabo aunque yo estuviera desenmascarándola en aquel momento, ella era la que había ganado la partida.

—Sigue, querido Bryan —musitó burlona. No había nadie en derredor que pudiera oírnos. El agente de la prisión estaba demasiado lejos para que ello fuese factible. Yo seguí, sordamente con la angustia del que va a morir por algo que no ha hecho y ve sonreír al verdugo que da el golpe mortal.

—Poco queda en realidad. Luego engañaste a Marlin y desapareció ese dinero aún no sé cómo ni de qué manera. Lo más probable es que lo sustituiste por moneda falsa que debiste adquirir de algún tipo de catadura de Corrigan o Dugall, sin que ninguno de ellos lo sospechara. Y una vez cambiada la moneda buena por la falsa hiciste desaparecer el dinero, que era completamente tuyo. Marlin no podía acusarte ni delatarte de nada, sin delatarse él mismo, y tuvo que callar, esperando su ocasión de vencerte con otra astucia similar. No te asesinó porque sabía que tú eras la única que conocía el escondite actual de ese dinero y si cerraba tu boca perdería la última oportunidad de recuperar el cuarto de millón de Frank Stacey. Fuiste muy lista muy audaz... y muy afortunada. Marlin corrió en busca mía, porque de pronto recordó tus juegos frívolos conmigo, y pensó que podían ser algo muy diferente de la labor planeada por ti para presentar en el futuro un posible culpable de cualquier robo en los almacenes. Podía ser realidad. Y ser yo cómplice tuyo en aquel juego tramando una astuta y diabólica conspiración de doble efecto. Entonces me buscó, dio conmigo en Nueva York y trató de interrogarme, esperando que yo me delatara. Pero yo nada sabía, aunque

comprendí que sus propósitos eran sonsacarme y luego matarme presentando mi cuerpo como el resultado del suicidio de un asesino acorralado. Además, esperaban que eso te asustaría y te haría rectificar tu actitud. Yo escapé de aquélla. Y es una lástima que ahora no escape de ésta porque los tres únicos hombres que aparte de mí, podían acusarte públicamente y demostrar tu culpabilidad, Lucy Darnell, han sido silenciados por un trágico accidente, que a ti te ha venido muy bien. Me pregunto, incluso, si no habrá habido algún sabotaje especial dentro del sedán negro de Marlin, hecho por una mano hábil e inteligente, para cubrir todas las posibilidades...

—Eres muy inteligente, Bryan Lee —dijo ella con lentitud levantándose. Me miró largamente a través de la reja que nos separaba. Luego dibujaron sus bellos labios una sonrisa cruel, victoriosa—. Adiós, Bryan. Adiós para siempre. Es lástima que toda esa inteligencia no haya logrado salvarte de la silla eléctrica. Ahora, querido Bryan, tu boca también se cerrará...

Y aún recuerdo, con un escalofrío de horror, la lenta serenidad con que su bello cuerpo de mujer plena, joven y hermosa, se volvió de espaldas a mí y comenzó a alejarse por el blanco corredor de la prisión, dejándome allí mudo, aturdido, vencido moralmente cuando la victoria estaba al alcance de mi mano... y huía lejos, muy lejos.

Porque nadie cree la palabra de un condenado a muerte. Porque nadie cree a un reo convicto de homicidio. Porque yo, Bryan Lee, iba a ser ajusticiado y no había «duda razonable» alguna sobre mi culpabilidad.

Era la última vez que vería a Lucy Darnell. No he vuelto a verla más desde entonces. Ayer ha estado June aquí a decirme adiós. Ha sido valiente. Ha llorado mucho menos de lo que yo podía esperar. Y su beso final, su despedida definitiva del hombre que ha fracasado incluso en la sencilla tarea de hacerla feliz, ha logrado darme a mí la única felicidad en todo este horror que me rodea.

Porque sé que ella, después de que yo haya muerto, después de esta mañana que ya es hoy, seguirá creyendo en mí, seguirá confiando en el hombre que se fue, y podrá leer esta historia que a ella va dirigida, en las últimas horas de mi vida.

Son para ti, June, mis postreras líneas. Para ti, y para el hijo que tengamos. Ha sido un mal año éste, querida esposa. Que al menos

en eso tenga algo bueno para ti y para mi memoria. Que sepáis quién es el verdadero culpable y lo estúpido que puede llegar a ser un hombre ante la verdad que salta ante sus ojos.

Adiós, June. Mañana te entregarán esta larga carta, que es casi un libro. Si puedes rehabilitar con ella mi nombre, hazlo sin vacilar. Si no... aquí habrá terminado la historia de Bryan Lee.

Me hubiera gustado seguir viviendo para darte algo de esa felicidad que nunca supe encontrar para ti. Sería otro hombre, otro Bryan Lee, quien volviera a tu lado ahora. Pero eso no puede ser ya. Es imposible. Moriré al amanecer, falta ya muy poco para esa hora, y he de ponerme a bien con Dios. Él, por lo menos, sabe que soy inocente. Es mi gran consuelo en esta hora. El mejor consuelo que puede tener un hombre, June querida...

Fin del relato autógrafo de Bryan Lee.

CONCLUSIÓN

DESPUÉS DEL RELATO DE BRYAN LEE

CAPÍTULO PRIMERO

Buster Larch dejó pasar la última página del relato escrito por Bryan Lee en su celda de Sing-Sing.

Luego elevó lentamente los ojos hacia la señora Lee. June manteníase serena, erguida, frente al agente especial del *Treasure Departament* federal.

—¿Cuándo le entregaron a usted este manuscrito, señora Lee? —preguntó suavemente el hombre del F.B.I.

—Hace apenas unas horas. Lo he leído muy por encima, apenas me he parado en su principio y parte media. Era el final lo que me interesaba. Y he corrido cuánto me fue posible por mostrárselo a usted. Sabía que... que llegaba tarde, pero al menos sería tiempo de hacer justicia sobre la verdadera persona culpable de tanta perfidia y tanto mal.

—¿No ha pensado usted en vengarse, señora Lee? —interrogó pensativamente Buster Larch, mirándola durante largo rato.

—No es la venganza el mejor camino. Bryan se merece algo más que un asesinato. Si yo matara a Lucy Darnell, hasta con esa prueba en mis manos, sería un homicidio. Y si quiero rehabilitar su nombre, reivindicar al hombre que fue injustamente acusado... ha de ser por el sendero recto: el de la Justicia. Una vez se ha equivocado, y eso me ha costado perderle a él, hombre a quién he amado con toda mi alma. Pero no creo que la Justicia de los hombres sea capaz de errar dos veces. Entonces sí, señor Larch. Entonces la venganza sería mi único objetivo en la vida. Si ustedes no obran contra esa horrible mujer... seré yo quien termine con ella. Y no me importará lo que hagan conmigo...

Buster Larch la creyó. En el rostro joven, hermoso y sereno de June Lee se apreciaba esa intensa determinación con la fuerza de todo lo trágico y grandioso.

—Este manuscrito fue encerrado en un sobre con mención de «Entréguese a mi muerte a la señora June Lee», ¿no es eso? —inquirió Buster Larch.

—Eso es —admitió ella—. Pero yo he acudido aquí antes de lo que nadie preveía. Era tarde para detener la ejecución, pero no para leer este libro. Y seguramente, mientras el cuerpo de mi Bryan aún estaba caliente... yo he pasado mis ojos por su relato, señor Larch.

Buster Larch irguióse, silencioso, con un profundo surco hendiendo su frente, entre ambas cejas. El agente federal era un hombre alto, sólido, pero de cierta esbeltez, todo músculos y cerebro. Su rostro halconado y firme parecía tallado en bronce. Tenía agudos ojos grises que estudiaban a la señora Lee con serenidad.

—Escúcheme un momento, señora Lee —dijo ahora, volviéndose a ella, cerca ya de la puerta de cristales que separaba el despacho privado del alcaide de

Sing-Sing,

de la antesala donde el propio alcaide esperaba ahora el final de la dramática entrevista. El reloj, sobre la pesada mesa-despacho repleta de papeles, señalaba las ocho y media. El sol entraba a raudales por una ventana enrejada, como mensaje de vida a la casa de la Muerte. Hacía ya dos horas y media que había pasado el instante fatídico mencionado por Bryan Lee en su postrer mensaje a los vivos. Repitió Larch—: Escuche, señora Lee, antes de seguir adelante. Sé que en su estado actual toda emoción puede ser funesta. Y quiero evitársela, como hubiera querido evitarle esa otra terrible, por la que ha pasado, de haber estado en mi mano. Pero yo mismo, hasta cinco o diez minutos antes de las seis de esta mañana, no tuve en mi poder la orden del juez del Tribunal Supremo de la moción, ni la definitiva orden de libertad extendida por propio Hoover, nuestro director general, y fiscal supremo del Estado, para suspender la ejecución de Bryan Lee.

—¿Qué? —Ella se irguió a medias, el sol pareció quebrarse en los espejos pardos de sus bellos ojos, cuando se fijaron, muy abiertos, en el T-man.

—Calma, por favor. Calma por lo que voy a decirle y va usted a ver. Por un error del hombre encargado por su esposo de entregarle ese manuscrito, ha recibido usted lo que en realidad nunca hubiera

debido recibir, a no ser que el propio Bryan le hubiese cambiado el texto al sobre. Me explicaré, señora Lee: cuando visité a su marido, tal como él menciona en su escrito, me interesé mucho por el billete falso que entregó en la oficina aérea, y sobre el cual creyó él otra cosa al ser llamado por los altavoces. En realidad el señor Lee creyó que tenían allí la lista de números, y eso era inexacto, porque el señor Stacey no sabía los números de dichos billetes. Al enviarnos el billete a nosotros hice pesquisas en nombre de mi departamento, puesto que la falsificación de moneda entra en las atribuciones federales, y en cuanto supe que ese dinero había estado en poder de Lee pensamos que había algo oculto en este asunto, algo que aún no había salido a la superficie, en el juicio y condena de Lee. Por eso le interrogué, y al referirme una historia casi igual a la que ahí refiere, empecé a atar cabos, y comprendí un poco antes que el propio Bryan Lee que el culpable verdadero no podía ser él, sino otro. Resolvimos presionar al Tribunal Supremo para que denegara el indulto y aplazamiento de la sentencia, porque ese medio era el mejor para confiar al verdadero culpable. Yo sabía que Bryan Lee no sería de los hombres que pondrían fin a su vida en la celda, aunque tuviera ocasión de ello. No es un cobarde ni lo fue nunca. Por eso jugamos un poco trágica y cruelmente, si quiere, pero dejando margen a los responsables para acusarse a sí mismos. Cada visita que recibía Bryan Lee, incluso la suya, señora, que también podía ser sospechosa según se mirasen las cosas, era registrada en la sala de la prisión, un poco ilegalmente, es cierto, pero en forma necesaria para obtener la prueba que buscábamos. Y llegó esa prueba. Cuando Lucy Darnell le visitó, persona de quien yo sospechaba con más fuerza que de ninguna otra, la banda magnetofónica registró su charla, con la soberbia construcción de los hechos que la aguda mente de su esposo logró edificar a base de simples conjeturas y débiles indicios.

—¡Cielo santo! —El hilo de voz de June era tan tenue que apenas se oía.

—Después —continuó Buster Larch, ampliando su sonrisa—, mientras todos creían que Bryan Lee esperaba sus últimas horas para morir en la silla eléctrica, nos lanzamos sobre la chica, Lucy Darnell Pero en eso llegamos tarde...

—¿Ha huido?

—No. Se suicidó. Ella sí era de las personas cobardes, que temen afrontar sus culpas y responsabilidades y eligió el camino más corto de perdición. Hemos encontrado en su propio apartamento de mujer soltera y sola, ocultos en los lugares más inverosímiles, billetes de banco falsos, y además muy burdamente falsificados, por ende. Debieron ser adquiridos en alguna «bolsa negra» neoyorquina de los bajos fondos, y sólo un tonto dejaría de ver su falsedad. Pero no han aparecido los auténticos billetes, a los que una nota, puesta en la máquina de escribir de Lucy Darnell, y sobre la que ni siquiera llegó a firmar, porque su veneno, indudablemente, hizo efecto más rápido que el previsto por ella, terminó con su vida, hace mención por cierto. La nota decía poco más o menos: «Sé que estoy acorralada ya. Mi vida debe concluir ahora. Dejo esos billetes falsos para demostrar cuán estúpida puede llegar a ser la gente, cegada por la codicia. Pero los verdaderos billetes, el cuarto de millón que todos buscarán cuando hallen mi cadáver... ese jamás lo encontrarán. Su escondite es seguro y no creo que nunca den con él. Es mejor así. Sólo siento ahora que Bryan Lee haya muerto inútilmente. El pobre tonto pecó de demasiado listo al final... Que él y Dios me perdonen, y que a nadie culpen de mi propio fin. Noto que el veneno empieza a hacer su efecto y temo no poder terminar esta despedida...».

—¡Qué monstruo de maldad fue Lucy Darnell! —exclamó June Lee, sordamente.

—Ya pagó toda su maldad, señora Lee. Seamos benévolos con quien purga sus delitos.

—Pero... ¿y mi marido? ¿Y mi Bryan, señor Larch? Si ustedes sabían... ¿cómo pudieron llegar a...?

—No llegamos a nada de lo que usted teme, señora Lee, y eso es lo que he pretendido decirle —se acercó a la puerta y la abrió, llamando—: Ya pueden entrar.

Apareció el alcaide. Luego, detrás suyo, el hombre que tenía que haber muerto... Bryan Lee en persona. Pálido, erguido, tranquilo.

June se puso en pie, mortalmente pálida. Lo que había estado intuyendo y no quería creer por temor a una dolorosa decepción, durante la última parte del relato de Buster Larch, estalló ahora incontenible en su pecho. Bryan Lee, erguido en la puerta, la miraba larga, intensamente, temblándole el labio inferior.

—¡Bryan! —Fue el trémulo grito de June, mientras la joven

esposa corría a los brazos del recluso uniformado de gris que aparecía en la entrada. Del hombre que era ya libre y sin la muerte pendiente sobre su cabeza.

Se abrazaron emocionados los dos. Buster Larch sonrió suavemente, mientras el alcalde correspondía a esa sonrisa.

—Éste sí es un buen final para el relato de Lee, ¿no le parece? — preguntó el federal.

El alcaide no respondió. En realidad, el abrazo de ambos esposos, unidos tras el drama, era más expresivo que ninguna otra contestación.

CAPÍTULO II

—Enhorabuena, Bryan —Frank Stacey tendió su mano a Lee, el hombre libre y nuevo que acababa de entrar en su despacho—. Admito lealmente que cometí un terrible error con usted. He pensado en indemnizarle conforme al daño sufrido, más por obcecación mía que por otra cosa. De modo que ahora podrá empezar una nueva vida...

—No he venido a pedirle indemnización alguna, señor Stacey —dijo Lee, erguido ante él, sonriente y feliz—. Tan sólo he venido a... a decirle que no sólo ha perdido a Dave Marlin y a Lucy Darnell, sino también a Bryan Lee.

—¿Cómo? ¿Se marcha de mi casa?

—Sí. No es por rencor hacia usted. Pero en la nueva senda que me he trazado no entra en mis planes seguir despachando tras un mostrador. Hay otros caminos para un hombre que quiere seguirlos.

—Que la suerte le acompañe entonces, Lee —dijo Stacey, ampliando su sonrisa—. Es siempre más agradable perder a un empleado por ese motivo que por aquel que Lucy y Marlin se fueron... ¡Dios mío, pensar que estuve alimentando en mi propia casa a dos víboras sin conciencia! Claro que de Marlin debía sospecharlo. Siempre vigilando todo, siempre furtivo, solapado... Pero Lucy, la muchachita delicada y sencilla... No, Bryan, de esa jamás sospeché cosa alguna.

—Yo tampoco, señor Stacey. Ése fue el error de todos nosotros. En fin, perdóneme, pero debo marcharme. Por eso he pasado ahora mismo a verle, aunque es una hora avanzada. En su casa me dijeron que no estaba usted aún de regreso, e imaginé que le hallaría en los almacenes. Ahora puedo marcharme tranquilo a Siracusa.

—¿Cómo? ¿Pero es que abandona también la ciudad, Lee? —se asombró Stacey.

—Sí. Al parecer, un libro que he llegado a escribir con mi propia

historia, durante mis últimas horas de cautiverio, esperando morir veinticuatro horas más tarde, puede interesar a los editores. Un agente federal que ha hecho por mí más que nadie en este mundo me ha hablado de ello. Creo que en Nueva York serán varias las editoriales y publicaciones que se disputarán mi obra. Nunca, soñé en escribirla para ese fin.

—Bien —suspiró Stacey—. Enhorabuena, pues. Según veo todos han ganado algo en este asunto, menos yo. Yo perdí mi cuarto de millón, y nadie piensa en restituirme...

—Eso sí es lamentable —sonrió Lee—. Pero no me nombre más ese dinero. Por culpa de él, estuve a punto de morir sin ser culpable de nada. Y eso resulta horrible, señor Stacey.

—Lo supongo. Espere un momento, de todos modos. Quiero darle algo, en recuerdo mío, que borre, en parte, de su memoria esta desagradable aventura.

Se puso en pie y avanzó hacia su caja fuerte. La abrió, buscando en su interior, y tomó un fajo de billetes, del que extrajo dos piezas de tres ceros. Le hizo un gesto.

—¡Oh, no, no! No puedo aceptarlo...

—Vamos, vamos, Bryan, tiene que hacerme ese favor. Acéptelos como un presente de amistad... y de perdón por el mal que le causé.

Bryan los tomó a viva fuerza. Mientras los miraba como hipnotizado, Frank Stacey dio media vuelta, disponiéndose a meter los billetes restantes en la caja.

Aquella escena, casi idéntica, le trajo recuerdos desagradables. Un momento igual, cuando empezó a sacar billetes Stacey y apilarlos dentro del maletín. Billetes como los que tenía en la mano, como los que aparecieron en su bolsillo aquel día, tras de haberse cometido dos asesinatos.

Pero el dinero, en ciertas ocasiones, parece más bonito. Ahora, por ejemplo, era más atractivo, más sedoso al tacto, más crujiente y verde que nunca. Como si fuera diferente a las pilas de billetes que tuvo que trasladar tan trágicamente a Utica, como si fuera también distinto al que manos insidiosas le vertieron falsos en los bolsillos...

De pronto se quedó rígido, rozando aún la yema de sus dedos aquellos billetes que le entregara Frank Stacey. Era su tacto el que excitaba, era su color y calidad la que le había puesto tensos los nervios y agolpado la sangre en su rostro y sienes. Estas últimas le

tamborilearon sordamente.

Billetes diferentes a aquellos falsos que le dejaron encima para acusarle...

Billetes diferentes a los que Frank Stacey depositó en el maletín color gamuza aquella noche... Pero ¿por qué?

Sí... ¿Por qué diferentes a los de Frank Stacey, del maletín, que eran legítimos, como éstos? ¿O no habían sido legítimos? Pero entonces...

—¿Qué demonios le ocurre, Bryan? —dijo, sorprendido Stacey, cerrando su caja fuerte, y medio volviéndose a su exempleado—. ¿Por qué me mira así?

—Estoy pensando, señor Stacey —dijo con voz sorda Bryan, con una voz extrañamente tensa y fría—. Pensando en algo que nadie ha pensado.

—¿Y qué es ello, Bryan? Me inquieta usted.

—Pensaba en un hombre que planeó algo grande, inteligente y astuto, señor Stacey. En un hombre que cometió un robo perfecto; bañado en sangre, pero perfecto como robo y como asesinato también. Un hombre rico, poderoso y sagaz, resuelto a ser más rico aún. Acaso porque, en el fondo, una mujer le estaba llevando a la ruina, y tenía que reponer sus fondos de una manera desesperada, en combinación con esa misma mujer.

—No le entiendo, Bryan —estalló, asombrado, Frank Stacey aunque su tono de cara era ligeramente más pálido que antes—. ¿Quiere decirme de una vez, lo que todo eso significa?

—Ese hombre, casado y honorable en apariencia, pero ligado a una mujer perversa y egoísta en la realidad, relaciones que nadie conocía, ni siquiera los más allegados a ese hombre, tiene que hacer un pago. Un cuarto de millón de dólares, que no es para sus negocios, como él dice, sino el dinero que adeuda a su socio en uno de los negocios, de tapujos y operaciones al descubierto que han dejado la ruina pendiendo sobre su cabeza. El socio, inflexible, pide ese dinero en un plazo brevísimo, tajante. Tiene que obrar. Y envía a un hombre de su confianza. Eso está ya previsto de antemano, pues sabe que mil dólares es un cebo de oro para ese tonto confiado. Y si se niega, serán dos, tres mil... Para eso necesita entregar el dinero en un maletín, pero ante dos testigos que puedan decir después que él entregó el dinero. El mensajero lleva el dinero,

mientras la dama cómplice de ese hombre a quién me refiero sigue al mismo y dispone ya, según el ingenioso y complicado plan proyectado, a sus cómplices en la tarea, que nada saben de la existencia del verdadero dirigente en las sombras, y creen que ella es la directora del plan. Todo sale bien, porque dos hombres reducen al socio, uno ocupa su puesto y recibe el maletín, y drogan al mensajero, pues la mujer ha dado esta orden como parte del plan. Al mismo tiempo, cuando sus cómplices salen con el maletín ella mata al socio prisionero, pues es indispensable eliminar a ese socio para que todo encaje bien. ¿Le va gustando la historia?

—Demuestra mucha imaginación, pero escasa realidad —observó secamente Stacey.

—Oh, nuestro hombre es fértil en imaginación —rió con dureza Bryan, sin quitar los ojos del lívido Stacey—. Ya tienen planeada la traición a los cómplices que ella dirige, que verán trocado el contenido del maletín en dinero falso, que no vale un centavo cuando ya la dama, que con uno de ellos ha seguido al mensajero, se encuentra con que una inoportuna pelirroja, se cruza en su camino; pero logra llegar hasta el mensajero nuevamente, no sin que esa pelirroja tenga que ser eliminada brutalmente para evitar que dé la alarma en la vecindad y todo fracase. El dinero se saca del maletín, y se deja este bajo la cama que ocupa el mensajero drogado, con el arma utilizada para matar al socio. Después otros detalles completan el cuadro, y ya tienen a un culpable ideal. Entonces llega la segunda parte del vasto y audaz proyecto de nuestro inteligente súper criminal. ¿Sigo?

—Cuando empiezo una novela policíaca me gusta conocer el final —sonrió Stacey, helado.

—Yo he escrito una, con datos ajenos. Éste es el final que le faltaba —dijo a su vez Lee, con acento metálico—. El hombre en cuestión sigue en la sombra aún, cuando los cómplices de su inescrupulosa amante descubren que su dinero es falso, puro papel mojado. Su pensamiento es el mismo: ella ha cambiado el dinero que el millonario ha entregado a su socio muerto. Porque si no es así... ¿qué otra explicación hay? Ninguna. A ellos no se les puede ocurrir otra, porque ésa implicaría un hecho imposible: que el dueño del dinero ya en un principio cometió el robo. ¿Cómo? Metiendo en el maletín un cuarto de millón en billetes falsos que su

socio jamás llegaría a tocar. El mensajero, que no precisaba tocar ese dinero para nada, jamás sospecharía el fraude, y sólo un hombre muy hábil en distinguir billetes de tan alto y poco frecuente valor en la circulación normal llegaría a dudar de su legitimidad. El robo, pues, no se podía hacer más que por el propio dueño de ese dinero. Porque ni la mujer ni el mensajero habían hecho el cambio, ni era fácil que lo hicieran. Sin embargo, los cómplices no pensaron en eso. Al creerse traicionados, pensaron en lo que ella quería que pensaran. Que el propio mensajero, en combinación con la autora del proyecto, hubiese hecho ya antes el trueque, jugando audazmente la mujer con dos barajas. Eso, en líneas generales, era cierto. Pero el mensajero, es decir, yo, no era el hombre oculto. ¡Ese hombre súper inteligente y súper cruel era usted, señor Frank Stacey!

—El final se preveía ya. No tiene sorpresa alguna.

—La única sorpresa a agregarle es que se ha tratado siempre este caso de un robo audaz, seguido de doble asesinato. Y todo es falso. Se trata de un soberbio fraude, de una suplantación, seguida de cuádruple o quíntuple asesinato.

—¿No es cargar demasiado la nota sangrienta de su novela policíaca, Bryan?

—Usted fue quien llenó de sangre todo lo que tocó, Stacey. Entre Lucy y usted estropearon el funcionamiento del sedán negro de Marlin, para que en cualquier momento perdieran la vida en mortal accidente. La suerte les acompañó. Y luego, su golpe maestro. Cuando Lucy le dice que ha hablado conmigo en presidio y oye usted mi relato y lo que ella habló allí, imagina enseguida que alguien pudo escuchar y que Lucy habla demasiado y es peligrosa. Ya no la necesita en su plan. Por el contrario, es un peligro. Y aunque a su modo la quiere, la elimina también con un veneno, en su propio apartamento, y escribe luego esa nota con guantes, dejándola sin firmar, como si la muerte la hubiera sorprendido, y teniendo buen cuidado luego de grabar en las teclas las huellas de los dedos de la muerta, para que nadie entre en sospechas. Es usted demasiado listo para permitirse un resbalón así en su mismo epílogo. Aparece el dinero falso, que ya nada importa. Y en cambio, el verdadero, que jamás salió de su caja fuerte, ya que ni sus dos socios presentes como testigos ni yo nos acercamos lo suficiente al

otro dinero para advertir su falsedad, sigue ahí, en su caja. Ése era el gran escondite que nadie descubriría. Usted se permitió ese alarde de sagacidad y ese desafío burlón en la supuesta nota que Lucy Darnell jamás firmó. Y aquí sí que termina la historia, Stacey. ¿Le ha gustado el fin?

—No es malo —se inclinó cansadamente sobre su mesa, apoyándose en ella. Luego se dejó caer lentamente en la silla—. Pero demasiado terrible para ese hombre tan listo que usted ha descrito. ¿No le deja ni siquiera una salida, una vía de escape?

—¿Acaso la merece? —acusó duramente Lee, mirándole sin piedad.

—Existe una, Bryan. Una que evita el escándalo a la familia y evita que paguen sus propios yerros los demás. A veces... es humano dejarle esa salida.

—Él no fue humano con nadie. Ni siquiera conmigo.

—Ya lo sé —miró fatigadamente a Bryan. Con ojos de hombre derrotado, amargo y hundido—. No podía serlo, Lee. Le cercaban las deudas, el deshonor, la ruina total. Tenía que haber conocido usted a Ralph Sherman. Era implacable con las debilidades humanas. Un puritano feroz, y una auténtica ave de presa en el campo financiero. No sabía perdonar ni concedía margen a nadie. Ni siquiera... ni siquiera a mí.

—¿Y usted... se lo concedió a él, Stacey? Le dio más de lo que había recibido, por malo que esto fuera.

—Lucy tuvo la culpa —manifestó sordamente Stacey, aferrando el borde de la mesa y cubriéndose su frente de hondas arrugas. Centelleaba el odio en sus ojos—. Lucy Darnell, con sus mimos, su falsa ingenuidad, sus halagos y caricias. Era odiosa. Era perversa y sin corazón. Pero sabía que era hermosa, tentadora, imposible de olvidar una vez conocida. Yo no quería renunciar a ella por nada del mundo. Le di todos los caprichos que quiso. Descubrirán que tenía, una fortuna a nombre supuesto, en un banco o dos. Utilizaba el nombre de Susan Charing. También con ese nombre tenía dos cajas fuertes llenas de joyas. Me arruinó, pero yo estaba loco por ella. Sherman lo sabía también. Estaba dispuesto a quitarme la venda de los ojos y a quitársela, de paso, a mi mujer. Imagino que Lucy debió gozar matándole. Era de esa clase ella.

—Era de la misma clase que usted, no eche a ella todo el fango

—se asqueó Bryan.

—Sí, es posible que fuera así, o de otro modo no me habría arrastrado con ella por la basura —miró suplicante a Lee—. Por favor, Bryan, déjeme... ese camino. Por mi mujer, por mis hijos... Ellos nada saben, nada supieron jamás.

Bryan se agitó, inquieto. Sus facciones se crisparon y terminó asintiendo.

—Está bien. Yo no soy juez ni jurado, Stacey. Voy a ir al F.B.I. Daré cuenta de todo a Buster Larch. Es un gran hombre y entenderá. No removeremos el asunto después... después de que usted le haya puesto su epílogo. La opinión pública tiene su culpable ya.

—Gracias, Lee —sonrió tristemente Frank Stacey, abriendo un cajón. Extrajo una pequeña automática, de calibre 32, gemela de la que sirvió para matar a Sherman. Inesperadamente, volvió el negro orificio de su cañón hacia Bryan, no hacia sí mismo, como se podía esperar. Y sonrió ferozmente, trocado ahora su gesto en otro bien distinto—. Lo siento, Bryan, pero no debió confiar en mí. Le engañé una vez y vuelvo a engañarle ahora. Yo no soy de los que se sienten nunca derrotados, amigo mío. Prefiero que pierdan los demás.

—Su juego de siempre es engañar, falsear, mentir y matar, ¿no es cierto, Stacey? —El acento glacial de Bryan no expresaba emoción alguna ante el peligro. Sus manos, hundidas en los bolsillos del sobretodo, no se movieron para salir e intentar algo en su defensa. Siguió allí, erguido e impassible, mirando a Stacey, nuevo amo de la situación—. ¿Qué planea ahora conmigo?

—Matarle en el acto, Bryan. Lo siento, pero no tengo otro camino. Es al que yo me refería, no al que usted imaginó... Luego... aparecerá su cadáver en cualquier sitio, empuñando esta arma. Un suicidio. La gente pensará que, después de todo, era usted culpable. Y de cualquiera modo, nadie le relacionará conmigo.

—Bien, Stacey. En este punto no resulta el suyo un plan tan inteligente como los otros. ¿Sabe cuál es su punto débil?

—No. Dígamelo usted —sonrió, desafiante, el criminal, adelantando la mano armada.

Bryan abrió la boca, pero no llegó a hablar. O si lo hizo, el ruido de las detonaciones ocultó el sonido de su voz. Fueron tres disparos seguidos, casi simultáneos, y el humo, azul y espeso, se elevó entre

ambos, borrando a ojos de cada uno la figura del otro.

Lee no se había movido ni Stacey tampoco. Pero este último miró con ojos redondeados por el estupor, la incredulidad y la agonía, a su interlocutor. Luego, de sus dedos inertes, sin fuerza, escapó la automática, que rebotó sobre la mesa lúgubrementemente, mientras los ojos que la muerte iba vidriando se clavaban en los tres agujeros abiertos en el bolsillo del sobretodo de Bryan Lee. Por aquellos agujeros quemados por la pólvora salía el humo a volutas.

Sin acabar de entender aún cómo había hallado la muerte, Frank Stacey se derrumbó sobre la mesa, llenando de sangre sus documentos con la que brotaba de los tres orificios de su pecho, todos agrupados sobre el corazón, trató de sostenerse allí y no lo logró, deslizándose su sólido cuerpo a lo largo de la mesa, hasta golpear la butaca y quedar doblado en tierra, oculto casi por el pesado mueble.

Un revuelo enorme llegó a espaldas de Bryan. Sonó un disparo en el corredor del piso alto de los Almacenes Stacey, y saltó la cerradura de la puerta del despacho, a la vez que dos hombres corpulentos, uno vestido de uniforme azul, empuñando su 45 de reglamento, y el otro con la negra automática adelantada, se quedaron inmóviles, petrificados, a la puerta del cuarto trágico.

Bryan Lee se volvió a ellos, sereno, pero sorprendido aún, al reconocer al hombre de paisano que empuñaba la automática. Era Buster Larch, el agente federal del Tesoro.

—¿Cómo ha llegado aquí, Larch? —preguntó, muy tranquilo, tendiéndole el arma que había mantenido oculta en su bolsillo, el arma que empuñó mientras hablara a Stacey, sin que éste hubiera nunca imaginado que la última baza estaba en manos de Bryan y que éste no se fió de él cuando mintió, pidiendo una oportunidad. El federal rodeaba ya la estancia, buscando el cadáver de Frank Stacey. Repitió Bryan—: ¿Cómo supo que iba a estar yo aquí... y que haría falta usted en la función?

Buster Larch le miró, ceñudo, después de examinar al muerto. Se incorporó.

—Lo que siento es llegar tarde, Bryan —dijo, tomando el arma humeante de manos de Lee—. Como usted dice, tenía mi papel en la función, pero el telón ha caído ya. No esperé que intentase matarle a usted... acabado todo.

—Lo tenía que hacer, porque yo me di cuenta la verdad hace un momento... Por aquel dinero que vi meter en el maletín. Pero fue más bien una corazonada, una visión... ¿Y usted? ¿También tiene corazonadas, Larch?

—No. El F.B.I., se ha de guiar de hechos concretos —sonrió torvamente Buster Larch—. Cuando dejamos todo resuelto, a mí no me gustó la cosa. Faltaba algo. No sólo el dinero legítimo, sino algo más que yo no veía claro. Y ese algo era un nombre: Frank Stacey. No veía cómo pudo la chica cambiar el dinero. Había carecido de tiempo y, tal vez, de ocasión. Resolví pensar que ella no había sido. Y me quedaba usted otra vez. Y, desde luego, Frank Stacey, investigué la vida de Sherman, supe que a alguien le debía mucho dinero. Fui atando cabos y llegué a esto. Hace poco estuve en su casa a pedirle informes de Stacey y saber si pudo él, humanamente, cambiar el dinero en un principio, esto es, darle moneda ya falsa. Su esposa me dijo que había ido a despedirse de Stacey y temí algo serio. Corrí aquí, al saber que no estaba en casa, entramos a la fuerza y ya en el corredor oí los disparos. Creí que era él y no usted quien tiraba, Bryan.

—Por fortuna no ha sido así. Aunque faltó muy poco para que fuera.

—Ya veo —Larch tomó la pistola de Stacey y la envolvió en un pañuelo cuidadosamente.

—Bueno, Bryan, además de un hombre de suerte, es usted endiabladamente listo cuando hace falta. A veces incluso demasiado listo.

—Gracias —dijo lentamente Bryan Lee, dejando caer sobre la mesa dos billetes de mil dólares. Explicó—. Era dinero de Stacey. No quiero nada de él.

—No le hará falta —sonrió animoso Buster Larch—. Tendrá suerte con su manuscrito. Ahora, además, cuenta con un final desconcertante. Suerte, amigo mío... y buen viaje. Vaya pronto a casa. June le está esperando muy ansiosamente. Y eso que no sabe... lo que pude haber ocurrido.

El federal le tendía la mano, que Bryan Lee le estrechó con fuerza. Luego ambos hombres se sonrieron, y el joven empleado de Stacey, el hombre que escapó varias veces a la muerte, salió corriendo del trágico edificio, en busca de June. En busca de su

felicidad y del nuevo camino que iban a emprender...

FIN

*Con tres muchachos
jóvenes. Habían demus-
trado su alegría, sus
disposiciones, al entrar en
el local, sin saber que
los tres estaban marca-
dos por la Muerte*



MARK HALLORAN

es el autor que ha desarrollado este argumento, pla-
no de emoción y dramatismo, tensionando

Silencios de tumba

¡El problema de la delincuencia juvenil tratado en
toda su hondura en las páginas de un relato sen-
siblemente emocional!

SILENCIOS DE TUMBA

Una novela que avisa

COLECCION SERVICIO SECRETO

¡Adquirla la próxima semana!

Precio de venta: 4 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto 2

BARCELONA

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 6 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
613 — M. del Pilar Carré
VIDAS INTIMAS

COLEC. "MADREPERLA"
509 — Carlos de Santander
PASION EN LA SELVA

COLECCION "ROSAURA"
553 — Rosa Alcázar
DESDE QUE NOS VIMOS

COLECCION "AMAPOLA"
340 — Agueda de Vianney
LAS NINAS CRECEN

COLECCION "ALONDRA"
292 — Mercedes Escalante
YO SOY LA FELICIDAD

COLECCION "CAMELIA"
234 — María Martí
CERCO DE PASION

COLECCION "ORQUIDEA"
263 — Luis Masota
SIETE PADRINOS

COLECCION "CORAL"
82 — Corín Tellado
UN PASADO VULGAR

COLECCION "BISONTE"
554 — Mikky Roberts
UN REVOLVER DE ORO

COL. "SERVICIO SECRETO"
418 — Donald Curtis
MORIRÉ MAÑANA

COLECCION "BUFFALO"
251 — R. C. Lindsmall
CALLEJON SIN SALIDA

COLECCION "CALIFORNIA"
98 — Fidel Prado
EL SENOR DEL VALLE
HONDO

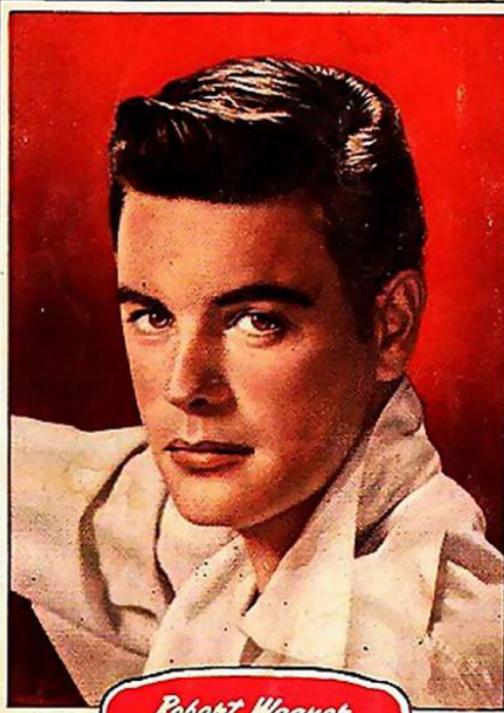
COLEC. "Bulwaje TEXAS"
119 — Joe Sheridan
RAPIDO EN DISPARAR

COLECCION "COLORADO"
43 — Ramiro Deyter
SANGRE EN EL BLANCO

COLECCION "KANSAS"
9 — M. L. Estelrich
USURPACION FORESTA

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Proyecto, 2 - Barcelona - Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

LLUVIA DE ESTRELLAS



Robert Wagner

N.º 727 Estrella de la película CinemaScope de 20th. Century-Fox "Lanza rota".

Foto 20th. CENTURY-FOX



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 ptas. - Printed in Spain - Precio en la Rep. Argentina: \$ 4.-50

